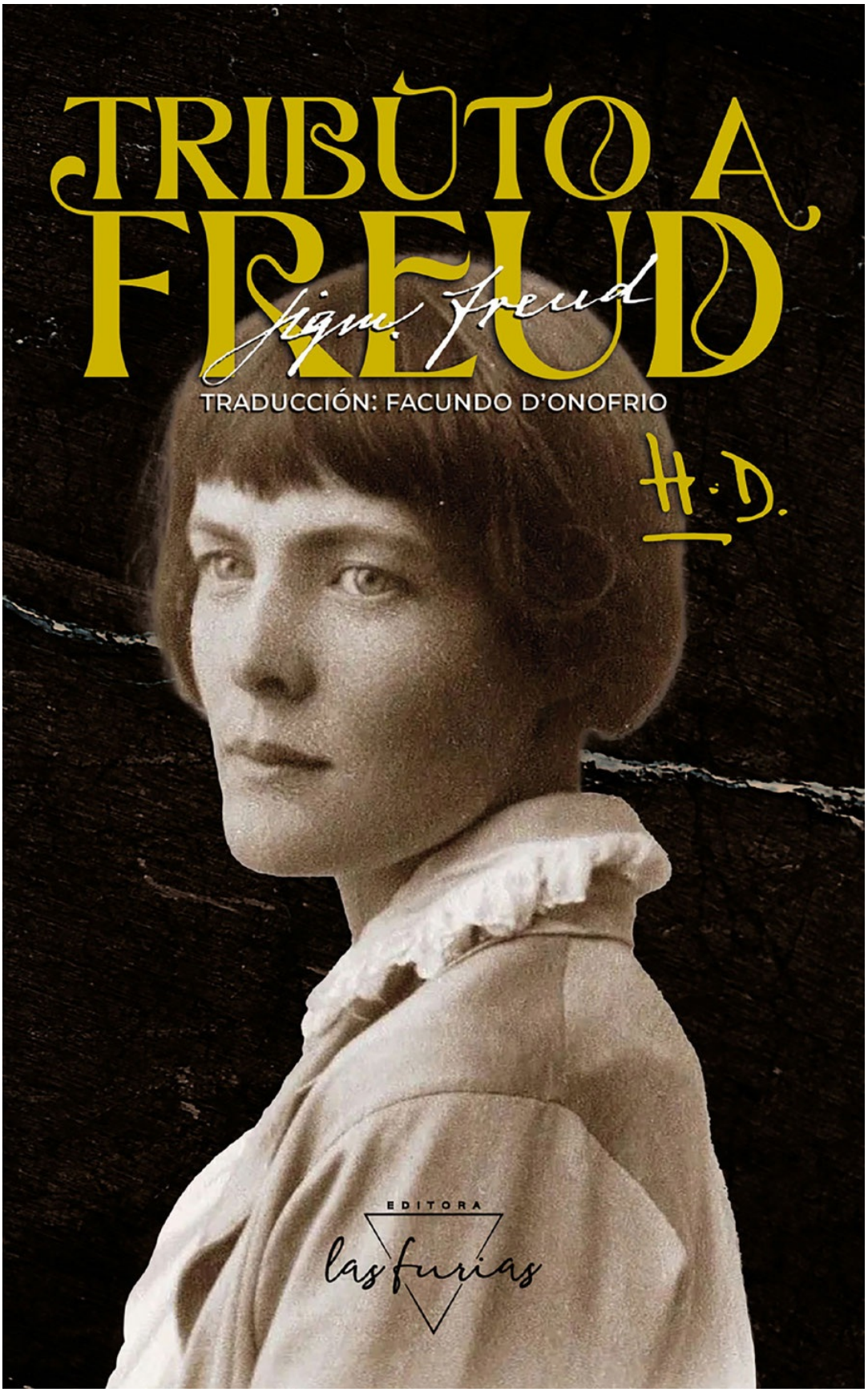
TRIBUTO A FREUD

Jaqui Freud

TRADUCCIÓN: FACUNDO D'ONOFRIO

H.D.



EDITORA
las furias

HILDA DOOLITTLE

Nació el 10 de septiembre de 1886 en Pensilvania (Estados Unidos). Poeta y escritora, fundó el movimiento imagista junto a Ezra Pound —de quien tomó la idea de firmar sus libros con las iniciales de su nombre, H. D.

El interés por la literatura griega, y en especial por la poeta Safo, atraviesa toda su obra. En poesía publicó, entre otros: Sea Garden (1916), Hymen (1921), Trilogy (1944-1946) y Helen in Egypt (1961). Además, escribió novelas, memorias, traducciones, ensayo y una obra de teatro.

Tuvo una vida amorosa libre y diversa para su época, que plasma, por ejemplo, en la novela autobiográfica HERmione (1981).

Se analizó con Havelock Ellis, Mary Chadwick, Hans Sachs, y finalmente con Sigmund Freud en dos etapas —entre 1933 y 1934. En 1944 publicó Tributo a Freud —que corresponde a la primera parte del libro, «Escrito en la pared»— a la que después agrega «Advenimiento», las notas que tomaba en su habitación de hotel luego de cada sesión.

Murió en Suiza, en el año 1961, al poco tiempo de haber sido galardonada con la medalla de la Academia Americana de las Artes y las Letras. Fue la primera mujer en recibirla.

TRIBUTO A FREUD

EDITORA
las furias

Doolittle, Hilda

Tributo a Freud / Hilda Dolittle; editado por María Magdalena y Nicolás Cerruti. - 1ª edición. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Las Furias, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Facundo D'Onofrio

ISBN 978-987-82920-0-7

1. Memoria Autobiográfica. 2. Psicoanálisis. 3. Poesía. I. Nicolás Cerruti, ed. II. María Magdalena, ed. III. Facundo D'Onofrio, trad. IV. Título.

CDD 808.8035

Copyright © 1956, 1974 por Norman Holmes Pearson.

Tribute to Freud, H.D.

EDICIÓN María Magdalena y Nicolás Cerruti

DISEÑO Romina Luppino

Edición en formato digital: noviembre de 2022

Conversión a formato digital: Numerikes

TRIBUTO A FREUD

TRADUCCIÓN: FACUNDO D'ONOFRIO

H. D.

EDITORA las furias

NOTA SOBRE EL TEXTO

«Escrito en la pared», a Sigmund Freud, médico intachable, fue escrito en Londres durante el otoño de 1944, sin ninguna referencia a los cuadernos de Viena de la primavera de 1933.

«Escrito en la pared» apareció en Life & Letters Today, Londres, 1945-1946.

«Advenimiento», la continuación de «Escrito en la pared», o su preludio, fue tomado directamente de los viejos cuadernos de 1933, aunque no quedó establecido hasta diciembre de 1948, en Lausanne.

H. D.

ESCRITO EN LA PARED

A Sigmund Freud
Médico intachable

1

Era Viena, 1933-1934. Yo tenía una habitación en el Hotel Regina, Freiheitsplatz. Sobre mi mesa, un pequeño calendario. Contaba los días y los tachaba, calculando las semanas. Mis sesiones eran limitadas y el tiempo se iba demasiado rápido. Al detenerme a dejar mi llave sobre el escritorio, el conserje dijo: «¿Algún día le hablará de mí al Profesor?». Dije que lo haría si la oportunidad se presentara. Él dijo: «¡Y, ah, la Frau Professor! He allí una dama maravillosa». Respondí que no conocía a la Frau Professor, pero había oído que era la esposa perfecta para él y no podría haber —¿podría?— un mayor elogio posible. El conserje dijo: «¿Conoce Berggasse? Después de… bueno, cuando el Profesor ya no esté entre nosotros, la llamarán Freudgasse». Bajé por Berggasse, giré hacia la ya familiar entrada: Berggasse 19, Wien IX. Tenía anchos escalones de piedra y una balaustrada. A veces me encontraba con alguien bajando.

La escalera de piedra era curva. Había dos puertas en el descanso. La de la derecha era la puerta profesional del Profesor. La de la izquierda, la puerta de la familia Freud. Por lo visto, los dos departamentos habían sido organizados de forma tal que hubiera la menor confusión posible entre la familia y los pacientes o estudiantes; estaba el Profesor que nos pertenecía a nosotros y el Profesor que pertenecía a la familia. Era una familia enorme, con ramificaciones, familiares políticos, parientes lejanos, amigos. Había otros departamentos más arriba, pero casi nunca me encontraba con nadie en las escaleras, excepto por el analizante cuya hora precedía a la mía.

Mis horas o sesiones habían sido convenidas cuatro días a la semana de cinco a seis, y el día restante de doce a una. Al menos, esa era la disposición para la segunda serie de sesiones que, como he apuntado, comenzó a fines de octubre de 1934. Dejé una cantidad de libros y de cartas en Suiza cuando me fui de allí, luego de que comenzara la guerra; entre ellos estaba mi diario de Viena, de 1933. Tengo la impresión de que el Profesor había acomodado la segunda serie para

que coincidiera con la primera, ya que yo le había dicho con frecuencia que esa hora cercana al anochecer era casi mi preferida del día. De todas formas, tenía cinco semanas en ese entonces. La última sesión era el primero de diciembre de 1934. La primera serie comenzó en marzo de 1933, y duró un poco más, entre tres y cuatro meses. Yo no tenía planeado retornar a Viena, pero muchas cosas sucedieron entre el verano de 1933 y el otoño de 1934. Había oído las noticias del asunto Dollfuss con cierta inquietud, pero no me había causado ninguna repercusión en lo personal. Volví a Viena porque oí acerca del hombre con quien, algunas veces, me encontré bajando las escaleras. Él había participado de una conferencia en Johannesburgo. Voló su avión propio hasta allí. En el regreso, se estrelló en Tanganica.

2

No siempre me lo topaba en las escaleras. Podía demorarse, prolongando su charla en el estudio o consultorio del Profesor, y en tal caso, después de colgar mi abrigo en el vestíbulo, desencontrarnos. O yo ser conducida directamente a la sala de espera. O podía suceder que mi predecesor emergiera del santuario del Profesor al mismo tiempo en que yo estuviera por entrar. Él, buscando su abrigo o su sombrero mientras yo me deshacía de los míos. Era muy alto, parecía inglés… pero con trampa. Había pasado, luego supe, algún tiempo en Oxford, antes o después de recibir su título en el continente. En cualquier caso, no era alemán, ni norteamericano; pero ¿cómo puede una saber estas cosas? Sucedió que era exactamente lo que había pensado de él, «un inglés con trampa», de hecho, un holandés.

No supe que su nombre era J. J. van der Leeuw hasta después. Una vez me habló, a pedido del Profesor, sobre intercambiar horas. Fue un día de verano en la gran casa de las afueras de la ciudad, en Döbling, donde la familia se iba durante los meses de calor. Debe haber sido un día de finales de junio o principios de julio de 1933. Las disposiciones para recibirnos allí eran más informales, y una no tenía la misma sensación de autenticidad o de realidad que se tenía en la casa propia del Profesor. Sin embargo, no le dije adiós a Viena en la casa de un extraño en sus suburbios. Volví.

Le dije al Profesor por qué había vuelto. El Profesor tenía setenta y siete años en la época de nuestras primeras sesiones. Yo tenía cuarenta y siete. El Dr. van der Leeuw era considerablemente más joven. Era conocido entre ellos, me contó el Profesor, como el Holandés Errante. Era un eminente erudito. Había venido oficialmente a estudiar con el Profesor con la idea de aplicar los principios del psicoanálisis a la educación general, con el mayor objetivo práctico de la cooperación y el entendimiento internacionales. Era rico, influyente, de cuna de

oro. Poseía vastas plantaciones en las Indias Orientales Neerlandesas y había viajado a la India con el propósito de investigar el ocultismo. Se había relacionado allí con un maestro o joven devoto, había sido influenciado por la enseñanza oriental, pero eso no lo satisfizo. Quería aplicar las leyes del ser espiritual a los agudos problemas del presente. Me parecía el hombre perfecto para el trabajo perfecto. El Profesor no me había dicho que J. J. van der Leeuw estaba advertido de que tenía un deseo profundamente arraigado o una tendencia inconsciente conectada con su brillante aviación. El Holandés Errante sabía que, en cualquier momento dado, en el aire —su elemento—, tendía a volar demasiado alto, a volar demasiado rápido. «Eso era realmente lo que me preocupaba», dijo el Profesor. «Puedo decirle a usted ahora que eso era realmente lo que nos preocupaba a ambos». El Profesor agregó: «Luego de que se fuera, la última vez, sentí que había encontrado la solución, realmente tenía la respuesta. Pero era demasiado tarde».

Le dije al Profesor: «Siempre tuve una sensación de satisfacción, de seguridad, cuando cruzaba al Dr. van der Leeuw en las escaleras o lo veía en el vestíbulo. Parecía tan autosuficiente, tan aplomado; y usted me había contado sobre su trabajo. Sentí todo el tiempo que él era la persona que aplicaría, que seguiría llevando adelante la antorcha, llevando adelante sus ideas, pero no de un modo estereotipado. Sentí que usted, y su obra, y el futuro de su obra, serían legados especialmente a él. ¡Oh, sé que existe el gran cuerpo de la Asociación Psicoanalítica, investigadores, doctores, analistas bien entrenados, y demás! Pero el Dr. van der Leeuw era tan diferente. Sé que usted ha sentido esto muy profundamente. Volví a Viena para decirle cuánto lo lamento».

El profesor dijo: «Usted ha venido a ocupar su lugar».

3

No pensé conscientemente en el Holandés Errante, ni lo conecté con mi propio trabajo, ni lo entretejí en mis ensoñaciones. Mis propios problemas, mi propio intenso, dinámico interés en el despliegue de los patrones inconscientes o subconscientes no parecían incluirlo. Era tan agradable, tan presentable, tan dotado intelectual y materialmente. Le envidiaba, creo, su personalidad, en apariencia sin complicaciones. Era intelectual pero extrovertido. El tipo del diplomático o del hombre de negocios. Una no se lo figuraba mortificado o afligido, no parecía haber nada de Sturm und Drang en él. Aparentaba ser un académico, sí, pero no en un sentido libresco e introvertido. Cualquiera hubiera dicho que su cuerpo le quedaba bien, tan perfecta y tan finamente como la tela azul o gris que lo cubría; su alma encajaba en su cuerpo, podríamos decir, y su mente encajaba en su cerebro o en su cabeza; la frente alta y sin arrugas, sus ojos perspicaces —esa mirada azul marino— eran de un tono apenas distante del azul grisáceo, pero aún con ese gris del Mar del Norte en ellos. Sí, frío, fresco, perspicaz pero tranquilo, se podría decir. Cuando más tarde volví a pensar en ello, entonces sí, me pareció que era mercurial, Mercurio.

No creo que el nombre del mensajero alado, Hermes de los griegos, Mercurio de los romanos, haya alguna vez aparecido en mis conversaciones con el Profesor, excepto una vez, de manera indirecta, cuando contaba la secuencia de un sueño que incluía una figura de la famosa fuente de Raphael Donner, en la Marktplatz. Es una fuente hermosa, con figuras reclinadas de dioses del río, dos hombres y dos mujeres. Mi sueño se asociaba a un joven, conocido mío, de Londres; su apellido no es Brooks, pero sugiere corrientes y ríos, de modo que podemos llamarlo Brooks[1]. Asocié a este joven Sr. Brooks con la figura del más joven de los dioses del río en mi sueño. Fue en ese momento cuando le dije al Profesor que la yacente figura de bronce tenía ciertas afinidades con la del Mercurio Volador de Bologna. Estuvimos de acuerdo en que la figura de Raphael Donner era la más atractiva y original de las dos, pero que, si se irguiera al yacente dios del río hasta ponerlo de pie, se asemejaría tenuemente al Mercurio; y a la

inversa, si se recostara al Mercurio a que descansara sobre su codo, casi que podría tomar el lugar de la figura de bronce de la fuente. Resultó, de todos modos, por el hábito encantador que tenía el Profesor para aceptar una idea, para hacerle justicia, sin demorarse en detalles sin importancia. Porque esto pareció sin importancia en esa oportunidad.

Tal vez no sea muy importante ahora. Es interesante, sin embargo, percibir en retrospectiva cómo la mente evade. Yo asocié la figura de Raphael Donner, y por añadidura la de Mercurio, con un encantador, pero poco importante joven conocido mío de Londres, mientras que la verdadera imagen encantadora está allí en Viena, estaba allí —había estado allí—, reclinada sobre ese mismísimo diván, cada inmediata hora anterior a mi sesión. Como digo, no pensé conscientemente acerca del Dr. van der Leeuw ni lo entretejí en mis ensoñaciones. Ni pensé en él como Mercurio, el Mensajero de los Dioses y el Guía de los Muertos, hasta que se estrelló.

Era un extraño. No lo conocí realmente. Habíamos hablado sólo una vez en la casa de Döbling, en las afueras de Viena. El Profesor lo acompañó a través de la inmensa y desconocida sala de estar. El Dr. van der Leeuw inclinó su cabeza en un saludo, y se dirigió a mí en su educado, distinguido alemán para decirme: «¿objetaría, la gnädige Frau, alterar su horario por un día, mañana?». Le respondí en inglés que no me molestaba en absoluto, yo vendría a las cuatro, él a las cinco. Me agradeció en un amigable inglés, sin una sola traza de acento. Esa fue la primera y la última vez que hablé con el Holandés Errante. Habíamos intercambiado «horas».

4

El Profesor tenía setenta y siete años. Su cumpleaños, en mayo, era significativo. El consultorio en la casa extraña guardaba algunos de sus tesoros y su famoso escritorio. La habitación lucía igual, excepto por el escritorio. En vez del semicírculo de pequeños e invaluables objets d'art, había una cuidadosamente ordenada serie de floreros; cada uno contenía un ramillete de orquídeas o una sola flor. Yo no tenía nada para el Profesor. Dije: «Lo siento, no le he traído nada porque no pude encontrar lo que quería». Dije: «De todas maneras, quiero darle algo diferente». Mi observación pudo haber parecido un tanto descuidada, un tanto arrogante. Pudo haber parecido cualquiera de esas cosas o ambas. No sé cómo la interpretó el Profesor. Me guio hacia el diván, satisfecho o insatisfecho con mi consideración, en apariencia casual, por su cumpleaños.

No encontré lo que quería así que no le di nada. En una de las charlas en el viejo consultorio de Berggasse, nos habíamos perdido en uno de nuestros viajes. A veces el Profesor conocía realmente mi terreno, a veces estaba implícito en una estatua o en una pintura, como en aquel anticuado grabado en acero del Templo de Karnak que colgaba sobre el diván. Yo había visitado ese templo en particular, él no. Pero esta vez se trataba de Italia; estábamos juntos en Roma. Los años corrieron hacia adelante, luego hacia atrás. Los años, en su ir y venir, movieron un hilo que zurció mi trama dentro de la del Profesor. «Ah, los Escalones Españoles», dijo el Profesor. «Eran aquellas ramas de almendro», dije. «De todas las flores y los cestos de flores, ésas son las que más recuerdo». «Pero —dijo el Profesor— ¡las gardenias! En Roma, ¡hasta yo pude permitirme usar una gardenia!». No ocurría que él evocara el pasado e invocara el futuro. Era un presente que estaba en el pasado o un pasado que estaba en el futuro.

Bien podía yo recorrer Viena en búsqueda de una gardenia o un ramo de gardenias. Pero no podía encontrarlas. Otro año, escribí desde Londres

pidiéndole a una amiga en Viena —una estudiante inglesa allí— que hiciera un esfuerzo especial por encontrar un ramo de gardenias para el cumpleaños del Profesor. Ella me respondió: «Busqué las gardenias por todos lados, pero los floristas me dijeron que al Profesor Freud le gustan las orquídeas y que la gente siempre encarga orquídeas para su cumpleaños; pensaron que te gustaría saberlo. Envié las orquídeas de tu parte».

5

Fue tiempo después cuando el Profesor recibió mis gardenias. No era su cumpleaños, no era en Viena. Había ido a verlo a Londres, en nuevas circunstancias. Él estaba recién llegado, en exilio. Era una casa inmensa con jardín. Hubo mucha discusión y mucha inquietud en torno a la famosa colección de antigüedades griegas y egipcias del Profesor y otros varios tesoros chinos y orientales. Finalmente, las cajas llegaron, aunque la familia expresaba ciertas dudas acerca de si todo el tesoro, o una parte de él, estaría intacto. Al menos, las cajas llegaron, gracias a la influencia y a la generosidad de la amiga y discípula del Profesor, Madame Marie Bonaparte, la Princesa George de Grecia: «la Princesa» o «nuestra Princesa», la llamaba el Profesor. Yo me sorprendí al ver algunas figuras griegas sobre su escritorio. Parecía ser el mismo escritorio en una habitación que recordaba aquella otra habitación de verano, en la casa de las afueras de Viena, de mi primera visita en 1933. Pero ahora era el otoño de 1938. «¿Cómo hizo para traer esas cosas desde Viena?», le pregunté. «No las traje», dijo. «La Princesa las tenía guardadas en París, esperándome, para que yo me sintiera como en casa allí». Era un mundo traicionero y malvado, pero aún quedaba lealtad y belleza en él. Fue una huida aterradora. Me había dicho, cinco años atrás en Viena, que viajar estaba, incluso entonces, fuera de discusión para él. Se lo prohibió terminantemente el distinguido especialista que estaba siempre a su entera disposición (si no me equivoco, este devoto amigo acompañó al Profesor en su viaje por el continente). Era difícil, al ver el escritorio familiar, las nuevas-viejas imágenes sobre el escritorio allí, aceptar que estábamos en Londres. De hecho, era mejor pensar en ello en términos de una mudanza temporaria, como la de los veranos en Döbling. Este distrito apacible era geográficamente, en cierto sentido, para Londres, lo que Döbling había sido para Viena. Pero ya no habría retorno a Berggasse, la Freudgasse que podría haber sido.

6

Al menos en la imaginación, en medio de la niebla al final de la tarde, yo podía continuar una búsqueda. Debía haber gardenias en algún lugar. Las encontré en una florería del West End y garabateé en una tarjeta: «Para saludar el retorno de los Dioses». Las gardenias llegaron al Profesor. Yo tengo su carta.

20 Maresfield Gardens,

Londres, N. W. 3

28 de noviembre de 1938

Querida H. D.

Hoy recibí unas flores. Por casualidad o por intención son mis flores favoritas, las que más admiro. Algunas palabras «para saludar el retorno de los Dioses» (otros leen: Bienes)². No hay firma. Sospecho que es usted la responsable de este obsequio. Si he adivinado, no responda, pero acepte mi más sincero agradecimiento por un gesto tan encantador. En cualquier caso,

afectuosamente suyo,

Sigm. Freud.

7

Vi al profesor sólo una vez más. Era verano de nuevo. Ventanales franceses se abrían sobre un césped apacible. Los Dioses o los Bienes estaban apropiadamente ordenados en estantes. No estaba sola con el Profesor. Él estaba sentado, silencioso, lucía pensativo y distante. Yo temía, como muchas veces temí, entrometerme, perturbar su ensimismamiento, agotar su vitalidad. De todas maneras, no dependía sólo de mí. Había otros presentes y la conversación se desarrollaba de un modo ordenado y convencional. Como los Dioses o los Bienes, nos sentábamos en un agradable círculo, reinaba una correcta, aunque superficial, hospitalidad. Había un sentimiento de seguridad exterior, al menos no se pronunciaban palabras que recordaran el pasado devastadoramente cercano o que evocaran un futuro incierto. Yo estaba en Suiza cuando, poco después del anuncio de un Mundo en Guerra, el noticiero oficial de Londres informó que el Dr. Sigmund Freud, quien abriera el campo de conocimiento del inconsciente y fundara la ciencia del psicoanálisis, había muerto.

8

Primero escribí se había ido, pero lo taché sin más. Sí, había muerto. No me sentí emocionada. El Profesor era un hombre viejo. Tenía ochenta y tres años. La guerra se ceñía sobre nosotros. No me lamenté por el Profesor ni pensé en él. Se había ahorrado de mucho. Había dedicado sus investigaciones al tejido viviente del pensamiento sano e insano, pero contemporáneo podría decirse. En otras palabras, él trajo el pasado al presente con su la infancia del individuo es la infancia de la raza —¿o es al revés?— la infancia de la raza es la infancia del individuo. De cualquier modo (sea como fuere, al revés también es cierto), él abrió, junto a otros, ese particular campo del inconsciente que vino a probar que los rasgos y las tendencias de oscuras tribus aborígenes, así como la forma y la sustancia de los rituales de civilizaciones extintas, están aún presentes en la mente humana —la psique humana, si se prefiere. Pero de acuerdo a sus teorías, el alma existe inequívocamente, o muestra su forma en y a través de la mente como vehículo, y del cuerpo, en tanto es afectado por el éxtasis y por el desorden de la mente. Sobre las grandes cuestiones trascendentales, nunca discutimos, aunque una discusión implícita habitaba en nuestros propios huesos. Habíamos convergido para comprobar algo. No sabía qué. Algo golpeaba en mi cerebro; no digo en mi corazón, mi cerebro. Quería dejarlo salir. Quería liberarme de pensamientos y de experiencias repetitivos —de los propios y de muchos de los de mis contemporáneos. No me daba cuenta de qué era lo que específicamente quería, pero sabía que, al igual que mucha gente conocida, en Inglaterra, en Estados Unidos, y en el continente europeo, andaba sin rumbo. Estábamos a la deriva. ¿Hacia dónde? No lo sabía, pero al menos aceptaba el hecho de que andábamos sin rumbo. Por lo menos sabía eso. Habría deseado (antes de que el flujo de eventos inevitables me arrastrara al medio de la corriente y así hacia la catarata) mantenerme aparte, si hubiera podido (si no era ya demasiado tarde), y hacer balance de mis pertenencias. Se podría decir que tenía… sí, tenía algo que poseía específicamente. Me poseía a mí misma. No realmente, por supuesto. Mi familia, mis amigos y mis circunstancias me poseían. Pero yo tenía algo. Digamos que tenía una estrecha canoa de corteza de abedul. El gran bosque de lo desconocido, lo supernormal o sobrenatural, se ceñía sobre nosotros. Con la corriente infatuándose, yo podía, al menos, remar hasta los bajíos antes de que

fuera demasiado tarde, inventariar mis muy modestas pertenencias de mente y cuerpo, y pedirle al viejo Ermitaño que vivía en los límites de este vasto dominio que me hablara, que me dijera, si quería, el mejor modo de encauzarme.

Tocamos ligeramente algunos de los más abstrusos problemas trascendentales, es cierto, pero los asociamos al conocido complejo familiar. Las tendencias del pensamiento y de la imaginación, sin embargo, no fueron cortadas, ni siquiera fueron podadas. Mi imaginación vagaba a su antojo, mis sueños eran reveladores, y muchos de ellos se inspiraban en el simbolismo clásico o bíblico. Los pensamientos eran cosas, cosas a ser coleccionadas, a ser cotejadas, analizadas, clasificadas o resueltas. Ideas fragmentadas, aparentemente inconexas, resultaban a menudo ser parte de una capa especial o estrato del pensamiento y de la memoria, y por lo tanto corresponderse entre sí; entonces eran, algunas veces, reconstruidas hábilmente como los exquisitos lacrimatorios griegos y los iridiscentes cuencos vidriados que brillaban en la penumbra, desde los estantes del armario que me enfrentaba mientras me extendía, reclinada, en el diván del consultorio de Berggasse 19, Viena IX. Los muertos estaban vivos, en la medida en que vivían en la memoria o eran recordados en el sueño.

9

En cualquier caso, afectuosamente suyo… No sabía qué lo había enojado de repente. Me volteé y salí del diván, los pies sobre el suelo. No sé exactamente qué dije. Tengo algunas notas que tomé cuando estaba en Viena, pero nunca las trabajé en detalle y desde entonces apenas las he mirado. No quiero ajustarme a la estricta secuencia histórica de los hechos. Prefiero evocar las impresiones, o más bien dejar que las impresiones me evoquen a mí. Dejemos que las impresiones vengan a su manera, que hagan su propia secuencia. «Habrá muchas memorias acerca del Profesor», me dijo Walter Schmideberg. «Supongo que Sachs y la Princesa ya han escrito las suyas».

El analista Schmideberg hablaba con ironía. Fue un joven oficial austríaco en el frente ruso, durante la Primera Guerra Mundial, «capitán de caballos» se describió a sí mismo en aquellos días, antes de que su inglés se hubiera asentado. «Capitán de caballos» me transmitía mucho más que «oficial de caballería» u «oficial de la guardia»; tanto como «árbol de agujas», al que se refirió un día, me transmitía más que «pino» o que «coníferas». Así el impacto de un lenguaje, tanto como el impacto de una impresión, puede volverse «correcto», volverse «estilizado» y perder su cualidad de vivo. Es fácil quedar atrapado, como Schmideberg, en el nudo de la autocrítica, es fácil decir «todo el mundo estará garabateando memorias», pero la respuesta a eso es «Ciertamente, pero ni la princesa George de Grecia ni el Dr. Hanns Sachs, antes de Viena y de Berlín, luego de Boston, Massachussetts, pueden garabatear mis impresiones del Profesor». Es más, no creo que nadie pueda darnos una descripción tan tierna y divertida del Profesor (si permitiera que las impresiones lo sacaran de sí mismo) como la que daría el otrora joven Rittmeister[3] Schmideberg, quien se convirtió en experto mundial en contrabando de cigarros hacia Berggasse durante los días más oscuros de aquella guerra, y con quien el Profesor cumplió su palabra durante su amargo año de confinamiento en un campo de prisioneros en Italia, irónicamente después de terminada la guerra.

10

Suficiente acerca de la Princesa, de Hanns Sachs, y de Walter Schmideberg, el otrora Rittmeister del 15° Regimiento Imperial Austro-Húngaro de Húsares de su Alteza Real, el Archiduque Francisco Salvador. En cuanto a mí, doy vueltas, sentada de modo poco ortodoxo, totalmente erguida, con los pies en el suelo. El mismo Profesor es bastante poco ortodoxo. Está golpeando con la mano, con el puño, en la cabecera del antiguo diván de crin, que ha oído más secretos que el confesionario de cualquier padre confesor católico romano en sus días de gloria. Este fue el acogedor instrumento histórico del esquema original de la psicoterapia, del psicoanálisis, la ciencia del desentrañamiento de las intrincadas madejas del inconsciente y de la curación implícita en el proceso. Conscientemente, no advertí haber dicho algo que pudiera justificar el arrebato del Profesor. E incluso al voltearme, enfrentándolo, mi mente estaba demasiado absorta como para preguntarme si no había sido alguna idea de él para acelerar el contenido analítico o para redirigir el flujo de las imágenes asociadas. El Profesor dijo: «El problema es —yo soy un hombre viejo— que usted no cree que valga la pena amarme».

11

El impacto de sus palabras fue demasiado terrible: simplemente no sentí nada. No dije nada. ¿Qué esperaba que dijera? Era como si el Ser Supremo hubiera golpeado con su puño sobre el respaldo del diván donde yacía. ¿Por qué, de cualquier modo, hizo eso? Él debía saberlo todo o no sabía nada. Él debía saber lo que yo sentía. Tal vez sabía, tal vez de eso se trataba. Tal vez, después de todo, era sólo un truco para impresionarme, para romper en mí algo de lo que yo era apenas consciente, algo que no quería, que no debía romperse. Yo estaba ahí porque no debía romperme. Si me partiera, no podría continuar allí con el Profesor. ¿Pensaba él que era fácil abandonar un entorno amistoso y confortable y venir a una ciudad extraña, a enfrentarlo, a él, al dragón, en su mismísima guarida? ¿Viena? ¿Venecia? Mi madre había venido en su luna de miel, cansada, habiendo «hecho» Italia como novia. Quizás mi madre estaba ya protegiendo al hijo, la niña, aquella primera niña que vivió tan poco tiempo. Era del pan de lo que hablaba, de Viena, y de cuánto amaba los diferentes panecillos y sus formas y unos con semillas de amapola y oh… ¡el café! ¿Por qué había venido yo a Viena? El Profesor dijo, bien al comienzo, que yo había venido a Viena con la esperanza de encontrar a mi madre. ¿Madre? Mamá. Pero mi madre había muerto. Yo había muerto; es decir, la niña en mí que la llamaba «mamá» había muerto. De cualquier modo, él era un anciano tremendamente aterrador, demasiado viejo y demasiado distante, demasiado sabio y famoso todo junto, para golpear de esa forma con su puño, como un niño que le pega a la mesa con su cuchara sopera.

Me deslicé sobre el diván. Se diría que me escabullí. Con la debida deliberación y con el mayor savoir-faire[4], acomodé la manta que se había caído al suelo. El diván era resbaladizo, su cabecera, dura. Yo era casi demasiado larga; si lo hubiera sido un poco más mis pies habrían tocado la antigua estufa de porcelana que se hallaba a un lado en el rincón. The Nürnberg Stove[5] era un libro que le gustaba a mi madre. Yo no podía recordar ni un solo incidente del libro y no iba a tomarme el tiempo de desandar todas las complejidades de explicarle al

Profesor que estaba pensando en un libro llamado The Nürnberg Stove. Era todo demasiado obvio: estaba la estufa, irradiando su perceptible y placentera incandescencia, estaba la estufa en sí, en el rincón. Yo vi la estufa de porcelana y pensé en un libro llamado The Nürnberg Stove, pero… ¿para qué perder tiempo con todo ello?

Estaba la estufa, pero había momentos en que una sentía un poco de frío. Alisé los pliegues de la manta, miré subrepticiamente mi reloj. Días atrás, el Profesor me había reprochado por sacudir mi brazo y mirar mi reloj. Él dijo: «Yo controlo el tiempo, le diré cuando haya terminado la sesión. No necesita estar mirando el reloj como si estuviera apurada por irse». Toqué la malla de mi reloj, metí mis manos heladas debajo de la manta. Siempre, al llegar, encontraba la manta cuidadosamente doblada a los pies del diván. ¿Venía Paula, la pequeña doncella, desde el vestíbulo y la doblaba, o la doblaba el paciente anterior, como hacía yo, con cuidado, cada vez, antes de irme? Yo era precedida por el Holandés Errante; él de seguro dejaba la manta así nomás, como haría un hombre. ¿Debería preguntarle al Profesor si todos doblaban la manta al irse o si sólo yo lo hacía? El Profesor había dicho al comienzo que me clasificaba en la misma categoría que al Holandés Errante: ambos estudiantes. Yo era una estudiante, trabajando bajo la dirección de la más grande mente de esta generación y tal vez de muchas de las siguientes. Pero no siempre el Profesor tenía razón.

12

No discutí con el Profesor. De hecho, como digo, yo no tenía la respuesta. Si esperaba despertar en mí alguna protesta de afecto, no logró su cometido: la raíz o la corriente era demasiado profunda. Un día dijo: «Hoy hemos excavado bien profundo». Otro día dijo: «Encontré petróleo. Fui yo quien encontró petróleo. Pero sólo se han tomado muestras del contenido de los pozos. Hay petróleo suficiente, material suficiente, para la investigación y la explotación, como para cincuenta años, como para cien años, o aun más». Dijo: «Mis descubrimientos no son un “cura todo”. Mis descubrimientos son la base de una filosofía muy importante. Hay muy pocos que entienden esto, hay muy pocos que son capaces de entender esto». Otro día me dijo: «Usted descubrió para sí lo que yo descubrí para la raza». Espero retornar luego a todo esto. Por el momento estoy reclinada en el diván. Acabo de acomodar la manta que se había caído al suelo. Metí las manos debajo de la manta. Me pregunto si el Profesor me atrapó mirando el reloj. Estoy realmente destrozada, pero no se vislumbra una respuesta.

13

Está la antigua estufa de porcelana a los pies del diván. Mi padre tenía una estufa como esa en la oficina exterior que había hecho construir en el jardín de mi primera casa. Había también un diván allí y una manta plegada a sus pies. También tenía una cabecera ligeramente elevada. El estudio de mi padre estaba repleto de libros, al igual que su habitación. Había olor a cuero, y leños crujiendo en la estufa, como aquí. Había un cuadro, una fotografía de La disección, de Rembrandt, y una calavera sobre el más alto de los estantes de mi padre. Había un búho blanco debajo de una campana de cristal. Podía sentarme en el piso con una muñeca o con un pliego de muñecas de papel, pero no debía hablarle mientras él escribía en su escritorio. Lo que él «escribía» eran hileras e hileras de números, pero en aquel entonces yo podía apenas distinguir la forma de un número de la de una letra, o saber cuál era cual. Tampoco debía hablarle cuando se recostaba en su diván, porque trabajaba por la noche y no había que molestarlo cuando se recostaba en su diván y cerraba los ojos durante el día. Ahora soy yo quien está recostada sobre el diván en la habitación repleta de libros.

Pero no. No hay muchos libros en esta habitación. Era la otra la llena de libros. La ventana de esta habitación y la de la otra dan a un patio, creo. No estoy segura. No hay ruido del tránsito de la calle ni conocidos sonidos hogareños como los que vienen del lado de la casa que corresponde a la familia Freud. Estamos bastante solos en esta habitación. En verdad son dos habitaciones, aunque la segunda es parte de esta habitación, con las puertas abiertas de par en par. Hay tiniebla y oscuridad más allá, después de las puertas dobles, a la derecha de la estufa, mientras me recuesto aquí. Del otro lado de la habitación está la puerta que da a la pequeña sala de espera. Y está la otra puerta, perpendicular, la puerta de salida. Conduce a un pasadizo más bien oscuro o a un pequeño cuarto que parece ser una despensa o un laboratorio. Luego está el vestíbulo, donde colgamos nuestros sacos en perchas que recuerdan de algún modo al colegio. El Holandés Errante ha estado y se ha ido. No sólo somos

semejantes en nuestra relación con el Profesor, como aspirantes o estudiantes, tal como él nos llama, sino que ostentamos la misma relación con el diván donde estoy recostada. Cuando, al principio, expresé un ligero pudor por ser «casi demasiado alta», el Profesor me tranquilizó diciendo que el analizante que me precedía era «considerablemente más alto».

14

Mi hermano es considerablemente más alto. Yo tengo cinco años y él siete, o yo tengo tres y él cinco. Es verano. El pasto está seco, algunas hojas crujen debajo de nuestros pies. Han caído de un peral que da grandes peras rojas. Las peras fueron recogidas. (¿Peras? ¿Pares?) Hay un árbol opuesto a éste, que tiene pequeñas peras amarillas que maduraron antes. El árbol próximo a nuestro árbol es un manzano y hay un pedazo de tronco inmenso debajo de él. El tronco es como una tabla redonda o un banco macizo. Es demasiado pesado para que podamos moverlo, pero Eric, nuestro medio hermano (todo un hombre para nosotros) lo movió con facilidad. Vimos lo que había debajo del pesado e inamovible tronco. Una variedad de exposiciones espectaculares: cositas como hormigas se movían muy rápido, corrían frenéticas en círculos, pero siempre volvían al mismo montículo de tierra húmeda o al mismo montoncito de barro. En arroyuelos prolijamente delineados, algunas criaturas blancas, sin alas, yacían enroscadas. La base del tronco había sido el techo de una serie de pequeños huecos o tumbas abiertas, parecidas a cámaras sepulcrales aztecas o egipcias, aunque yo no lo supiera. Estas enroscadas babosas blancas eran cosas no nacidas. Eran bastante repulsivas, como forúnculos sin reventar. O es posible que no fueran esencialmente repulsivas, deben haber sido larvas sin capullo, que «eclosionaran» en algún momento. Pero yo simplemente las vi, no sabía lo que eran o lo que llegarían a ser. Mi hermano y yo nos quedamos hechizados ante este descubrimiento. Eric observaba con atención la frenética carrera en círculos de las hormigas. Luego puso el tronco otra vez en su lugar con cuidado, intentando aplastar la menor cantidad de bestias posible, para restaurar, del mejor modo, el techo protector sobre las cabezas de las babosas blancas.

Había cosas debajo de las cosas, tanto como cosas adentro de las cosas.

15

Eso fue en otra ocasión. Esta vez, estoy sola con mi hermano, que es considerablemente más alto. Él me mandó a llamar. Tenía una tira de papel de diario en la mano. Tenía una lupa que seguramente había tomado del escritorio de nuestro padre. Me dijo que mirara y yo vi las letras sobre la endeble hoja volverse más grandes. Sabía que la lupa hacía eso. No sabía por qué tenía que mostrarme esas letras impresas. Yo no sabía leer. Si quería mostrarme algo, debía ser una cosa más atractiva, más adecuada en su conjunto. «No te vayas», dijo, «sucederá en un minuto». El sol arreciaba en nuestras espaldas. La rama del peral proyectaba su última sombra estival hacia el manzano. «Ahora», dijo. Bajo el cristal, sobre el papel, apareció un punto oscuro; casi instantáneamente el diario ardió en llamas.

Era inevitable que una figura alta y barbada apareciera desde la puerta en arcada del estudio. El estudio no se extendía plano sobre el terreno, sino que se asentaba sobre una serie de cimientos cuadrados en forma de pilares. Nuestro padre bajó los escalones. Esta imagen puede ser encontrada en una antigua colección de ilustraciones de la Biblia u hojeada en reproducciones descartadas de, digamos, aquel pintor francés de principios del siglo XIX, David. Es una imagen de época, sin dudas. Sin embargo, su prototipo puede encontrarse grabado en medallones greco-romanos o delineado sobre el fondo rojo o negro de jarras o ánforas del período clásico griego. He dicho que, desde mi posición sobre el diván, reclinada pero algo erguida, a lo Madame Récamier, veo la puerta doble abierta de par en par. A los pies del diván está la estufa. Junto a la estufa, se ubica la vitrina que guarda las más delicadas jarras de cristal, botellones de diversas formas y los jarrones egeos. Contra la pared, del otro lado de la puerta doble, hay otro armario de curiosidades y antigüedades, en cuya cima se yerguen figuras barbadas. ¿Eurípides?, ¿Sócrates? Sófocles, indudablemente. Al girar en ese ángulo está la ventana, perpendicular a la vitrina, y luego otro armario que contiene figuras de cerámica y demás vasijas griegas. Más allá, la puerta hacia la sala de espera. En ángulo recto otra vez, sigue la puerta que conduce, a través de

la habitación con forma de despensa o de laboratorio, al vestíbulo. Estas últimas dos puertas, la de entrada y la de salida, como yo las llamo, están cerradas. La pared con la puerta de salida se halla detrás de mi cabeza, y sentado contra esa pared, metido en el rincón, en el nicho trifronte formado por las dos paredes y el respaldo del diván, está el Profesor. Se sienta allí en silencio, como una vieja lechuza en su árbol. No dice nada de nada o se inclina hacia adelante y habla de algo que, en apariencia, no guarda relación con el decurso o el despliegue del contenido del sueño o de la asociación de pensamientos que acontece. Sacude o estira el brazo, a veces de un modo que hace sobresaltar, para subrayar un punto. O bien se levanta, haciendo siempre de ello una «ocasión», y dice: «Ah, ahora, esto debe ser celebrado», y procede al elaborado ritual —eligiendo, encendiendo — hasta que finalmente toma asiento otra vez, mientras que desde el nicho se eleva el humo de incienso ardiente, la brasa humeante de su cigarro suave y dulzón.

16

Largor, amplitud, espesor, la forma, el aroma, la consistencia de las cosas. La realidad del presente, la influencia del pasado en él, la gestación del futuro en ambos. Pasado, presente, futuro, estos tres; pero hay otro elemento temporal, llamado popularmente la cuarta dimensión. La habitación tiene cuatro lados. Hay cuatro estaciones cada año. Esta cuarta dimensión —aunque aparece disfrazada de muchas maneras y bajo diversos subtítulos, descrita y elaborada al detalle en los volúmenes del Profesor, y aún más elaborada y detallada en las compilaciones de sus seguidores, de sus discípulos, y de sus pseudo-discípulos e imitadores— es muy simple. Es tan simple y tan inevitable en la construcción de una secuencia temporal como lo es la cuarta pared en una habitación. Si alteramos nuestro curso alrededor de esta misma habitación donde he estado hablando con el Profesor, y comenzamos con la pared a mi izquierda, contra la cual está colocado el diván, y avanzamos en sentido contrario a las agujas del reloj, podemos numerar la pared del Profesor con la puerta de salida con el número 2; la pared con la puerta de entrada (el armario con figuras de cerámica y vasijas griegas) con el número 3; y la pared opuesta al diván con el 4. Esta pared está en realidad constituida por un vacío, ya que el espacio allí queda libre, al estar enteramente abiertas las puertas dobles.

La habitación contigua puede resultar muy oscura o puede estar rota de luz y sombra. O incluso una puede entrar corporalmente a dicha habitación, tal como me invitó a hacerlo el Profesor un día, para ver las cosas sobre su mesa.

17

Sobre la mesa de mi padre había plumas y botellas de tinta y una bandeja de metal para sostener las plumas. Usaba diferentes plumas para sus diferentes tintas, negra y roja. Había un cortapapeles de diseño chino o pseudo chino; una figura rechoncha obraba de mango; un cántaro o una vasija sobre su grotesca cabeza sostenía la espada que era el cortapapeles, aunque un calado en bajorrelieve de hojas y de zarcillos le daba al filo del cortapapeles una dimensión más: el cortapapeles era un cortapapeles, y a la vez era un árbol plano o un mástil con delicados zarcillos tramados sobre sí o a través de sí. Había un par de tijeras desproporcionadas, varios pisapapeles —uno de éstos, de vidrio, revelaba diversas imágenes reflejadas en él, si lo mirabas bajo cierta luz—. Era sólo vidrio, era un mero pisapapeles, pero también era un conjunto de triángulos prismáticos, situado sobre otro conjunto de triángulos. Al apoyarlo, siempre quedaba de costado; la punta, confluencia de uno de los conjuntos, señalaba al polo norte o al polo sur, o podría haberlos señalado. Está la lupa que mi hermano sigue sosteniendo en su mano.

18

«Pero ustedes saben, niños, que no deben jugar con fósforos». Era uno de los pecados imperdonables. (¿Fósforos?)[6]. Mi hermano tiene la respuesta. Es una réplica valiente y atrevida: «Pero no estamos jugando con fósforos». No da la respuesta. Yo me quedo junto a él. Mi hermano es muy alto. Mi cabeza apenas alcanza su hombro. He visto el cristal redondo en su marco de metal; el mango recto apretado por una húmeda y algo sucia garra, detrás de la espalda de mi hermano. Yo no sé, él no sabe que esto, además de ser la lupa de la mesa de nuestro padre, es un símbolo sagrado. Es un círculo y el tallo del círculo, el tallo de esta flor es el mango del cristal que mi hermano sostiene detrás de su espalda. Este es el ankh sagrado, el símbolo egipcio de la vida, pero no lo sabemos —quizás nuestro padre sí lo sabe—. Él usaba este mismísimo símbolo, el círculo con la línea recta de apoyatura, con un pequeño trazo agregado, una cruz, para indicar el planeta Venus. No sé si nuestro padre sabe que ankh es el símbolo de la vida y que el símbolo que usa a la cabeza de una de sus columnas de números es el mismo signo. Él escribe columnas y columnas de números, pero en la parte superior de una columna dibuja un jeroglífico. Puede representar una de las Casas o de los Signos del Zodíaco, o puede sencillamente ser un planeta; Júpiter, o Marte, o Venus. No sabía nada de esto mientras estaba junto a mi hermano en el jardín. Lo supe mucho tiempo después pero no lo entendí. Es sólo ahora, mientras escribo esto, que veo cómo mi padre poseía símbolos sagrados, cómo él, al igual que el Profesor, tenía viejos, viejos objetos sagrados sobre su mesa de trabajo. Aún no reconocía como tal la forma, santificada por el tiempo, de estos objetos. No eran más que un pisapapeles de vidrio, un cortapapeles de bronce, o la lupa común que mi hermano aún sostiene.

¿Qué dirá mi hermano? No puede decir: «Traje fuego desde el cielo». No puede responderle al padre Zeus en yambos elegantes y explicarle cómo él, Prometeo, por su propia inteligencia y por su propia osadía, por su amor a lo desconocido, por su experimentación con fuerzas ocultas y aún inexplicables, ha traído fuego desde el cielo. Es un hecho real. Pero mi hermano nunca oyó hablar de

Prometeo, no sabe nada de griego. Ha tomado la lupa del escritorio de nuestro padre y eso es, posiblemente, un pecado, apenas menos terrible que jugar con fósforos. Mi padre pisotea el papel carbonizado. Perdura el olor a quemado y el tenue rastro del humo en el aire quieto de la tarde de un día de fines del verano del año (tal vez) 1889 o (tal vez) 1901.

No recuerdo lo que mi hermano le dice a mi padre, ni lo que mi padre le responde. «No debes hacerlo otra vez» está implícito. Pero las palabras comunes de su lenguaje habitual están, a veces, por encima de mí. No siempre entiendo siquiera las palabras que mi hermano usa. Él es un muchacho grande, muy inteligente y singular para su edad. Yo soy una niña pequeña, pequeña para mi edad y no muy adelantada. Soy, en cierto sentido, todavía una extranjera. Hay otros extranjeros. Ellos llegan de vez en cuando, a nuestra propia casa, a la de nuestros abuelos (compartida por una tía y un tío), a la casa de enfrente, a otras casas, a lo largo de Church Street. Estos extranjeros saben incluso menos que yo de las costumbres de nuestra gente, civilizada o bárbara. Ocurren cosas que esta gente trata de ocultarnos: un niño se ahoga en el río, un obrero de la fábrica de acero pierde una extremidad, un extranjero o —como les dicen a veces en las puertas traseras— «un pequeño forastero» ha llegado prematuramente a algún lado. Todos estos acontecimientos misteriosos, aparentemente inconexos, oídos por casualidad cuando me escondía debajo de la mesa de la cocina, o recabados o inferidos en cuchicheos con otros compañeros, murmuradores de la misma edad, o a veces un poco más grandes, inarticulados pero intuitivos, a lo largo y a lo ancho de Church Street, tienen que ver con un doctor.

19

Un doctor tiene una valija llena de cosas raras, bisturíes, cuchillos y tijeras. Nuestro padre no es un doctor, pero tiene un cuadro de un doctor o de unos doctores en su estudio. Es calmo y extrañamente tierno cuando estamos enfermos. Suele decirle a la gente que vaciló durante cierto tiempo antes de decidirse por su profesión, y que los médicos siempre le dicen que debió haber sido uno de ellos. Su voz es tranquila y de tono bajo. Es casi monótonamente tranquila. Nunca la eleva. Nunca está irritable o enojado. Nunca lo vi realmente enojado a excepción de dos o tres ocasiones en toda mi vida, y esas sí que fueron ocasiones memorables. Recostada en este diván en el consultorio del Profesor, siento que alguna vez debo recordar y anotar (por así decirlo) el enojo de mi padre. Esta no es una de esas ocasiones. Mi padre no está enojado, pero, aunque el sol está brillando y el papel ardiente se chamusca a nuestros pies, un frío helado hiende el aire. «Quizás», debe haber dicho (porque nuestro padre es un hombre justo), «no les he expresamente prohibido que tomaran la lupa», ya mi hermano se la ha devuelto. «Sé que les he dicho que no tocaran el tintero ni se llevaran las tijeras y que no usaran el pegamento para sus soldaditos de papel. Supuse que estaba sobreentendido que no debían tocar nada de lo que hay sobre mi escritorio».

Hay escarcha en el aire. Me acerco a mi hermano. Estoy implicada, aunque de ningún modo inculpada.

20

Hay una ocasión anterior en la que otra vez el sol brilla. Por el vestido de tela que usa mi madre, pienso que tiene que ser primavera, o es un día del verano indio[7], entre estaciones, pues mi madre usa su vestido sin abrigo. No es verano, porque nos ponemos ropa de verano tan regular e inevitablemente como los habitantes de los trópicos. Somos subtropicales, un pueblo en Pensilvania, en el paralelo del mapa, entiendo, que pasa por el sur de Roma. Los inviernos son fríos, los veranos cálidos, de modo que tenemos el temperamento tanto de los nórdicos como de los sureños, combinados en armonía y alternando la vibración en estricta conformidad con las estaciones y sus reglas. O tal vez no. Es verano, de todos modos, en el rostro de mi madre, porque ríe.

Hemos salido con ella para ayudarla con las compras o para visitar a alguno de sus muchos parientes o amigos. En el pueblo hay muy pocos que no sean parientes o conocidos, en el «viejo pueblo», y esto es en el viejo pueblo, porque estamos sentados en una ligera elevación del pavimento, sobre el cordón, donde hace una amplia curva Church Street, bajo la iglesia, hacia los negocios y el hotel y el centro comercial de Main Street —creo que la llamaban Main Street, o así debería llamarse, de todos modos—.

Parece extraño que mi madre esté riendo. Mi hermano la ha desafiado. Está empacado en su asiento del cordón. No irá a casa. Mientras repite, con solemnidad, que no irá a casa, mi madre se ríe más. La gente se detiene y pregunta qué ha ocurrido. Mi madre les cuenta y se ríen ellos también. Parados a ambos lados de mi madre, cada vez más personas, amigos y extraños, todos riendo. «Hemos reunido una multitud», dice ella, «no podemos quedarnos aquí, obstruyendo el paso». Consigue adhesiones; extraños y casi extraños repiten sus palabras como un coro griego, siguiendo las iniciativas de su líder.

Hay una ligera, susurrante conspiración. Los extraños se disuelven y mi madre, con fingida indiferencia, se aleja. Mi hermano sabe perfectamente que ella va a ceder, que fingirá irse, pero que esperará a la vuelta de la esquina y que, si no la seguimos, regresará a buscarnos. Él le ha dicho que quiere irse a vivir solo, y además que su hermana se irá a vivir con él. La hermana espera con ansiedad, emocionada pero inmóvil, a su lado, en el cordón. Además de este ultimátum final de mi hermano, se nos había dicho que no debíamos sentarnos en el cordón. Pero allí estamos, no «obstruyendo el paso» pero sí armando un pequeño grupo, diseñando una imagen en la encrucijada. Aparece en sendas tragedias griegas con nombres griegos y puede encontrársela en los cuentos de los Grimm o en su adaptación para niños, con los nombres de Hermanito, Hermanita. Uno es a veces la sombra del otro; a menudo uno se pierde y el otro lo busca, como en el antiquísimo cuento de hadas de los gemelos —varón y mujer— del Valle del Nilo. A veces son dos varones como las estrellas Castor y Pólux, otras veces son más de dos. En el caso de Castor y Pólux eran cuatro, con Helena y Clitemnestra —los hijos de una Dama, nos dicen, y de un Cisne—. Forman un grupo, una constelación, hacen un surco o una estructura en la cual o sobre la cual otras estructuras encajan, o bien están colocadas sin encajar y las circunstancias las amoldan. De todas maneras, es un patrón común para un jardín, aunque a veces encuentra su forma correspondiente en el cielo. Y su madre se había alejado. Él sabe que volverá porque es mayor y decididamente el favorito de la madre. Pero ella no lo sabe. Aunque su cerebro está en un torbellino de ansiedad y orgullo y terror, ni siquiera se le ha cruzado por la cabeza que podría arrojar su ligero peso en la balanza del comportamiento convencional, seguir a su madre y abandonar al hermano a su destino.

21

Estas imágenes son muy claras. Son como transparencias puestas ante la luz de velas en una habitación oscura. Pude o no haber mencionado estos incidentes al Profesor. Pero allí estaban. Por sobre la elaborada reconstrucción de antiguos recuerdos, a través de la intrincada red hecha de capilares que dividían una parte irregular del rompecabezas de otra, caía inevitablemente una sombra, un escrito en la pared, una curva parecida a una S invertida e incompleta con un punto debajo, un signo de interrogación, la sombra de una pregunta: ¿es esto? El signo de interrogación amenazaba ensombrecer las respuestas en apariencia más satisfactorias. Ninguna respuesta era definitiva. La mismísima respuesta contenía algo de muerte, de final, de fruto del Mar Muerto. A veces las explicaciones del Profesor resultaban reveladoras; las alas de mi pensamiento, como las de los murciélagos, se batían penosamente en esa repentina luz. O, al revés, otras alas (de gaviota o de alondra), que parecían a punto de sacarme de los niveles más bajos del lugar común, se batían incesantes en el confinamiento de una jaula de mimbre, o inútiles ante la urdimbre y la trama de una red de protección contra aves. Pero no; él no tendía trampas, él no ponía redes. Era yo misma, por mi propia voluntad subconsciente o deseo inconsciente, que volaba hacia ellas. Yo insistía o compensaba en exceso. Deliberada y dolorosamente me detenía en ciertos eventos del pasado acerca de los cuales nunca estaba demasiado feliz, para que no pareciera que intentaba evadir el análisis o engañar al registrador del Libro de la Vida, burlar al Ángel Registrador, en un esfuerzo por escapar del Día del Juicio. Una vez, cuando dolorosamente destejí una sórdida y descuidada tira del tapiz de las causas y efectos, y le relaté, con lujo de detalle, algunas amistades poco felices, él lo hizo a un lado con un gesto, no aburrido, no molesto ni sorprendido, sino simplemente un poco desilusionado, supuse, como si hubiéramos perdido un tiempo precioso, o preciadas horas juntos, en algo sin importancia. «¿Pero por qué —preguntó— se preocupó por todo esto? ¿Por qué pensó que debía contármelo? Esos dos no tenían importancia. Pero usted sintió que quería contárselo a su madre».

Todo esto pareció casi demasiado simple en el momento. Mi madre estaba muerta; habían sucedido cosas antes de su muerte, tanto cosas comunes como increíbles, que yo no le había contado. En algunas ocasiones, había querido ahorrarle pena y dolor, como durante el período de la Primera Guerra Mundial, cuando yo estaba en Inglaterra y ella en Estados Unidos. Debía considerar su duelo; la muerte de mi padre siguió inmediatamente a la noticia de la muerte de mi hermano mayor en Francia. Mi padre, un muchacho de diecisiete años, y su hermano mayor, fueron soldados en nuestra guerra civil norteamericana, y mi padre perdió en aquella guerra a este único hermano. Era matemático y astrónomo, objetivo e imparcial, un erudito o savant, para usar la más colorida palabra francesa. Pero la muerte de mi hermano en combate en Francia trajo una conmoción. Mi padre murió, literalmente, por el golpe. El Profesor había sufrido golpe tras golpe, pero no había muerto.

Mi padre tenía setenta y cuatro o setenta y cinco años cuando murió. En cualquier caso, no eran tan viejo como el Profesor lo es ahora. Mi madre había cumplido sus setenta a principio de los años veinte. Vivió conmigo algunos años en Londres y en Vaud, Suiza. Volvió a Estados Unidos de visita. Yo sabía que ella moriría allí. Ella también lo sabía. Pero yo necesitaba evitar pensar al respecto. No quería enfrentarlo. Hay varias formas de intentar escapar de lo inevitable. Podés girar y girar en círculos como las hormigas debajo de aquel tronco que Eric levantó para nosotros. O tu psique, tu alma, puede acurrucarse y dormir como aquellas babosas blancas.

22

Esos dos no tenían importancia. Había doses y doses y doses en mi vida. Estaban los dos hermanos (nosotros tres nacimos en un período de cuatro años). Estaban los dos medio-hermanos; estaban las dos tumbas pequeñitas de las dos hermanas (una de ellas era una media-hermana, pero había dos tumbas gemelas). Estaban las dos casas, la nuestra y la de nuestros abuelos, en la misma calle, con el mismo jardín. Estaban los dos pueblos bíblicos en Pensilvania, Bethlehem donde yo nacía, y Filadelfia, donde nos mudamos cuando tenía ocho. Hubo por un tiempo en la consciencia dos padres y dos madres, ya que pensábamos que Papalie y Mamalie (los padres de nuestra madre) eran nuestros «otros» padre y madre, lo que, de hecho, eran.

Había dos de todos (excepto de mí) en aquella primera casa de Church Street. Estaban los dos hermanos que compartían habitación; los dos medio-hermanos que se aparecían en cualquier momento, juntos; las dos doncellas que dormían en la habitación contigua a la cocina; estaban mis padres en su cuarto. (Hubo un agregado posterior a esta Arca de Noé, pero mi último hermano llegó después de que este patrón estuviera fijado en la consciencia).

Mi padre se había casado dos veces; así que —otra vez— había dos esposas, aunque una estaba muerta.

Más tarde en la vida, hubo dos países, Estados Unidos e Inglaterra, separados por una ancha brecha en la consciencia y por una más amplia extensión de mar.

El mar se angosta, la brecha en la consciencia por momentos luce insignificante;

sin embargo, hay una dualidad, los pueblos angloparlantes están relacionados, hermanados, aun gemelos, pero no son uno. Así en mí, dos entidades raciales, o biológicas, o psicológicas diversas tienden a aproximarse o incluso a mezclarse, al tiempo que se curan viejas rupturas en la consciencia. La segunda esposa de mi padre era hija de un descendiente de uno de los grupos originarios de la orden mística protestante de principios del siglo dieciocho, llamada la Unitas Fratrum, la Hermandad Bohemia o Morava. El padre de nuestra madre era mitad centroeuropeo de raza, Polonia se llamaba el país entonces, cuando sus ancestros lo abandonaron, aunque luego fue Alemania, y luego fluctuó como los otros distritos aliados, de acá para allá, como en los primeros días de las luchas de Palatinado. Livonia, Moravia, Bohemia —el Conde Zinzendorf, el fundador de la renovada hermandad bohemia, era austríaco, y su padre exiliado o autoexiliado a la Alta Sajonia, por su afiliación protestante. El Profesor mismo era un austríaco, un moravo en realidad, por nacimiento.

23

¿Madre? ¿Padre? Hemos encontrado a uno de ellos en el jardín de la casa de Church Street y hemos visto al otro más lejos en Church Street, donde el pavimento traza una generosa curva bajo la iglesia y hacia los comercios. Pero no estamos de compras. No estamos visitando a nadie, amigo ni conocido ni pariente, cercano o lejano. Todos conocen a nuestra madre por lo que nunca estamos seguros de quién es de la familia y quién no; bueno, en cierto sentido todos son parientes porque está la iglesia y todos pertenecemos a ella de un modo muy especial, en virtud de nuestra ceremonia de cirios en Nochebuena, que no tiene comparación con la de ningún otro sitio, salvo quizá por algunos lugares de Europa. Europa es un lugar lejano y allí fueron nuestros padres en su luna de miel. Es ella la que importa porque es ella la que ríe, no tanto de nosotros sino con nosotros, sobre nosotros y alrededor de nosotros. Ella tiene partituras y hojas sueltas sobre nuestro piano. Acerca de ella, no hay dudas. El problema es que conoce a demasiada gente que viene a interrumpir. Y que, además, prefiere a mi hermano. Si yo me quedo junto a mi hermano, si me vuelvo casi una parte de mi hermano, tal vez pueda acercarme a ella.

Una nunca puede acercarse lo suficiente, o si lo hace, si se aproxima, es porque se tiene escarlatina o sarampión. Si una pudiera quedarse siempre junto a ella, no habría ruptura en la consciencia, pero medio pan es mejor que ninguno, y hay cosas, no del todo desdeñables, que se pueden decir de él. Él tiene algunos hábitos misteriosos, eso de salir de noche y dormir en el diván de su estudio durante el día. En cuanto a eso, está su estudio. Siempre que no se le hable cuando está sentado a su mesa y que no se le moleste cuando está recostado, una es libre de entrar y salir. Es un lugar apacible. Nadie interfiere o interrumpe. Sus estantes están repletos de libros, su habitación llena de libros. Está la calavera en el estante más alto y el búho blanco debajo de la campana de cristal. Tiene incluso más libros que nuestro abuelo y tiene ese pisapapeles triangular que muestra las cosas en la habitación repetidas y en sendas dimensiones. Todo esto, por supuesto, no lo había puesto en palabras en aquel tiempo y difícilmente lo

habría siquiera pensado. Pero aquí estoy, privilegiada en cierta forma. Es a su hija a quien más tarde le confía su cortapapeles; deja para ella las revistas y los periódicos sin cortar. Ella sabe cómo deslizar con sumo cuidado el cortapapeles bajo la superficie de la doble hoja, y esto es especialmente importante ya que su hermano mayor no está invitado a cortar las páginas. Él tiene, por supuesto, muchas otras cosas que hacer. Nuestra madre es una mezcla de los primeros colonos de Pensilvania, con gente de la isla, Inglaterra, y otras de Centroeuropa. Él, en cambio, es una sola cosa. Él es Nueva Inglaterra, aunque no vive ni nació allí. Viene de aquellos padres puritanos que usan sombreros de copa alta en los números de las revistas del Día de Acción de Gracias. Combatieron con los indios y quemaron brujas. Sus sombreros eran como los sombreros que usaban los médicos en el único cuadro que colgaba en su estudio. El original era un Rembrandt, si no me equivoco. El hombre semidesnudo sobre la mesa estaba muerto y, por tanto, no le dolía cuando los doctores rebanaban su brazo con un cuchillo o con un par de tijeras. ¿El cuadro se llama Una lección de anatomía?

En verdad no importa cómo se llama la pintura. Se trata de doctores. Hay un doctor sentado detrás del diván en el que estoy recostada. Es un doctor muy famoso. Se llama Sigmund Freud.

24

Viajamos lejos en el pensamiento, en la imaginación, en el reino del recuerdo. Los acontecimientos ocurrieron como ocurrieron, no todos ellos, por supuesto, pero aquí y allá un recuerdo o el fragmento de una ensoñación es actual, es real, es como una obra de arte o es una obra de arte. Me he referido a las dos escenas con mi hermano como si estuvieran separadas, como transparencias puestas ante velas encendidas en una habitación oscura. Esos recuerdos, visiones, sueños, ensoñaciones —o como se quiera— son diferentes. Su textura es diferente, el efecto que tienen sobre cuerpo y mente es diferente. Son sanadores. Son reales. Son tan reales en sus dimensiones de longitud, anchor, espesor, como cualquiera de los objetos de bronce, o de mármol, o de arcilla, o de cerámica, que llenan las vitrinas de estos muros, que están dispuestos con elegante precisión en el amplio arco sobre la mesa del Profesor en la otra habitación. Pero no podemos probar que son reales. Podemos discriminar, como un conocedor (tal como hace el Profesor con su invaluable colección aquí), entre lo falso y lo verdadero; una buena copia de un objeto raro no carece de valor, pero debemos distinguir entre una copia fiel y una imitación espuria; hay ciertas aleaciones también que pueden corroerse y corromperse con el tiempo, y objetos tan arruinados deben ser apartados o desechados; hay invaluables fragmentos rotos que se vuelven insignificantes hasta que encontramos los otros pedazos rotos que se corresponden con ellos y los unimos.

Hay sueños triviales, confusos, y hay sueños verdaderos. El sueño trivial ostenta la misma relación con lo real que una columna de un diario sensacionalista con una página de una obra de Shakespeare. Los sueños son tan variados como lo son los libros que leemos, las fotografías que miramos o las personas con quienes nos encontramos. «Oh, sueños —¡sabemos de dónde creen ustedes los freudianos que vienen los sueños! Sus jóvenes verán visiones y sus ancianos soñarán sueños». Una gran cantidad de ellos vienen de la misma fuente que la Escritura o la Palabra Sagrada. Y allí también leemos sobre José, sobre cómo sus hermanos se mofaban de él, Mirad, aquí viene el soñador.

Con el Profesor discutí algunos sueños reales, algunos sueños intermedios que contenían imaginería real o cuyos «jeroglíficos» se asociaban con imágenes auténticas, y algunos sueños extraños, triviales, burlones, que bailaban, por así decirlo, como enmascarados y reinas alrededor del tronco adornado del Árbol de Mayo. Pero el sueño más luminoso, el más claramente definido de todos los que tuve mientras estaba con el Profesor, fue el sueño de la Princesa, como dimos en llamarla.

25

Era una mujer morena. Usaba un ropaje de color claro, amarillo o anaranjado. La envolvía entera como si fuera una sola pieza, un sari llevado como sólo puede hacerlo una dama hindú de la más alta casta. Pero no es india, es egipcia. Se aparece en la cima de una larga escalera; escalones de mármol desembocan en un río. No lleva ornamentos, ningún brazalete o cetro muestra su rango, pero cualquiera sabría que es una princesa. Uno a uno baja los escalones. No mira atrás, no se detiene, no altera el lento ritmo de su paso. No lleva nada en sus brazos, nadie la acompaña, no hay ningún objeto extraño consigo ni en los escalones tallados que denote pormenor simbólico o asunto secundario alguno. Ningún detalle. Los escalones son geométricos, simétricos, y ella es tan abstracta como una dama puede ser, pero aun así es una entidad real, una persona real. Yo, la soñadora, espero al pie de la escalera. No tengo idea de quién soy ni de cómo llegué allí. No hay antes ni después, es un momento perfecto en el tiempo o fuera del tiempo. Sin embargo, algo me preocupa. Espero debajo del último escalón. En las aguas junto a mí, hay una canasta poco profunda, o un arca, o una caja, o un bote. Por supuesto, hay un niño acunado allí. La Princesa debe encontrar al niño. Yo sé que ella lo encontrará. Yo sé que el bebé será abrigado y protegido por ella y eso es lo único que importa.

Todos hemos visto esta imagen. Yo escudriñaba esta imagen cuando era niña, antes de que pudiera leer, en nuestra Biblia ilustrada por Doré. Pero las ilustraciones en blanco y en negro de Doré no tienen nada en común con esto, excepto el tema. El nombre de esta pintura es Moisés entre los Juncos y el Profesor, obviamente, lo sabe. Discutimos juntos, el Profesor y yo, esta pintura. Él pregunta si yo, la soñadora, soy el niño en la canasta de junco. No creo serlo. ¿Recuerdo si en el cuadro, tal como lo conocía de chica, hay otra figura? No puedo recordarlo. El Profesor cree que está la niña Miriam, medio oculta entre los juncos, ¿lo recuerdo? Recuerdo a medias. ¿Soy yo, quizá, la niña Miriam? ¿O soy yo, después de todo, en mi fantasía, el bebé? ¿Deseo yo misma, en las más profundas capas inconscientes o subconscientes, ser la fundadora de una

nueva religión?

26

Cualquier aficionado o diletante de las teorías del psicoanálisis puede reconstruir, incluso desde esta brevísima evidencia, el motivo, o el material, o el impulso psíquico suprimido o reprimido que proyectó esta imagen onírica. Está la pequeña niña con su muñeca en el estudio de su padre. Ha venido al estudio para estar sola o para estar a solas con él. Los intereses de su hermano son más vivaces y más exteriores y no entra fácilmente en sus juegos de familia de muñecas. Él debería ser el padre de la muñeca o su médico, a quien llama de tanto en tanto. Pero a él no le interesa. Tiene soldados y bolitas y le gusta correr, adentro y afuera de la casa. Aquí, en el estudio de nuestro padre, debemos permanecer tranquilos. Una niña, una muñeca, un padre distante y silencioso forman este triángulo, este romance familiar, esta trinidad análoga a la célebre estructura religiosa: Padre, distante, lejano, el proveedor, el protector, pero un poco inalcanzable, un poco demasiado alejado y gigantesco en proporciones, un poco glacial en su conjunto; Madre, una virgen, la Virgen, es decir, una niña inmaculada, adorable, con fe, construyendo un sueño; y el sueño está simbolizado por el tercer miembro de la trinidad, el Niño, la muñeca en sus brazos.

27

La muñeca es el sueño o el símbolo del sueño de esta niña particular, tanto como las diversas figuras de Ra, de Nut, de Hathor, de Isis y de Ka, vagamente percibidas sobre sus estantes o sobre la mesa del Profesor en la otra habitación, son el sueño o el símbolo del sueño de otras almas anhelantes y devotas. La infancia del individuo es la infancia de la raza, hemos visto ya que escribió el Profesor en alguna parte. La niña en mí se ha ido. Ha desaparecido, pero no ha muerto. El contacto con el Profesor intensifica, proyecta este sueño de una Princesa, del río, los escalones, el niño. El río es un río egipcio, el Nilo; la Princesa es una dama egipcia. Egipto está presente, como dije, realmente o por inferencia o sugestión, en la antigua lámina o grabado del Templo de Karnak, colgando de la pared encima de mí, así como en las figuras con forma de huevo, vagamente trazadas, de Ra o de Nut o de Ka, sobre el escritorio del Profesor en la otra habitación. Una Reina o una Princesa es obviamente un símbolo maternal; es más, había habido referencias casuales, alguna que otra vez, a la traductora al francés del Profesor, Madame Marie Bonaparte, «la Princesa», o «nuestra Princesa», como él la llamaba.

Quizás también aquí, como en la ocasión del cumpleaños del Profesor en la casa de Döbling, yo quería algo diferente o quería darle al Profesor algo diferente. La Princesa George de Grecia había sido consistentemente útil y usado su influencia a favor de los intereses generales de la Asociación Psicoanalítica. Ella era «nuestra Princesa» por eso, así como Marie Bonaparte lo era por haber traducido el difícil alemán del Profesor al francés, y por su disposición a apoyarlo cuando el peligro Nazi amenazaba Viena. Ella era «nuestra princesa» en el mundo, devota e influyente. ¿Es acaso posible que yo intuyera otro mundo, otra Princesa? ¿Es posible que yo (sorteando cualquier clase de impedimento y de obstáculo intelectual) no sólo deseara, sino supiera que el Profesor nacería de nuevo?

28

Habían sucedido cosas en mi vida, imágenes, «sueños verdaderos», experiencias psíquicas u ocultas que estaban, al menos superficialmente, fuera del territorio del psicoanálisis establecido. Pero estoy trabajando con el mismísimo viejo Profesor; quiero su opinión sobre una serie de sucesos. Es cierto, no había discutido estas experiencias con profundidad en el pasado, pero sí requerido ayuda de una o dos (a mi modo de ver) en extremo sabias y talentosas personas, y no pudieron ayudarme. Al menos no habían sido capaces de, por así decirlo, tumbar el fantasma. Si el Profesor tampoco podía hacerlo, pensaba, nadie podría. No podría librarme de la experiencia escribiéndola. Lo había intentado. No tenía sentido contar la historia, en el aire, una y otra vez, como el Viejo Marinero que tironeaba de las vestiduras del invitado a la boda con su mano huesuda[8]. Mi propia mano huesuda arrojaría las cartas sobre la mesa aquí y ahora, aquí, con el Profesor. Era más que lo que el mundo creía, yo lo sabía bien. Si él no podía «adivinarme la suerte», nadie más podría. Él no lo llamaría «adivinar la suerte» —¡Dios no lo permita!—, pero avanzaríamos hacia el fenómeno oculto, le mostraríamos cómo ocurría. Eso, al menos en parte, podíamos hacerlo. Podría decir, de hecho dije, que he sufrido una serie de golpes severos: la noticia de la muerte de mi padre, después de la muerte en combate de mi hermano en Francia, me llegó cuando estaba sola en las afueras de Londres en el inicio de aquel brote de gripe del invierno de 1919. Yo estaba esperando mi segundo hijo —había perdido al primero en 1915, por la conmoción y las repercusiones de las noticias de guerra que me comunicaron de una manera más bien brutal—.

Por alguna razón, yo sabía que el segundo niño debía nacer. Oh, ella nacería, muy bien, aunque fuera un hecho científicamente comprobado que una madre embarazada, atacada por esa neumonía, neumonía bilateral, no sobreviviría. Podía vivir —sí—, pero entonces no viviría el niño. Raramente viven ambos, casi nunca. Pero había razones para que ambas viviéramos, y vivimos. ¡A algún costo, sin embargo! La carga material y espiritual de sacarnos del peligro recayó sobre una joven a quien apenas había conocido —cualquiera que me conoce,

sabe quién es esta mujer—. Su seudónimo es Bryher y todos la llamamos Bryher. Si yo me recuperaba, ella misma se ocuparía de que la niña fuera protegida y amada, y me llevaría a un mundo nuevo, a una vida nueva, a la tierra de mi predilección espiritual, a la geografía de mis sueños. Iríamos a Grecia, eso podía arreglarse. Así se hizo, aunque nosotras dos fuéramos las primeras visitantes no oficiales de Atenas después de esa guerra. Era la primavera de 1920. Esa primavera de 1920 guardaba para mí muchos terrores irresueltos, riesgos, penas, peligros, tanto físicos como espirituales o intelectuales. Si hubiera estado poco adaptada, o incluso ligeramente trastornada, no habría sido pequeña sorpresa. Pero de la serie de experiencias extrañas, el Profesor sólo eligió una a la que consideró peligrosa, o señal de un peligro, o tendencia peligrosa, o síntoma. Aún no veo bien por qué eligió el escrito-en-la-pared como la señal de peligro, y omitió lo que para mí eran tendencias o acontecimientos igual de importantes o igual de peligrosos. Sin embargo, como el Profesor escogió el escrito-en-la-pared como el «síntoma» más peligroso o el único verdaderamente peligroso, lo veremos aquí.

29

La serie de imágenes de sombra o de luz que vi proyectadas sobre la pared de una habitación de hotel en la isla jónica de Corfú, a fines de abril de 1920, pertenecen, por su calidad e intensidad, por su claridad y autenticidad, a la misma categoría psíquica que el sueño de la Princesa, la hija del Faraón que bajaba las escaleras. En cuanto a mí, considero esta suerte de sueño o de imagen proyectada o visión como un tipo de estado intermedio entre el sueño común y la visión de aquellos que, a falta de un término más preciso, debemos llamar psíquicos o clarividentes. Los recuerdos también, como los dos que evoqué de mi padre en el jardín y de mi madre en Church Street, son en cierto sentido súper recuerdos: son recuerdos comunes, «normales», pero conservados con tanto y tan vívido detalle que se convierten casi en eventos fuera del tiempo, como el sueño de la Princesa y el escrito-en-la-pared. Son escalones en el mecanismo hasta ahora superficialmente catalogado o construido de los estados superiores, anormales (o subnormales), de la mente. ¿Escalones? La princesa desciende por los escalones desde una casa o palacio o salón, mucho más allá de nuestras moradas humanas. Los escalones conducen a un río, podemos presumir que es el río de la vida, el río nombrado Nilo en Egipto. Ella es «nuestra princesa», es decir, la Princesa del Profesor y mía, «nuestra» guardiana o inspiración personal. Ella es peculiarmente «su» Princesa, puesto que es, en apariencia, un deseo de toda la vida, que he proyectado dentro o hasta una imagen del origen racial ancestral del Profesor. Hemos hablado de su edad; sus setenta y siete simbolizaban para mí poder oculto y misterio. Se lo dije con franqueza, sin temor a ser desairada o tachada de ridícula o de supersticiosa. Es importante para mí ese setenta y siete, y yo tengo un siete o voy a adquirir uno pocos meses después de su cumpleaños en mayo. El mío es, en ese tiempo, el cuarenta y siete, de modo que hay treinta años de diferencia entre nuestras edades. ¿Edades? A nuestro alrededor están las antiguas imágenes o «muñecas» del Egipto predinástico, y Moisés quizá no había nacido cuando esa pequeña figura de Ra o de Nut o de Ka sobre el escritorio del Profesor fue por primera vez forjada por un forjador-sacerdote de Ptah a orillas del Nilo.

30

Estoy, sin lugar a dudas, impresionada, y es probable que también no poco envidiosa de esta talentosa mujer, «nuestra Princesa», como el Profesor la llama. Sin dudas codicio, inconscientemente, su posición en el mundo, sus dotes intelectuales, su capacidad para traducir el difícil, erudito, hermoso alemán de Sigmund Freud a un igual de distinguido y hermoso francés. No puedo competir con ella. Conscientemente, no siento ningún deseo de hacerlo. Pero es probable que, en lo inconsciente, desee ser un factor equivalente o tener igual poder de beneficiar y de proteger al Profesor. También estoy preocupada, aunque no lo admita del todo, por la actitud del Profesor respecto de una vida futura. Un día me afligí muchísimo cuando el Profesor me habló acerca de sus nietos, ¿qué sería de ellos? Me preguntó eso, como si el futuro de su familia fuera el único futuro a considerar. Existía, por supuesto, el futuro perfectamente asegurado de su propia obra y de sus libros. Pero había un futuro más inminente, más inmediato, a ser considerado. Me preocupaba sentir que él no tuviera idea —resultaba imposible—, realmente ninguna idea, de que «despertaría» cuando se despojara del frágil caparazón de sus años y se encontrara vivo.

31

No le dije estas cosas. No advertí lo mucho que me preocupaban. Se trataba de un hecho, pero un hecho que en concreto no había resuelto. Había aceptado, como parte de mi herencia racial, religiosa, la abstracta idea de la inmortalidad, de la existencia personal del alma en una u otra forma, después de que abandonara el cuerpo gastado o superado. El Chambered Nautilus del poeta de Nueva Inglaterra, Oliver Wendell Holmes, había sido uno de mis favoritos cuando iba a la escuela. No pensaba en el poema entonces, pero su métrica resuena en mi cabeza ahora mientras escribo esto. Hasta que al final seas libre, termina la última estrofa, ¡abandonando tu envejecido caparazón en el océano incansable de la vida!, y construyas mansiones más majestuosas, oh alma mía, es otro verso, y con el Profesor yo realmente sentí que había alcanzado el máximo nivel de la realización; quiero decir, sentí que encontrarme con él a mis cuarenta y siete, y haber sido aceptada como estudiante o analizante, parecía coronar todas mis otras relaciones y mis otros vínculos, y justificar todos los espirales meandros de mi cuerpo y de mi mente. Había vuelto a casa, de hecho. Y otro poema viene inevitablemente a sugerirme:

On desperate seas long wont to roam,

Thy hyacinth hair, thy classic face,

Thy Naiad airs, have brought me home

To the glory that was Greece

And the grandeur that was Rome[9].

Se trata, por supuesto, del tan citado Helen[10], de Edgar Allan Poe, y el nombre de mi madre era Helen.

32

El Profesor interpretó las figuras sobre la pared, o el escrito-imagen en la pared de una habitación de hotel en Corfú, la jónica isla griega, que vi proyectado allí en la primavera de 1920, como un deseo de unión con mi madre. Me encontraba físicamente en Grecia, en Hellas (Helen). Había vuelto a casa, a la gloria que fue Grecia. Quizás mi viaje a Grecia, aquella primavera, se haya interpretado como una huida de la realidad. Quizás mis experiencias allí podían interpretarse como una huida de otra huida. Había alas de todos modos. Puedo decir que nunca, ni antes ni después, tuve una experiencia semejante. Vi una tenue figura formándose en la pared entre los pies de la cama y el lavatorio. Era la tarde noche, la pared tenía un color ocre opaco, mate. Pensé, en un principio, que era la luz del sol filtrándose vacilante a través de las sombras proyectadas por los naranjos llenos de frutas y hojas y flores, frente a la ventana del dormitorio. Pero inmediatamente advertí que nuestro lado de la casa ya estaba en la sombra. Las figuras en la pared eran calcos incoloros o calcomanías, como pretenciosamente las llamábamos cuando niños. La primera era cabeza y hombros, tres cuartos de rostro, sin rasgos marcados, una plantilla o un estampado de un soldado o de un aviador, pero era luz tenue sobre sombra, no sombra sobre luz. Era una silueta recortada de luz, no de sombra, y tan impersonal que podría haber sido cualquiera, de cualquier país. Y sin embargo había algo claramente familiar en las líneas que trazaban la gorra de visera en su cabeza; inmediatamente fue alguien, no identificado, por cierto, pero que sugería una pegunta: ¿hermano muerto? ¿Amigo perdido?

Allí estaba la silueta convencional de una copa o de una taza, que en verdad sugería al cáliz místico, pero no era más que la forma familiar de los vasos que todos conocemos, con base redonda y pie de cristal. Este cáliz es tan grande como la cabeza del soldado, o simplemente ocupa la misma cantidad de espacio, como si ambas fueran diseños estampados en tarjetas, o incluso (ahora que lo pienso) en cartas de baraja. He dicho, con el Profesor, que pondría mis cartas sobre la mesa. Estas eran las cartas. Hasta el momento, dos de ellas. La tercera

sigue a continuación o al menos ahora la percibo. Es un diseño simple en perspectiva, al menos sugiriendo perspectiva, luego de las dos imágenes planas. Es un círculo o dos círculos, el inferior más grande que el otro; sobre el que se juntan tres líneas, no en un plano sino en perspectiva, un objeto fácil de dibujar una vez entendida la idea de inclinar los planos para dar la sensación de espacio. Y este objeto se revela tan sencillo, pero a la vez tan familiar, que otra vez me hace pensar «es una sombra». Sin embargo, no podía haberlo sido, porque esa sombra era «luz». La réplica exacta de esta figura se estableció sobre el estante superior del antiguo lavatorio, junto con el tazón de cepillos de dientes, la jabonera y otros cachivaches. Era exactamente la base de la pequeña lámpara de alcohol que teníamos (¿lámpara de alcohol?)[11]. Y yo sé que, si estos objetos se proyectan hacia afuera desde mi propio cerebro, no es más que un buen truco, un atajo, un juego de palabras, una suerte de broma, puesto que el trípode de la lámpara, perdido en el misceláneo desorden del lavatorio, no es otro que nuestro viejo amigo, el clásico trípode de Delfos. Así el trípode, este objeto venerado del culto del dios sol, símbolo de poesía y de profecía, se vincula por asociación con este ordinario y pequeño artefacto de metal que encaja en la también pequeña cacerola y funciona como soporte de ella cuando hervimos agua para esa taza extra de té que tomamos en nuestra habitación. El trípode, entonces, está asociado en el pensamiento con algo amigable y habitual, el tercero o el segundo miembro de mi set de viaje, usado como base para la lámpara de alcohol y como soporte para la olla de aluminio. El trípode se vuelve ahora tanto más un objeto de veneración. Allí está la tercera de mis cartas sobre la mesa.

33

Hasta aquí, todo va bien. O hasta aquí todo va tan peligroso y anormal como el «síntoma». El escrito, al menos, es coherente. Está compuesto por la misma persona, dibujado o escrito por la misma mano. Sean esa mano o esa persona yo misma, proyectando las imágenes como un signo, como una advertencia o un aviso de mi propio subconsciente, o sean ellas proyectadas desde afuera, son, al menos, lo suficientemente claras y abstractas, pero al mismo tiempo relacionadas con imágenes de nuestro propio espacio y de nuestro propio tiempo. Aquí me detengo o la mano se detiene. Es como si hubiera una ligera pregunta en torno a la conclusión o a la dirección de los símbolos. Quiero decir, fue como si un pintor se hubiera apartado un poco de su lienzo en aras de contemplar mejor la composición del cuadro, o como si un músico se hubiera detenido ante el escenario, quizás un instante, dudando acerca de si seguir con su tema o preguntándose, de un modo más práctico, si podría dar vuelta la página en el estrado frente a él sin interrumpir el flujo de la música. Eso mismo hay en mí: una duda acerca de la conveniencia o incluso de la seguridad de continuar con esta experiencia o con este experimento. Porque mi cabeza ya me advierte que, aunque no pudo haber llevado mucho tiempo la formación de esas imágenes allí, se trata de una dimensión inusual, de una extraña manera de pensar, para la que mi cerebro o mi mente pueden no estar a la altura. Quizás el Profesor estaba en lo correcto (en realidad, siempre lo estaba, aunque a veces tradujéramos nuestros pensamientos en lenguajes o en medios diferentes). Allí estoy sentada sobre el antiguo sofá victoriano en la habitación de hotel de la isla griega, y aquí estoy reclinada en el diván del consultorio del Profesor, diciéndole esto, y aquí otra vez estoy yo, diez años después, sentada frente al escritorio de mi propia habitación en Londres. No hay tiempo cronológico, aunque estemos preocupados por él y por la manipulación formal de un asunto que no tiene barreras raciales ni temporales. Aquí está el jeroglífico del inconsciente o subconsciente, el descubrimiento del Profesor y de toda su vida de trabajo, el jeroglífico operando ante nuestros propios ojos. Pero no es un asunto sencillo mantener este ánimo, este «síntoma» o esta inspiración.

Y allí estaba sentada yo y allí está mi amiga Bryher, quien me había llevado a Grecia. Puedo volverme hacia ella, aunque no me muevo ni una pulgada, puesto que interrumpiría la mirada sostenida y clarividente en la pared que se yergue ante mí. Le digo a Bryher: «Ha habido pinturas aquí. Al principio creí que eran sombras, pero son luz, no sombra. Son objetos simples, pero es todo tan extraño. Puedo apartarme de ellos ahora, si quisiera —es sólo una cuestión de concentración—, ¿qué opinás?, ¿debería detenerme?, ¿debería continuar?». Bryher responde sin vacilar: «continuá».

34

Mientras hablo con Bryher, hay una especie de zumbido pictórico. Quiero decir, alrededor de la base del trípode, hay pequeñas criaturas, en negro, que se mueven en, sobre y alrededor de la base, son muy pequeñas, son como hormigas que pululan, o como diminutos insectos alados a medias que aún no han aprendido a volar. ¿Volar? Parece que son moscas… pero no, son personitas, todas en negro o delineadas en o con sombra, a diferencia de las figuras de las tres «cartas» ya descriptas. No son símbolo de sí mismas, son apenas una suerte de polvo, una nube, un enjambre de mosquitos balanceándose, pero en un único nivel, como si caminaran en vez de volar. Incluso cuando considero este nuevo aspecto del escrito, me siento molesta, irritada, tal como una se siente cuando es repentinamente acosada, a la luz del atardecer en un camino campestre, por un enjambre de mosquitos. No son importantes, pero sería una calamidad si uno de ellos se nos metiera en el ojo. Era una sensación de ese estilo: gente, gente, ¿tanto me fastidiaban? ¿Podrían nublar mi visión?, o, peor aún, ¿podría alguna de ellas «metérseme en un ojo»? Eran personas, eran molestas. No odiaba a la gente, no tenía un resentimiento especial contra nadie. Había conocido gente extraordinariamente talentosa y encantadora. Me habían halagado o me habían menospreciado, y sin embargo ni los elogios ni el desdén me importaban ante las cuestiones más graves: la vida, la muerte. (Yo había tenido a mi niña, yo estaba viva). Y, aun así, tan extrañamente, sabía que este escrito-en-la-pared ante mí, esta experiencia, no podía compartirla con ellos, no podía compartirla con nadie excepto con la muchacha que de modo tan valiente se quedaba junto a mí. Esta muchacha había dicho, sin vacilar, «continuá». Era ella quien en verdad portaba el desapego y la honradez de la Pitonisa de Delfos. Pero era yo, maltratada y separada de mi familia norteamericana y de mis amigos ingleses, quien veía las figuras, quien leía el escrito, o a quien se le había concedido la visión interior. O quizá, en algún sentido, lo estábamos «viendo» juntas, porque sin ella, lo admito, no habría podido seguir.

35

Todavía, aunque segura de su apoyo, mi cabeza se parte con el dolor de la concentración. Sé que, si me relajo, o disminuyo la intensidad de mi mirada, o cierro los ojos, o incluso si apenas parpadeo, para descansar, las imágenes se desvanecerán. Mi curiosidad es insaciable. Esto nunca me había ocurrido antes y tal vez nunca más me vuelva a ocurrir. No analizo esto mientras observo las imágenes, pero me resulta ahora posible que el mecanismo de su proyección (desde adentro o desde afuera) tuviera algo que ver o estuviera relacionado con mis sentimientos hacia el santuario de Delfos. Por cierto, habíamos intentado detenernos en Itea; habíamos llegado desde Atenas, por mar, a través del canal de Corinto y del golfo de Corinto. Delfos y el templo de Helios (Hellas, Helen) habían sido el objetivo principal de mi viaje. Atenas estaba segunda en mi preferencia; sin embargo, al dejarla atrás, cuando el barco se detuvo en Itea, nos informaron que era absolutamente imposible que dos mujeres solas, en aquella época, hicieran el entonces peligroso viaje a través del camino serpenteante hacia Delfos, que yo en mi imaginación veía, tan nítidamente, oculto bajo el Parnaso. Bryher y yo fuimos forzadas a contentarnos con una estadía un poco más de la planeada en la hermosa isla de Corfú.

La idea de Delfos siempre me había conmovido profundamente, y Bryher y yo, de vuelta en aquel Londres invernal de la primavera anterior —fue un Londres invernal el de aquella primavera— habíamos hablado de la famosa ruta sagrada. Ella había visitado esos lugares con su padre, antes de la guerra de 1914, y yo le había dicho una vez, mientras convalecía por mi enfermedad en 1919: «Si pudiera sentir que voy a poder recorrer la ruta sagrada de Delfos, sé que me recuperaría». Y ahora que estábamos tan cerca, no pudimos ir a Delfos. Iríamos en otra dirección: Bríndisi, Roma, París, Londres. Ya nuestras valijas a medio hacer, máquina de escribir, libros, se esparcían por la habitación. Nos estábamos yendo. Y no abandonábamos Corfú para regresar a Atenas, como habíamos acordado al desembarcar en Corfú, con la idea de un posible arreglo, después de todo, con un grupo de una de las escuelas arqueológicas de Atenas, para ir desde

la misma Atenas, por tierra, a Delfos. Viajar era difícil, el país todo en un estado de convulsión política, gente conocida de casualidad en el hotel expresaba sorpresa de que a dos mujeres solas se les hubiera permitido venir en ese momento. Siempre éramos «dos mujeres solas» o «dos damas solas», pero no estábamos solas.

36

Hubo escritos-en-la-pared antes: en la Biblia, en la literatura clásica. Al menos, a lo largo del tiempo, hubo una tradición de advertencias o de mensajes desde otro mundo o desde otro estado del ser. Delfos, especialmente, era el santuario del Profeta y Músico, la inspiración de artistas y el patrono de los médicos. ¿Acaso no se decía que el mismísimo Asclepios, el «médico intachable», era el hijo de Febo Apolo? Tiempo después, religión, arte y medicina se separaron, se apartaron más y más, día a día. Las tres trabajando juntas, formando un nuevo vehículo de expresión o una nueva forma de pensamiento o de vida, podrían ser simbolizadas por el trípode, la tercera de las imágenes en la pared frente a mí, la tercera de las «cartas» que arrojé sobre la mesa, en beneficio del viejo Profesor. El trípode, sabemos, era el símbolo de la profecía, del lenguaje profético, del conocimiento escondido u oculto; la Sacerdotisa o Pitonisa de Delfos se sentaba en un trípode mientras pronunciaba sus dísticos, las famosas sentencias délficas que podían ser leídas de dos maneras.

Podemos leer mi escrito, el hecho de que hubiera escritura, de dos maneras o en más de dos maneras. Podemos leerlo o interpretarlo como un deseo reprimido de «signos y milagros» prohibidos, de cruzar límites, como un deseo reprimido de ser una Profetisa, de ser importante de uno o de otro modo —megalomanía le llaman—, o como un deseo oculto de «fundar una nueva religión», descubierto por el Profesor en la reciente imagen de Moisés. O quizá este escrito-en-la-pared es una mera extensión de la mente del artista, una imagen o un poema ilustrado, extraído del contenido del sueño o de la ensoñación diurna y proyectado desde adentro (aunque aparente serlo desde afuera), una idea de alta potencia, simplemente sobre acentuada, sobre pensada, podría decirse, el eco de una idea, la reflexión de una reflexión, un pensamiento «freak»[12] que se fue de las manos, que fue demasiado lejos, un «síntoma peligroso».

37

Síntoma o inspiración, el escrito continúa escribiéndose a sí mismo o siendo escrito. Es, evidentemente, pictografía. Aunque sus símbolos puedan ser interpretados en términos de hoy, es griego en espíritu, más que egipcio. La imagen original y básica, sin embargo, es común a toda la especie y aplicable a casi cualquier tiempo.

38

Hasta ahora, las figuras, los calcos o «calcomanías», se habían manifestado en el espacio de la pared entre el pie de la cama y el lavatorio. Ahora, se elevan o parecen tomar esa dirección. El «zumbido» parece haber cesado, o las moscas negras se han ido o la gente de sombra se ha desvanecido. Las primeras tres figuras o «cartas sobre la mesa» eran estáticas, estaban allí completas; o vagamente allí, se tornaron menos vagas a medida que el contorno y el significado fueron reconocibles. Pero esta figura o símbolo comienza a dibujarse ante mis ojos. El dedo que se mueve escribe. Dos puntos de luz aparecen en el espacio sobre el lavatorio, y una línea se forma, muy lentamente, como si dos puntos pesados se alargaran desde sus propios centros, como si se debilitaran en intensidad a medida que dos líneas emergen, moviéndose lentamente una hacia la otra. Se encontrarán, es evidente, y de ese patrón (dos puntos en una pizarra) obtendremos una línea. No sé cuánto le llevó a estas dos frágiles líneas encontrarse y convertirse en una, intensificada o en bastardilla, subrayada incluso. ¿Una línea? Puede haberse formado en una fracción de segundo, pero ahora advierto perfectamente lo difícil que es este asunto de concentrarse. Mis músculos faciales se endurecen con el esfuerzo y puedo congelarme como una de esas enemigas de Atenea, la diosa de la sabiduría, a quienes Perseo mostró la cabeza de la Gorgona. ¿Estoy mirando la cabeza de la Gorgona, a un sospechoso, a un enemigo con el que tendré que enfrentarme? ¿O soy yo misma Perseo, el héroe que está luchando por la Verdad y por la Sabiduría? Perseo podía hallar su camino con las sandalias aladas y la capa de la invisibilidad. Incluso más, él mismo podía empuñar el arma horrenda de la cabeza cortada de la Gorgona, porque Atenea (¿o fue Hermes, o Mercurio?) le había enseñado a hacerlo. Él podía manipular su arma, la espantosa cabeza cortada de la enemiga de la Sabiduría y de la Belleza, mirando su reflejo en el metal pulido de su escudo. Así y todo, él, el héroe o semidiós, sería convertido en piedra o se helaría, si miraba demasiado cerca y sin la protección de su escudo, en su nueva cualidad de espejo o de reflector, la horrenda Cabeza o Fuente del mal. De modo que yo, aunque en aquel momento no hacía este paralelismo, dudaba. Pero incluso en la duda, mantuve la mirada firme concentrada en la pared ante mí.

39

Hay una línea trazada con claridad, pero antes de que me hubiera recobrado de esto, o de que hubiera tenido tiempo de tomar aliento, aparecen otros dos puntos y sé que, del mismo modo, otra línea se formará. Así ocurre: cada línea es un poco más corta que su predecesora y, al fin, se revela este conjunto de líneas acortadas que forman una escalera o resemblan una escalera apoyada contra la pared, encima del lavatorio. Es una escalera de luz, y tampoco ahora puedo, como decía, tomar aliento. Respiro naturalmente, pero tengo la sensación de estar conteniendo la respiración bajo el agua, como si buceara en busca de un tesoro invaluable sabiendo que, si me elevara hacia la superficie, la pista de su ubicación se perdería para siempre. Así yo, aunque sentada, estoy en algún sentido buceando, cabeza bajo el agua, en otro elemento, y dado que parezco estar tan cerca de obtener la respuesta o de alcanzar el tesoro, siento que mi vida entera, que todo mi ser, se arruinará para siempre si pierdo la oportunidad. No debo aflojar, no debo soltar el final de la figura y perderme el significado del conjunto, que hasta ahora percibo con dificultad. Debo resistir aquí o se difuminará la imagen y la secuencia se perderá. En cierto sentido, parece que me estuviera ahogando. Ya medio ahogada respecto de las dimensiones ordinarias del espacio y del tiempo, sé que debo ahogarme del todo para emerger del otro lado de las cosas (como Alicia a través del espejo o como Perseo con su escudo reflector). Debo ahogarme y salir por el otro lado, o resurgir luego de sumergirme tres veces, no muerta para esta vida, pero con una nueva escala de valores, con mi tesoro dragado desde la profundidad. Debo renacer o quebrarme por completo.

40

Estas líneas parecen requerir de mucho tiempo para formarse por separado. Quizá sean eras o eones simbólicos. De cualquier modo, he sido capaz de concentrarme, de sostener la figura hasta aquí. Hay, tal vez, siete peldaños en esta escalera, tal vez cinco, no los conté. Son simbólicos. La escalera en total es un símbolo auténtico, es la escalera de Jacob si se quiere, es un símbolo común a toda tradición religiosa o mito.

Por fortuna, la última figura se forma con rapidez. Por lo menos, parecen menores el esfuerzo y la preocupación que trae la espera. Allí está ella, la llamo ella, la llamo Niké, Victoria. Ella está de frente a la pared, o avanza hacia la pared desde el último peldaño de la escalera, y se mueve y flota, veloz. A mi derecha, a su derecha, en el espacio entre la escalera y el marco del espejo sobre el lavatorio, hay una serie de curvas rotas. En realidad, están sobre la escalera, sin tocar al ángel que las roza. Advierto que este detalle decorativo está, de cierto modo, sugerido por el adorno de volutas del marco del espejo, pero, como en el caso del trípode (también sugerido por —o recordándome a— un objeto hogareño de la repisa), no puede sino ser una réplica, una sombra, puesto que el adorno de volutas está delineado en luz y no podría concordar de ningún modo con la dirección de una sombra, incluso si pudiera proyectarse una sombra. La S o media S enfrenta al ángel; es decir que las series de figuras con forma de S se abren en dirección al ángel; son como signos de interrogación sin el punto. No sabía qué indicaban estas volutas; pensé en ese momento que eran meros detalles de ondulado decorativo. Pero ahora creo que estas S invertidas pueden haber representado una serie de signos de interrogación, las preguntas que han sido formuladas a través de los tiempos, y que los tiempos continuarán formulando.

41

La Victoria, Niké, como la llamé con exactitud en ese momento, sigue adelante. Es un ángel común, como cualquier ángel de los que se encuentran en una tarjeta de Pascuas o de Navidad. Su espalda me enfrenta, delineada con sencillez, pero con mucha claridad, como los primeros tres símbolos o «cartas». A diferencia de éstas, no está plana ni estática, surca el espacio abierto, sin aplanarse contra la pared, aunque se mueve en vertical como si lo hiciera sobre su superficie. Es una imagen móvil y por fortuna se mueve con rapidez. No rápido exactamente, pero con un flotar seguro que le otorga a mi mente, al menos, algo de descanso, como si mi mente hubiera escapado de los barrotes de aquella escalera, ya no escalando ni enjaulada, sino libre y con alas. Sigue adelante. Sobre su cabeza, a su izquierda, en el espacio que queda libre en esta pizarra (o tablero luminoso) o pantalla, se forman series de triángulos con forma de carpas. Digo triángulos con forma de carpas ya que, aunque sean simples triángulos, se asemejan a carpas para mí. Siento que Niké está por atravesar las carpas y eso hace. Hasta aquí, todo está bien. Es suficiente. Dejo caer mi cabeza en mis manos, duele por tanto esfuerzo de concentración, pero siento que he visto la imagen. Pensé: «Niké, Victoria», e incluso mientras lo pensaba, me parecía que esa Victoria no sucedía entonces, sino que era otra Victoria, en cuyo caso habría otra guerra. Cuando esa guerra hubiera terminado, peldaño a peldaño o año tras año, yo, personalmente (yo sentí), sería libre, e iría a otra dimensión, a una dimensión alada. Porque las carpas, me parecía a mí, no eran las carpas simbólicas de los campos de batalla del pasado, del pasado próximo ni del lejano, sino que eran tiendas o refugios erguidos para otra contienda futura. La imagen parecía ahora tener algo que ver con otra guerra, pero incluso en ella habría Victoria. Niké, Victoria, parecía ser la clave, parecía ser mi propio signo especial o parte de mi jeroglífico. Habíamos visitado en Atenas, poco tiempo atrás, el pequeño Templo de la Victoria que se alza en la roca de la Acrópolis, al girar a la derecha desde el Propileo. Debo sujetarme a esta palabra. Pensé: «Niké, Victoria». Pensé: «Helios, el sol…» y me aparté, «me apagué» antes de la imagen final, antes que (podría decirse) tuviera lugar la explosión.

Aunque admito ahora que ha sido suficiente para mí, quizás demasiado, Bryher, quien ha estado esperando a mi lado, continúa con la «lectura» donde yo la dejé. Luego me dijo que no había visto nada en la pared, hasta que dejé caer mi cabeza en mis manos. Ella había estado allí conmigo, paciente, intrigada, interesada sin lugar a dudas, y no poco ansiosa acerca del devenir de mi estado de ánimo o de mi humor. En cuanto me relajé, en cuanto abandoné, por el total agotamiento físico y mental, ella vio lo que yo no vi. Era la última parte de la serie, o el símbolo conclusivo —tal vez ese «determinativo» que se usa en los jeroglíficos reales—, la imagen que contiene a todas las imágenes o que ayuda a clarificarlas o a explicarlas. En cualquier caso, es un símbolo lo suficientemente claro. Ella dijo que era un círculo como el sol y que había una figura dentro de su circunferencia: un hombre, pensó, se extendía para dibujar la imagen de una mujer (mi Niké) dentro del sol junto a él.

42

Los años siguientes fueron un período de espera, de marcar el tiempo. Ceñidos por un creciente sentimiento de estancamiento, de letargo, evidente entre muchos de mis contemporáneos. Del otro lado, aquellos que entendían más acerca de la evolución de los acontecimientos políticos, me resultaban, en conjunto, demasiado inteligentes, con demasiada mentalidad política, demasiado poderosos intelectualmente. Lo que yo parecía sentir y esperar era mal visto entre los del primer grupo, aunque pronto aprendí a no ventilar mis pensamientos y mis miedos: eran mórbidos, demasiado egocéntricos e introspectivos. ¿Por qué —mi cuñado pasó unas vacaciones tan felices en la Selva Negra (con tal y tal, lujo de detalle) y la comida era tan buena— todo el mundo era así de hospitalario y encantador? Si, por otra parte, aventuraba una débil opinión ante el segundo grupo, no me devolvían referencias detalladas sino una efusión de voluminosas teorías pre digeridas. Mi cerebro se bambolea ahora cuando recuerdo el desparramo de conversación brillante que se me infligía; qué pasaría si, quién llegaría al poder cuando…, pero, con toda su clarividencia abstracta, este segundo grupo era tan confuso, tan letárgico a su modo, como el primero. Sus teorías, cuanto menos, parecían crudas y sin raíz. Pero esto, lo admito —sí, lo sé—, se debía en parte a mi propio desengaño ante los brillantes estadistas y sus obstinadas teorías. ¿Adónde los lleva esto?, hubiera querido gritarles a ambas partes. Una se rehusaba a admitir el hecho de que el diluvio se acercaba; la otra contaba los clavos y medía los tablones con un sinfín de exactas fórmulas matemáticas, pero parecía no tener ni la menor idea acerca de cómo armar el arca.

43

Ya en Viena, las sombras se alargaban o crecía la marea. Las señales de sombríos eventos venideros, sin embargo, se manifestaron de un modo curioso. Caían, por ejemplo, como papel picado arrojado desde el aire, ocasionales y coquetas lluvias, esvásticas de papel dorado y estrechas tiras de papel impreso, como las que sacábamos de nuestros bombones navideños —aquellos alegres obsequios que, de niños, en Estados Unidos, llamábamos «sorpresas» y que los niños ingleses llaman «crackers»[13]—. La fiesta había comenzado, o era la previa de un natalicio o de una boda. Me incliné para recoger un puñado de esas fichas parecidas a papelitos, mientras salía, una mañana, del hotel Regina. Estaban impresas en esos pequeños rectángulos familiares de papel delgado que caían de la piñata cuando se desplegaba en la fiesta; los llamábamos lemas. Estos lemas eran cortos y brillantes e iban al grano. Una leía, en un alemán claro y elemental: «Hitler da trabajo», «Hitler da de comer», y así. Me pregunté si debía incluir este puñado en una carta dirigida a uno de mis amigos londinenses del primer grupo, o a uno de los del segundo. Fantaseé con la imagen traviesa de esta alegre lluvia cayendo sobre una alfombra en Kensington o en Knightsbridge o sobre el piso desnudo de un estudio de Chelsea o de Bloomsbury. Sería una buena broma. El papel era limpio y crujiente, el oro claro como la legendaria lluvia de Dánae, y todo tenía el sabor de torta de cumpleaños y de velas o decoraciones de árbol de Navidad recién compradas. El oro, sin embargo, no refulgiría durante mucho tiempo, ni crujiría demasiado el papel, pues la gente iba y venía de aquí para allá, por la Freiheitsplatz y por la vereda, pisoteando esta lluvia de Dánae sin prestar atención. ¿Era yo la única persona en todo Viena que se había inclinado a juntar un puñado de estos lemas? Así parecía. Uno de los recepcionistas del hotel apareció con un escobillón. Al verlo barrer metódicamente los papeles de la vereda, arrojé mi puñado en la zanja.

44

Había otras esvásticas. Eran de tiza: las seguí a través de la Berggasse como si hubieran sido marcadas en el pavimento especialmente para mí. Llevaban a la puerta del Profesor —quizás seguían por otra calle hacia otra puerta, pero no miré más allá—. Nadie borró estas esvásticas. No es tan fácil fregar calaveras de tiza en una vereda. No es tan fácil y es más llamativo que barrer papel picado hacia una alcantarilla. Y esto fue un poco más tarde.

45

Luego llegaron los rifles. Agrupados prolijamente en formaciones de vivac en las esquinas. Debe haber sido un fin de semana; no recuerdo. Podría verificar la fecha exacta de su aparición consultando mis anotaciones, pero es la impresión general lo que nos importa, más que la secuencia exacta de hechos históricos o políticos. No eran armas alemanas; o quizá sí lo eran. De todos modos, eran soldados austríacos. Las pilas de rifles les daban a las calles un efecto prolijo, pulido, como de un grabado de 1870. Parecían pasados de moda, los soldados parecían pasados de moda: me recordaban, sin duda, imágenes familiares de nuestra guerra civil americana. Era una especie de guerra civil. Nadie podía explicármelo. El portero —siempre tan conversador— se intimidó cuando lo interrogué. Bueno… yo no debía implicarlo en alguna discusión ni en una manifestación peligrosa de su opinión. Me fui. Había algunas personas alrededor y los soldados parecían salidos de un cuadro o de una película sobre la época de la guerra civil. No se veían muy formidables. Tenía ganas de ir a la ópera —era a primera hora de la noche—, por lo que podía o bien ir a la ópera, si había alguna, o bien deprimirme en mi habitación o vagar por el hotel, preguntando y observando. Cuando me increparon en una de las calles principales, dije simplemente, en mi dudoso alemán, que estaba de visita en Viena; en el hotel me llamaban «la dama inglesa», de modo que dije que venía de Inglaterra, lo que era cierto. ¿Qué hacía? ¿Adónde iba? Dije que iba a la ópera, si no les molestaba ni interfería en su camino. Hubo un pequeño cuchicheo y un rumor de pasos, y me sentí avergonzada al descubrir que les había llamado la atención a los oficiales y que tenía una guardia de honor escoltándome hasta la ópera, donde habían más armas y más soldados, sentados sobre las escalinatas y en posición de firmes en la vereda. Parecía que nada, de ninguna manera, podría detener la ópera. Me quedé durante parte de la ejecución de —no recuerdo qué era— y no tuve ningún problema al regresar.

46

Todo lucía tranquilo y el lobby del hotel estaba extrañamente vacío. Hasta el recepcionista había desaparecido de detrás de su escritorio. Tal vez esto sucedió el lunes siguiente; pero, de cualquier modo, yo debía ir a Berggasse para mi sesión habitual. La pequeña doncella, Paula, miró por una hendija de la puerta, vaciló, y me hizo entrar con furtividad. No vestía su lindo gorro ni su delantal. Evidentemente, no me esperaba. «Pero… pero nadie ha venido hoy, nadie ha salido». Bien, ella le explicaría al Profesor, en caso de que él no quisiera recibirme. Abrió la puerta de la sala de espera. Aguardé, como siempre, en la sala, con la mesa redonda, con la miscelánea de viejos periódicos y revistas. Estaban las fotografías enmarcadas de siempre; entre ellas, el Dr. Havelock Ellis y el Dr. Hanns Sachs me saludaban desde la pared. Estaba el diploma honorario entregado al Profesor en sus primeros tiempos por la pequeña universidad de Nueva Inglaterra. También había una extraña impresión o grabado de algún horror de pesadilla, un «Enterrado Vivo» o algo así, realizado con el detalle simbólico dureresco. Había largas cortinas de encaje en la ventana, como en una «habitación de Viena», en una obra de teatro o de cine.

El Profesor abrió la puerta interna luego de un breve intervalo. Me senté en el diván. El Profesor dijo: «Pero… ¿por qué vino? Nadie ha venido hoy, nadie. ¿Cómo están las cosas afuera? ¿Por qué salió?».

Dije: «Está muy tranquilo. No parece haber nadie en la calle. El hotel parece tranquilo también. Pero, más allá de eso, está todo como siempre». Dijo: «¿Por qué vino?». Parecía desconcertarlo, no parecía entender qué me había llevado allí.

47

¿Qué esperaba que le dijera? Creo que no lo dije. ¿El sólo hecho de que yo estuviera allí no lo expresaba? Estoy aquí porque nadie más ha venido. Como si otra vez, simbólicamente, yo debiera ser diferente. ¿Dónde estaba el Holandés Errante? ¿O la doctora norteamericana a quien no había visto? Éramos solamente cuatro en esa época, creo, gente más bien especial. Cierto es que la señorita Burlingham —la amiga devota de la Señorita Anna Freud, y discípula o alumna del Profesor— tenía un departamento, escaleras arriba. Yo había ido allí un día, antes de mi sesión, a tomar el té. El Profesor no estaba verdaderamente solo. Los enviados de la Princesa, también —se me había informado—, esperaban en los umbrales de diversas legaciones y le informarían sobre la existencia de cualquier amenaza contra la seguridad personal del Profesor. Pero, en cierto sentido, yo era la única persona que había venido de afuera; la pequeña Paula dio fe de ello al asomarse tan temerosa a través de la hendija de la puerta. Otra vez yo era diferente. Había tenido un gesto único, aunque en realidad sentía que mi visita era la cortesía más elemental: era nuestro horario habitual de encuentro, nuestra sesión, nuestra «hora» juntos. No sabía lo que el Profesor estaba pensando. No podía estar pensando: «Soy un hombre viejo. Usted no cree que valga la pena amarme».

48

Pudo haber sido ese día o quizás otro, cuando el Profesor habló de sus nietos. De cualquier modo, cuando sea que haya sido, sentí una brecha repentina, una ruptura, un abismo o un cisma en la consciencia, que traté de ocultarle. Era tan trivial, tan mosaico. A medida que mencionaba sus nombres y los nombres de sus padres, una sentía la antigua impaciencia, una suerte de fatiga intelectual en la mirada, el remoto aburrimiento que provocaba la búsqueda de referencias históricas y genealógicas en las Biblias de letra chica de la escuela dominical. Era el Génesis, pero no tan al principio. No los emocionantes versículos acerca de aves y de reptiles, de los árboles, del sol, y de la luna, aquellas luminiscencias mayores y menores. Él estaba preocupado por ellos (nada de qué asombrarse), pero yo lo estaba por algo más. No advertía entonces la razón de mi ansiedad. Sabía que el Profesor se iría a otro lugar en no mucho tiempo, pero parecía que la vida eterna que él visualizaba se ajustaba a la vieja tradición judía. Él viviría para siempre como Abraham, Isaac, y Jacob, en los hijos de sus hijos, multiplicado como las arenas del mar. Así me pareció que funcionaba su mente, y así es como funcionaría ante el muro en blanco del peligro, de la aniquilación física.

Al menos, la pregunta estaba entre nosotros: «¿Qué será de mis nietos?». Miraba hacia adelante, pero su preocupación por la inmortalidad se traducía en términos de nietos. Viviría en ellos, viviría en sus libros, por supuesto; yo pude haber murmurado algo vago acerca de que las generaciones futuras le seguirían guardando gratitud por su palabra escrita; eso pude haber dicho, estoy segura de que lo hice alguna vez, en aquella ocasión o en otra. Aunque un sincero tributo, esas palabras eran, o podrían ser, en un sentido, superficiales. Sonarían vacías. Era tan obvio que su trabajo lo sobreviviría. Expresar todo esto adecuadamente hubiera implicado ahondar demasiado, lidiar con tecnicismos, y al mismo tiempo hubiera significado traducir mi admiración por lo que él representaba, por lo que él realmente era, en términos muy formales, muy remilgados y precisos, demasiado convencionales, demasiado banales y corteses.

No quería murmurar palabras convencionales. Mucha gente lo había hecho ya. Si no podía decir exactamente lo que quería decir, no diría nada, así como para su cumpleaños número setenta y siete, si no podía encontrar lo que quería regalarle, no le regalaría nada. Esa vez pude encontrar lo que quería —aquel ramo de gardenias— un poco más tarde, en el otoño de 1938. Y estas palabras, las palabras que no pude decir entonces, también llegaron un poco después, en el otoño de 1944. Las flores y las palabras ostentan esto en común: son lo que yo quiero, lo que esperé encontrar para el Profesor, para «saludar el retorno de los Dioses». Es cierto, «otros leen: Bienes». Mucha gente ha leído «Bienes» y continuarán leyéndolo. Pero el Profesor sabía, tiene que haber sabido, que, por implicación, él estaba incluido entre esos Dioses. Él mismo era ya considerado inmortal.

49

Yo no sabía exactamente quién era él y sin embargo ahora resulta muy obvio. Mucho tiempo atrás, en Estados Unidos, tuve un sueño peculiar o tal vez apenas un destello de visión. Yo no era muy dada a esas cuestiones, aunque de niña, al igual que muchos otros niños, había tenido una o dos experiencias visionarias o sobrenaturales. Esta vez tendría unos dieciocho o diecinueve años. La imagen o el fragmento de imagen me impresionó tanto que intenté identificarla. No fue una experiencia muy sensacional. La visión o la imagen fue simplemente esta: antes de dormir o justo al despertar, apareció ante mis ojos una silueta sólida, no imágenes nebulosas ni una fantasía vaga, sino un bloque de piedra con forma de altar. Estaba dividido en dos secciones por una recia marca sobre la piedra. No era una línea tallada, pero era definitivamente una división en dos mitades de la áspera superficie de la piedra. En una mitad había una serpiente, brutamente esculpida, enroscada y con la cabeza erecta; del otro lado había tallado un tosco, pero naturalista, dibujo de un cardo. ¿Por qué esto?

Es raro pensar, ahora, que fue Ezra Pound quien me ayudó a interpretar esta imagen. Ezra me llevaba un año; lo conocía desde que yo tenía quince. No creo haberle contado esto a nadie más que a Ezra y a una chica, Frances Josepha, con quien luego haría mi primer viaje a Europa. Ezra, en aquel tiempo, se quedaba con sus padres a pasar el verano en una casa en las afueras de Filadelfia. Fue allí, una tarde, que Ezra dijo: «Tengo una idea acerca de tu serpiente en el ladrillo», como él la llamaba. Fuimos al estudio o a la biblioteca —era una casa amoblada, prestada por unos amigos— y Ezra comenzó a sacar varios libros de referencia y concordancias. Pareció satisfecho, al final, con que se trataba de una visión en retrospectiva o la previsión de algún evento futuro relacionado con Esculapio o Asclepio, el hijo humano o mitad humano y mitad divino de Febo Apolo, quien fuera asesinado por el rayo de Zeus, pero luego colocado entre las estrellas. La serpiente es el signo o el tótem, a través de los tiempos, de la curación y de aquella curación final cuando mudamos, por última vez, nuestra agobiada carne o piel. La serpiente es símbolo de muerte, pero también de resurrección.

No había ninguna imagen parecida. Ezra dijo airoso: «El cardo sencillamente va con esto». Yo no creo que él haya identificado al cardo en relación con la serpiente, pero de cualquier modo fue el primero en darme la idea de Asclepio, el médico intachable, en esa conexión. Más tarde encontré este diseño, pero sólo una vez y en un solo lugar. Estaba con Frances Josepha y con su madre en nuestro primer viaje «afuera». Corría el verano de 1911. Fuimos de Nueva York a El Havre y luego por el Sena hasta París. «Aquí está», dije en una de nuestras primeras visitas a las galerías del Louvre. «¡Rápido!», como si fuese a desvanecerse como el «ladrillo» original. Era un pequeño anillo de sello en una caja de sellos grecorromanos o helenísticos. Bajo el cristal, en fila junto a otros anillos de sello, estaba el pequeño óvalo gris ágata. Era un pequeño anillo de engarce más bien frágil, hasta donde una podía juzgar, pero el diseño era inconfundible. Del lado derecho, como en el original, estaba la serpiente enroscada, enhiesta; a la izquierda, un tallo exquisitamente cincelado, con la espinosa doble hoja y la flor: nuestro cardo. Jamás encontré este diseño en otra parte. Hay suficientes serpientes y cardos heráldicos, pero nunca los encontré en combinación, aunque hojeé, cada tanto, en diversas ocasiones, libros de referencia, o miré, «por las dudas», diseños de monedas o talismanes clásicos. Nunca encontré mi serpiente con cardo en ningún volumen ilustrado de diseño griego o ptolomeico, ni en ningún rincón perdido de cerámicas griegas o de vasos etruscos. A través de los años, me detuve en París, en viajes intercontinentales, y volví para asegurarme que no había, bajo ningún aspecto, «soñado» el anillo de sello. Allí estaba, siempre en su mismo lugar, debajo del cristal, en el marco, con la pequeña etiqueta de papel descolorido con una letra o grupo de letras y un número. Una vez llegué al punto de comprar el catálogo especial que contenía esta sección, con la esperanza de encontrar algún detalle, pero había apenas una brevísima mención de «mi» pequeño anillo. Leí: «intaglio o anillo de sello de diseño grecorromano o helenístico», y una fecha aproximada. Eso era todo.

50

Sello: de signo, marca, señal, prueba; el sello personal, un sello, anillo de sello: anillo con un sello o una marca personal; rúbrica real: la firma de la realeza, habitualmente sólo las iniciales del soberano (yo he usado consecuentemente mis iniciales H. D. como mi sello o rúbrica real, aunque es sólo ahora, en este preciso momento, mientras busco la palabra «sello» en mi diccionario de inglés Chambers, que advierto que mi firma tiene algo que sugiere, en forma remota, soberanía o maneras de la realeza). Signo, otra vez: una palabra, un gesto, un símbolo, una marca destinada a significar otra cosa. Signo, una vez más: (en medicina) un síntoma, (en astronomía) una de las doce partes del zodíaco. Signar: adjuntar una firma a. Letrero de señales: poste con direcciones; todo del francés signe y del latín signum. Al escribir esta última palabra, se me ocurre la asociación in hoc signum o más bien debería ser in hoc signo y vinces[14].

51

Había un puñado de antiguos anillos en un rincón de una de las vitrinas del Profesor y yo pensé en mi anillo de sello de una de las galerías del Louvre en París, pero no le hablé al respecto al Profesor, ni entonces ni después, y aunque sentía curiosidad por los anillos en ese momento, no le sugerí que abriera las puertas de la vitrina o que me los mostrara. Él había agarrado una de las figuras que estaban sobre su escritorio. La sostenía en su mano y me miraba. Esta, conjeturé, era la imagen que él pensaba que más me interesaría. Había, en el centro, una figura india de marfil; los objetos estaban simétricamente dispuestos y yo me pregunté si al Vishnu sentado (supongo que era él) le correspondía el centro por derecho de precedencia o de preferencia o a causa de su forma. Aunque notaba la calidad y el hermoso diseño del marfil, lo miraba de un modo más bien abstracto; el asunto en sí mismo no me interesaba. Cabezas de serpientes se erguían como pétalos de flores para formar una cúpula o una tienda sobre la cabeza de la imagen sentada; sentada, es posible, sobre una flor o sobre una hoja; el efecto del conjunto era el de una media flor, cortada a lo largo, la figura tomando el lugar o generando el efecto de un ramillete de estambres o de una vaina ovalada de semillas, en el centro. Sólo al acercársele, una veía la pequeña imagen y el simétrico fondo, parecido a una cúpula, de las cabezas de serpientes. Es cierto, estas cabezas de serpiente sugerían —cada una de ellas— una media S, que podía recordar el diseño de la S invertida o del signo de interrogación incompleto de la serie de imágenes sobre la pared en la habitación de la isla griega de Corfú, aquella primavera de 1920. Ni entonces ni después hice esta comparación al Profesor, y me sentí un poco incómoda ante la extrema belleza del marfil indio tallado, que me atraía y me repelía a la vez.

Nunca sabía si las excursiones que el Profesor hacía conmigo a la otra habitación eran un modo de distraerme, verdaderos acontecimientos sociales, o parte de su plan. ¿Quería averiguar cómo reaccionaría yo ante ciertas ideas encarnadas en estas estatuillas, o cuán profundamente sentía yo la idea dinámica, aunque aún implícita, a pesar del hecho de que eras o eones de tiempo habían transcurrido

sobre ellas? ¿O intentaba darme a entender que quería compartir sus tesoros conmigo —esas formas tangibles ante nosotros que, en verdad, sugerían los mucho más fascinantes tesoros intangibles de su propia mente? Cualquiera fuere su idea, yo quería entonces, como otras veces, encontrarlo a mitad de camino; quería devolver, de la forma más discreta posible, la cortesía que tan sutilmente me ofrecía. Si era un juego, una suerte de vuelta para descubrir algo que quizá mi guardián o censor inconsciente buscaba mantener fuera de su alcance, bueno, yo haría todo lo posible por jugar su juego, este juego de adivinanzas, o lo que fuese. Entonces, como el marfil había atraído mi atención y quizá (yo no lo sabía) era especialmente valioso para él —puesto que ocupaba el lugar central en su imponente escritorio (parecía colocado allí, ahora que lo pienso, casi como un altar, en lo Santo de los Santos)—, dije, advertida de mi ligera aversión hacia esta exquisita obra de arte: «Este marfil… ¿qué es? Es indio obviamente. Es muy bello».

Él dijo, apenas mirando el encantador objeto: «Me lo envió un grupo de mis discípulos indios». Agregó: «En general, siento que mis estudiantes indios han reaccionado ante mis enseñanzas de la manera menos satisfactoria». Fin del tema de la India, fin del tema de sus discípulos indios. No era su favorita, esta apasionada, oriental, pero fría abstracción. Él había elegido algo más. Era un objeto más pequeño, a juzgar por el lugar que quedó vacío, de mi lado del semicírculo formado por el ordenamiento simétrico de los Dioses (o de los Bienes) sobre su mesa. «Este es mi favorito», dijo. Me alcanzó el objeto. Lo agarré. Era una estatuilla de bronce, con yelmo, vestida hasta los pies con una túnica labrada, con el manto superior o peplo grabado. Extendía una mano como si sostuviera un bastón o una vara. «Ella es perfecta», dijo, «sólo que ha perdido su lanza». No dije nada. Él sabía que yo amaba Grecia. Sabía que amaba a Hellas. Me quedé mirando a Palas Atenea, aquella cuyo atributo alado era Niké, Victoria, o sin sus alas, Niké Áptera en los tiempos antiguos, en el pequeño templo a la derecha al subir los escalones hacia el Propileo en la Acrópolis de Atenas. Él también había subido aquellos escalones una vez, me había contado, para contemplar la gloria que fue Grecia. Niké Áptera la llamaban, la Victoria sin Alas, porque la Victoria nunca podría alejarse, nunca se alejaría, de Atenas.

52

Ha perdido su lanza. El Profesor podría haber hablado griego. El hermoso tono de su voz tenía una manera de extraer una frase o una oración en inglés fuera de su contexto (fuera del contexto asociado, podría decirse, de la lengua en su conjunto), de modo que, aunque hablaba inglés sin una traza perceptible de acento, hablaba un idioma extranjero. El tono de su voz, el canto que tan sutilmente impregnaba la textura de la palabra hablada, hacía que esta palabra hablada habitara otra dimensión, o tomara otro color, como si hubiera sumergido la trama gris del pensamiento convencionalmente tejido y, con ella, la del pensamiento convencionalmente hablado, dentro de un tonel de su propia elaboración, o como si metiera una pieza de ese pensamiento, arrancado de la monótona, desvanecida, desgastada textura del lenguaje mismo, dentro del caldero hirviente de su propia mente para extraerla teñida de azul o de escarlata, de un color nuevo para la vieja malla gris, un trozo de pensamiento, quizá un trapo desechado, que se convertiría en lo sucesivo en un pendón, en un estandarte, en un signo otra vez, para indicar una dirección o para guiar, desde lo alto de un asta, un ejército.

Y por otro lado, cuando decía ella es perfecta, no sólo quería decir que la estatuilla de bronce era un símbolo perfecto, hecho a la imagen de un hombre (de una mujer, en realidad), para ser venerada como la proyección de un pensamiento abstracto, Palas Atenea, nacida sin madre humana e incluso sin madre divina, surgida con todas sus armas de la cabeza de su padre, nuestro padre, Zeus, Theus, o Dios; también quería decir: esa pieza de metal que tiene usted en la mano (mírela) es invaluable en verdad, es perfecta, es un premio, un hallazgo del mejor período de arte griego, del período clásico en su expresión más cabal, antes de que se sobrecargara con artificios externos y detalles ornamentales. Es un espécimen perfecto del arte griego, producido en el momento exacto en que la abstracción arcaica se había humanizado, pero aún no sobre-humanizado.

«Ella es perfecta», dijo, y quería decir que la imagen era de pleno período clásico, del siglo de Pericles o de poco antes; quería decir que no había rasguño ni defecto alguno, ninguna marca en la superficie o mancha sobre el metal, ningún pliegue del peplo desgastado o corroído. Hablaba como un apasionado amante del arte y como un coleccionista. Hablaba en un doble sentido, es cierto, pero hablaba de valor, del valor intrínseco de la pieza; como un judío, estimaba su valor; la sangre de Abraham, de Isaac, y de Jacob corría por sus venas. Conocía el valor material, la libra de carne, si se quiere, pero esta libra de carne era una libra de espíritu entre nosotros, algo tangible, para ser pesado y medido, para ser pesado en la balanza y que —¡Dios no lo permita!— no le falte ni una onza.

53

Él había dicho, había osado decir que el sueño tiene su valor en términos traducibles. No sólo el sueño de un faraón o el del mayordomo del faraón, no sólo el sueño del hijo predilecto de Israel, no sólo el sueño de José o el de Jacob con su escalera simbólica, no sólo el de la Sibila cumana de Italia ni el de la sacerdotisa délfica de la antigua Grecia, sino el sueño de cada uno, en todas partes. Él había osado decir que el sueño viene de una profundidad inexplorada en la consciencia de la persona y que esa profundidad inexplorada corre como una gran corriente o como un gran océano subterráneo, y que la vasta profundidad de ese océano es la misma vasta profundidad que hoy, tanto como en los tiempos de José, al desbordar la pequeña consciencia humana, produce la inspiración, la locura, la creatividad, como también la escoria de los más tristes síntomas del malestar y de la enfermedad mental. Él se había atrevido a decir que es el mismo océano de consciencia universal, y aunque no lo haya dicho con esas palabras, se había animado a insinuar que esta consciencia proclamaba a todos los hombres uno; todas las naciones y las razas se encontraban en el mundo universal del sueño; y había osado decir que el símbolo onírico podía ser interpretado; que su lenguaje, su imaginería, eran comunes a toda la especie, no sólo a los vivos sino a aquellos muertos diez mil años atrás. La pictografía, el jeroglífico del sueño, eran propiedad de toda la especie; en el sueño, cada humano, al igual que al inicio de los tiempos, habla un lenguaje universal, y ellos, al encontrarse el entendimiento universal de lo inconsciente y de lo subconsciente, desestimarían las barreras del tiempo y del espacio, y al comprenderse a sí mismos, salvarían a la humanidad.

54

Con preciso instinto judío para lo particular en lo general, para lo personal en lo impersonal o universal, para lo material en lo abstracto, él se había atrevido a sumergirse, primero, en la profundidad inexplorada de su propio inconsciente. Desde allí extrajo, como muestras de sus teorías, sus propios sueños, y los expuso como descubrimientos, como hechos, con causa y efecto, con principio y fin, a menudo revelando, aun en la secuencia onírica más trivial, el poderoso y dramático impacto que la proyectaba. Tomaba los acontecimientos del día que precedía a la noche del sueño, lo llamaba resto diurno; destejía, de entre las condiciones y contactos entremezclados de los asuntos ordinarios de la vida, el particular hilo que estiraba su longitud a través de la sustancia de la mente, la mente sepultada, lo dormido, la mente inconsciente o subconsciente. El hilo, identificado con tanta vehemencia como parte de la estructura, como parte de algún lugar común o de algún asunto íntimo o intrincado de la vida diurna, podía perderse, en el preciso instante en que, identificado, mostraba su trémula o grisácea sustancia onírica. La mente durmiente no era una, ni toda ella dormía a la vez: parte del inconsciente podría devenir consciente en el instante menos esperado. Esta parte de la mente soñante que tiende trampas, o engaña al observador, o cierra puertas en la escena o en el tapiz de sueño que intenta descifrarse, es lo que él llamaba Censor: era el guardián de las puertas del inframundo, tanto como Cerbero, el perro, lo era del infierno.

55

En la sustancia onírica había cielo e infierno, y no les ahorró a sus primeros lectores, ávidos e impresionados, ninguna de las dos cosas. No se las ahorró a sí mismo ni a su creciente público, pero sí a otros. Interrumpiría la interesantísima narración de un sueño, para explicar que una cuestión personal, que no lo concernía a él, había irrumpido. Conócete a ti mismo, decía el irónico oráculo de Delfos, y el sabio o sacerdote que formulaba el enunciado sabía que conocerse a sí mismo en el sentido cabal de la expresión era conocer a todos. Conócete a ti mismo, decía el Profesor, y sumergiéndose una y otra vez, acumuló el caudal de revelaciones íntimas contenido en sus impresionantes libros. Pero conocerse a sí mismo para exponer ese conocimiento acarreó no sólo una tormenta de abuso por parte de encumbrados médicos, psicólogos, científicos, y otros acreditados intelectuales de todo el mundo, sino también hizo que su nombre fuese casi un sinónimo de bromas ignorantes, de chistes indecorosos y del ridículo en general.

56

Quizás se reía de las burlas, no lo sé. Su hermosa boca parecía siempre con una ligera sonrisa, aunque sus ojos, hundidos y ligeramente asimétricos bajo su frente abovedada (con esas arrugas talladas por un cincel maestro), eran indescifrables. Sus ojos no me decían nada. Ni siquiera puedo decir que eran ojos tristes. Si en algún momento de aflicción —como cuando fui a su casa aquel día en que todas las puertas de Viena estaban cerradas y las calles vacías— aparecía aquella pausa que a veces se ceñía entre nosotros, él, sintiendo en mí una ansiedad y una tensión casi insoportables, rompía el maleficio con alguna cortesía del viejo mundo, alguna pregunta: ¿Qué había estado yo leyendo? ¿Había encontrado los libros en la biblioteca que la hermana de su esposa me había recomendado? Por supuesto, si yo quería alguno de sus libros… ¿Sabía algo de Bryher? ¿De mi hija? ¿Tenía alguna noticia de Estados Unidos?

Yo habría querido tomar el reloj de arena en mi mano y darlo vuelta para que las arenas de su vida tuvieran tantos años por delante como los que tenían hacia atrás. O me hubiera gustado escabullirme a través de una puerta secreta —sólo yo tendría el derecho de hacerlo— y suplicarle a un Ser bondadoso. (Sólo yo podía hacerlo, porque mi don debía ser algo diferente). Hubiera cambiado mis años por los de él; no habría sido un número tan generoso como el que deseaba para él, pero aun así hubiera hecho una diferencia. Quizás habría todavía veinte años, incluso treinta años, en mi reloj de arena. «Mirá», le hubiera dicho al Ser bondadoso: «aquellos dos relojes de arena en tu estante de allá… hacé una ligera inversión entre ellos. Poné el de H. D. en lugar del de Sigmund Freud (aún tendría yo algunos años para acomodar mis poco importantes asuntos). No te estoy pidiendo mucho. Puede ser hecho. Alguien lo hizo u ofreció hacerlo en una obra una vez. Era una obra griega, ¿no es así? Estaba Hércules o Heracles en una lucha con la muerte. ¿Acaso la obra no era Alcestis? Me pregunto. Y, por supuesto, debe haberla escrito alguno de esos tres —allí están, sobre la vitrina del Profesor, a la derecha de las puertas dobles que llevan a su santuario interior —. ¿Esquilo?, ¿Sófocles?, ¿Eurípides? ¿Quién escribió Alcestis? En verdad no

importa quién la escribió, porque la obra se desarrolla ahora, la estamos representando, el viejo Profesor y yo. El viejo Profesor tiene dos papeles. Es Hércules luchando contra la muerte y es el amado, próximo a morir. Además, él mismo, en su propio personaje, ha hecho vivir a los muertos, ha convocado una horda de niños muertos y agonizantes de sus tumbas en vida».

57

Cuando le dije, un día, que el tiempo pasaba demasiado rápido (¿lo sentía él así o no?), impostó una actitud semi-cómica: extendió su brazo como si se dirigiera, irónicamente, a una presencia invisible o a una audiencia imaginaria. «Tiempo», dijo. La palabra fue pronunciada con su modo ambivalente inimitable; parecía desafiar a la criatura, a la abstracción; en esa sola palabra, parecía acarrear un conjunto de emociones contradictorias: había ironía, súplica, resistencia, con un pathos vago y tierno. Parecía que la palabra estaba sobrecargada, como un explosivo que, de un momento a otro, pudiera estallar. (En cierto sentido, muchas de sus palabras en efecto explotaban, derribando prisiones, diques y represas inútiles, arrastrando consigo aludes, es cierto, pero a la vez abriendo minas con riquezas escondidas). «El tiempo», murmuró otra vez, más calmo, y luego: «el tiempo galopa».

«El tiempo galopa». Me pregunto si él sabía que estaba citando a Shakespeare. Aunque la aplicación exacta del elaborado sofismo de Rosalinda acerca del Tiempo no parece muy apropiada. «¿Con quién galopa?», pregunta Orlando. Y Rosalinda responde: «Con un ladrón que va a la horca, porque, aunque marche tan lento como sus pies puedan pisar, piensa que ha llegado allí demasiado pronto». Pero también un ladrón, en una tradición dramática mayor, había robado el fuego, como Prometeo, de los cielos.

58

¡Detengan al ladrón! Pero nada pudo detenerlo una vez que comenzó a desenterrar tesoros sepultados (él lo llamaba descubrir petróleo). Y, de cualquier modo, ¿no era suyo? ¿No lo había encontrado él? Pero detengan al ladrón, gritaban, o algo peor. Abría, imperturbable, bóvedas y cuevas, derribando las barreras que generaciones enteras habían erigido, cuidadosamente, contra sus motivaciones ocultas, contra sus ambiciones secretas, contra sus deseos reprimidos. ¡Detengan al ladrón! Admitamos, sin embargo, que lo que él ofrecía como tesoro, esta revelación que tanto valoraba, era un material pobre, basura en verdad, ideas que un trapero habría pasado por alto con desdén, viejos bártulos acumulados en el ático, abandonados, olvidados, que no valía siquiera la pena cortarlos para hacer leña, pesados, difíciles de mover, y para colmo si una se tomaba el trabajo de mover una de estas ideas inmanejables e incómodas, se corría el riesgo de que se viniera abajo toda la acumulación de trastos: había estado allí por tanto tiempo, era casi parte de la pared y del techo del ático de la casa de la vida. ¡Detengan al ladrón! Pero, ¿por qué, después de todo, habría que detenerlo? Lo que él llamaba descubrimientos eran cosas ostensiblemente ridículas. El tiempo galopa… con un ladrón hacia la horca. Y dale a un hombre soga suficiente —hemos oído en alguna parte— y terminará por ahorcarse a sí mismo.

59

Se sorprendió un poco por el estallido. Nunca pensó que objetivos y elevados profesionales y hombres de ciencia pudieran enfurecerse tanto ante lo que era, después de todo, al detalle, una contribución a una rama del pensamiento abstracto, aplicado a la ciencia médica. Él había trabajado en París con el famoso Dr. Charcot. Hay otros nombres que figuran en el derrotero histórico que nos da el Profesor Freud en su breve Estudio autobiográfico. Tenemos los nombres de médicos, especialistas famosos, que le dieron a Freud alguna idea; tenemos a Freud repartiendo imparcialmente honores entre Breuer (o quienquiera que sea) y él mismo. Tenemos al mismo Freud atribuyéndose crédito por el descubrimiento de la anestesia de cocaína, atribuido a Koller. Pero, cuando le pregunté al analista Walter Schmideberg cuándo y cómo al Profesor se le ocurrió la idea que lo llevó a vincular los estados neuróticos de megalomanía y de grandeza con, en ciertas ocasiones, fantasías de la juventud y de la infancia, me respondió de una manera correcta y convencional; me dijo que a Freud no se le ocurrían ideas. Yo le dije que lo dudaba. El Sr. Schmideberg repitió lo que, por supuesto, se suponía que yo ya sabía: que todo el corpus establecido de su obra se erigía sobre datos acumulados tras una precisa investigación científica. No era eso lo que preguntaba. Yo quería saber en qué momento exacto, y de qué manera, llegó ese rayo de inspiración, esa cosa que hizo clic, que sonó, que gritó en el interior de la mente de Freud, en su corazón o en su alma, es esto.

Las cosas no ocurren así. ¿O sí? Al menos tenemos la libertad de preguntárnoslo. Tenemos la libertad de imaginar, de reconstruir, incluso de ver, como en una obra o en una película, a aquellos personajes, en su ambiente propio, la París de aquella época, 1885. El Dr. Charcot estaba interesado en la histeria y en la neurosis de este lado de la frontera. Ese límite, es cierto, fue indicado por necesidad, pero vagamente: había histeria y neurosis, de este lado; y los realmente locos, del otro; pero había también una ancha brecha, un baldío inexplorado, una tierra de nadie, entre ambos lados. Al menos una tierra de nadie; al menos casos que hasta no mucho tiempo atrás hubieran sido aislados

como insanos y a los que ahora les cabía un trato más suave, el reino de la histeria. El mundo de la ciencia médica había avanzado a grandes pasos, ya que aún persistían recuerdos, en las mentes de las generaciones más antiguas, de relatos de testigos de un tiempo, aquí en esta mismísima ciudad, en que los internados en asilos para locos eran encadenados, como bestias salvajes, a los muros o a postes de hierro; incluso peor: se admitía al público, a intervalos, para que viera a los animales salvajes, durante su paseo por la ciudad o en un recorrido vacacional. Era tiempo pasado, no demasiado atrás, es cierto, pero pasado, gracias a los esfuerzos humanitarios de la generación precedente de científicos y de médicos. Habían progresado, sin dudas. Y nuestro Profesor pudo, de hecho, haber visitado los más «modernos» establecimientos de aquel tiempo y de aquel lugar. ¿París? Era un extranjero. 1870 no estaba de ninguna manera olvidado. Él había visto los colmillos de la manada durante sus días de estudiante. Escribe, acerca de aquellos primeros tiempos en la Universidad, en Viena: «Sobre todo, encontré que esperaban que yo me sintiera inferior y extraño porque era judío». Agrega: «Me rehusé absolutamente a sentir la primera de estas cosas». Pero había otros, aquí en París, inferiores, extraños, que habitaban lejos de sus camaradas, no encadenados, aunque todavía (en condiciones más humanas) segregados, separados, en pequeños cuartos, o —podemos decir— en celdas con barrotes ante las ventanas o ante las puertas. Una mejora, por cierto. Ellos también «se rehusaban absolutamente» a sentirse inferiores. Al contrario. Ellos eran casos especiales. Luego estaba la multitud en general, bajo observación en la Salpêtrière. Entre los casos de histeria bajo la observación de Charcot y los locos confiados a la atención del joven Freud, había incidentes, inadvertidos o menospreciados por los médicos y observadores, que sin embargo eran dignos de seria consideración. Él notó cómo la secuencia inconexa de acciones aparentemente sin vinculación de los pacientes sugería una especie de orden, seguía un patrón, al igual que la serie interrumpida de eventos en un sueño recordado a medias. ¿Un sueño? ¿Era entonces el sueño, a su vez, proyectado o sugerido por eventos de la vida diurna? ¿Era el sueño la otra cara de la moneda de la locura o era la locura un soñar despierto? Había a veces un singular tinte trágico, algo que no pertenecía enteramente al nivel físico o de la sórdida materialidad. Era el infierno, por supuesto. Esas personas en el infierno a veces tenían un extraño parecido con cosas que él recordaba, cosas sobre las que había leído, antiguos reyes en antiguos países, mujeres destrozadas por las guerras, niños esclavizados y desfigurados.

Había barrotes ante algunas de las celdas (en esta escena construida puramente según nuestra imaginación intuitiva), aunque estas jaulas a veces mostraban escenas que parecían extraídas de una obra. César se pavoneaba allí. Y allí Aníbal… ¿Aníbal? ¿Por qué Aníbal? De niño, él mismo había adorado a Aníbal, se había imaginado a sí mismo en el papel de conquistador del mundo. Todos los niños, en un momento u otro, se pavonean con su espada y su armadura imaginarias. ¿Todos los niños? Este hombre, este César, que echaba su toga sobre el brazo con un gesto no del todo falso, parecía estar simplemente viviendo una fantasía infantil. Si él pudiera examinar al paciente en circunstancias adecuadas… pero el paciente gritaba et tu Brute[15] y se ponía violento ante cualquier sugerencia de acercamiento o de contacto amable. Si él hubiera podido entrevistar a este César unos pocos años antes —había sido un hombre de cierta importancia en otra época—, habría podido arrancarle el secreto de su manía de César. La mente estaba turbada pero no había indicios, en este caso, de degeneración de tejido o de los síntomas físicos habituales que terminan, inevitablemente, en la locura. ¿César? ¿Aníbal? Eran excepcionales personajes históricos. ¿Pero eran las entidades las que causaban esta… fijación (era una palabra aún no acuñada en este sentido)? El hombre interpretaba un papel, el de César. ¿César? Él mismo, de chico, había actuado un papel parecido, el de Aníbal. ¿Pero era Aníbal? ¿Era César? ¿Era…? Bueno, sí, podría ser… qué extraño. Sí, ¡podía ser! Podía ser que este hombre estuviera personificando a su padre… ¿No es el padre el César, el conquistador, el símbolo del poder, el zar, el káiser, el rey del reino del niño —pequeño, sí, pero de importancia mundial para él, el mundo entero para él, su hogar—? El mundo entero para un niño es su hogar, su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, y así, luego su escuela y sus amigos de otros «reinos». ¿Por qué, sí —qué claro se veía todo—, este César ahora? ¿Cómo había sucedido? Debía haber algo detrás de este colapso, algo no advertido en la historia clínica de las condiciones y síntomas físicos e incluso mentales del paciente. Debía haber algo más detrás de muchos de los casos vistos aquí y en la Salpêtrière, no en todos ellos, pero en algunos, y en otros casos… debía haber algo detrás de todo el edificio de la ciencia médica actual, debía haber algo más allá o más profundo, debía haber algo que revelara los secretos de estos estados de personalidad glorificada y de otros estados y condiciones, debía haber algo… ¡Por qué Aníbal! Hay un César tras las rejas, aquí está Aníbal, aquí estoy yo, Sigmund Freud, observando a César tras las rejas. Era César el conquistador, ¿lo era?, vine, vi, vencí, sí, voy a conquistar. Lo haré. Yo, Aníbal, no César. Yo, el despreciado cartaginés, yo, el enemigo de Roma. Yo, Aníbal. Ya verán, yo, Sigmund Freud, yo mismo aquí parado, un talentoso y favorito, admítanlo, alumno del Dr. Charcot, desde ningún punto de

vista trastornado, ni peculiar, fiel a mi propia órbita, ¿fiel a mi propia órbita? Fiel a mi propia órbita, a mis fantasías infantiles de Aníbal, a mi identificación con Aníbal, el cartaginés (judío, no romano), yo, Sigmund Freud, entiendo a este César. Yo, Aníbal.

Y la mujer de César también (si continuamos con esta reconstrucción puramente imaginaria de la secuencia de causas y efectos) ha de ser considerada. Esta particular señora no era ni siquiera una paciente externa de la institución, pero pronto podría serlo. Fue encontrada dando vueltas en la sala de espera, luego de que los demás se habían ido. Siempre estaba pidiendo entrevistas con los médicos y con el director mismo, estorbando a todo el mundo. Ya formaba parte de la institución; el director había dejado instrucciones especiales de que no debía ser molestado; se había visto obligado a negarle la última entrevista personal que ella pidió; el especialista famoso estaba sobrecargado de trabajo; había demasiado para hacer, aquí y en todos lados; los enredos personales debían ser evitados a toda costa. ¿Enredos personales? Esta buena señora sería la primera en desacreditar a quien le atribuyera la más mínima intención de generar tales enredos. ¿No era acaso ese su problema? Había sido una esposa devota, la separación la estaba afectando, parecía al borde de un colapso severo. Era natural, ¿no es así?, en tales trágicas circunstancias. Esta suerte de síntoma neurótico reprimido… ¿síntoma? Esta suerte de separación entre dos personas casadas durante mucho tiempo y devotas una a la otra podía tener serias repercusiones, podía desarmar el sistema nervioso, desequilibrar el delicado ajuste del mecanismo mental. Su pena la había consumido —pobre mujer— y no era de extrañar. Alguien debía ocuparse de ella. Pero no era ni siquiera una paciente externa, no era su incumbencia indagar en los asuntos personales de las esposas y de las familias de los pacientes. ¿Asuntos? ¿La mujer de César? Sí, era la mujer de César, por encima de toda suspicacia, una mujer convencional y a la vez una mujer de mundo. Cosas así ya habían sucedido antes. ¿Adónde lo llevaba su pensamiento? Había habido otros casos aquí: aquella muchacha cuya felicidad ante la noticia del posible regreso de su esposo desde Argelia luego de una larga ausencia había mejorado tanto su condición que el Dr. Charcot, consultado en esa instancia, había sugerido su externación por un tiempo. Su salud, se informó, había mejorado tras el retorno de su esposo, pero si su esposo volvía a irse, ¿retornarían los síntomas?

Esto obviamente no es un recorrido histórico de los pasos preliminares que dieron lugar al establecimiento de una nueva rama de la investigación psicológica y a una nueva forma de curación llamada psicoanálisis. Los hechos concretos están a disposición de cualquier estudioso serio de la obra del Profesor Freud. A mí me parece que pudo haber sido a través de un proceso de razonamiento interior que el tema fue abierto. ¿El tema? Escribí la palabra y me pregunto por qué. Creo que me sugería música. Sí, los términos musicales parecen relevantes para el curioso y original proceso de razonamiento intuitivo del Profesor que encontró, desarrolló, amplificó, simplificó los primeros sorprendentes descubrimientos del joven doctor vienés, a quien los diagnósticos de sus mayores y de sus referentes no siempre lo satisfacían. No se debió, solamente, al hecho de que el joven Sigmund Freud fuera astuto, metódico, concienzudo, sutil, inteligente, original —aunque era todo esto. Tampoco se debió al hecho de que él proviniese de una raza que siempre ha venerado el saber y que (como los árabes) ha preservado, a pesar de repetidas persecuciones, una singular inclinación por la medicina, a la vez que por la matemática y por ciertas formas de la filosofía abstracta y de la poesía, en un tiempo en que (como ahora) las artes liberales y aplicadas parecen estar ensombrecidas por el ala oscura de un creciente poder de destrucción y por la amenaza de segregación racial. Estaba solo y podemos imaginar que se sentía orgulloso, aunque por su naturaleza tan afable, tan cortés en sus modos, tan delicado en su ingenio, era fácil llevarse bien con él. Podía disertar sobre cualquier tema, en cualquier momento y con cualquiera, de un modo encantador. Pero… ¿qué había en él? Su apariencia, sus hábitos, su modo de vida eran bastante convencionales; ni sus peores enemigos podían encontrar algo para criticar su vida privada: era sumamente correcto, casi ortodoxo, podría decirse.

El punto es que, a pesar de su asombrosa originalidad, extraía su material de una fuente tan profunda en la consciencia humana que las rocas superficiales, el esquisto, la acumulación de cientos o miles de años de pensamiento simple,

negligente, o incluso equivocado o malicioso, no habían hecho otra cosa que sellar el manantial original o la boca del pozo. Él lo llamaba descubrir petróleo, pero otros —mucho tiempo atrás— ya se habían sumergido en la misma fuente. Ellos lo llamaban, en los tiempos antiguos, «un pozo de agua viva» o simplemente las «aguas tranquilas». El Profesor hablaba de esta fuente de inspiración en términos de petróleo. Así enfocaba la abstracción, la volvía más concreta, un símbolo de los negocios modernos. Aunque era obvio que hablaba de una vasta y difusa abstracción, tomaba como referencia un símbolo común, casi un lugar común. Usaba los modismos o la jerga de los contadores, de Wall Street, la imagen concreta y bien definida con la que un hombre de negocios se referiría a un golpe de suerte o a la esperanza de un éxito grande, a la manera de «si encontráramos petróleo» o del clásico «fulano encontró petróleo otra vez». «Encontré petróleo, pero todavía queda suficiente para cincuenta o para cien años, o más». Es difícil imaginar al Profesor diciendo, con gesto solemne, «me sumergí por derecho de herencia en la gran fuente de inspiración de Israel y del Salmista: Jeremías, me llamarán algunos. Tropecé con un pozo de agua viva, el río de la vida. Corría barroso o brillante. Estaba obturado por troncos caídos —algunos petrificados— y por un amontonamiento de hojas y de ramas en descomposición. Vi el curso del río y cómo corría, y yo, personalmente, removí un poco de basura para que al menos una porción de río corriera en libertad. Hay mucho aún por hacer —hay para cien años o más— de modo que todos los hombres, todas las naciones se reunieran, y comprendieran por fin…». Pero no. Esa no era la manera en que el Profesor hablaba. «Encontré petróleo» sugiere un negocio empresarial. Visualizamos erguidas y austeras jaulas de acero similares a esqueletos, como torres Eiffel sin terminar. Y hay muchos —tengo mis razones para decirlo— que consideran al método o al sistema del psicoanálisis en su conjunto en esos términos: una jaula. Una construcción mecánica en medio de un árido desierto, para atrapar incautos, y si hay «petróleo», ese petróleo va a parar a alguien más. Hay hábiles médicos que te «exprimen» con sus exorbitantes honorarios durante prolongados y carísimos tratamientos. Un asunto cuanto menos tedioso —no hay nada para hacerle—, que está gastado y envejecido. Es cierto, era la moda entre los intelectuales después de la Primera Guerra Mundial, pero se convirtieron en un gueto deprimente y ¿quién, después de todo, ha oído hablar de ellos desde entonces?

61

¡Tedioso de verdad! También es tedioso Esquilo para mucha gente, también lo son Sófocles y Platón, y el viejo Sócrates con sus temas aburridos y sus formas incluso más aburridas. ¿El método socrático? Era todo el asunto de incitar a un rival intelectual, a la manera de un esgrimista, con pinchazos de alfiler —¿no es cierto?—, o con preguntas punzantes como toques de florete que eventualmente llevarían la cuestión a un punto crítico, para que la lucha pudiera ser abierta y justa, a menos que el rival fuera abatido con el primer golpe de acero intelectual. Había algo de eso en el método de tratamiento analítico del Profesor, pero también una notable diferencia. La pregunta debía ser formulada por el protagonista mismo, él mismo debía extraerla del escondite donde estaba sepultada, él mismo debía encontrar la pregunta antes de que pudiera respondérsela.

62

Él mismo debía barrer su propia mugre, antes de que su particular fluir, su vida íntima, pudiera discurrir libre de obstrucciones hacia el gran río de la humanidad, y desde allí hacia el océano de la perfección sobrehumana, lo «Absoluto», como Sócrates o Platón lo llamaron.

63

Estamos aquí hoy en una ciudad en ruinas, en un mundo arruinado, que parece casi sin chance de redención. Debemos renunciar a fugarnos de la realidad hacia las verdes praderas o los recovecos frescos de la Academia. Aunque esos prados y jardines hayan sobrevivido a muchas ciudades arruinadas y a amenazas de destrucción mundial, no estamos listos para la discusión acerca de lo Absoluto, de la Belleza Absoluta, de la Verdad Absoluta, del Bien Absoluto. Hemos reposado en esos pastos, hemos deambulado junto a aquellas aguas tranquilas, hemos sentido la fragancia de los arrayanes al otro lado de los cercos distantes y de las plantaciones de citrones en flor. Kennst du das Land?[16]. Oh sí, Profesor, lo conozco muy bien. Pero recuerdo el mandato que pusiste sobre mí y pienso en mi compañero de estudios cuyo lugar usted dice que he tomado, mi hermano en armas, el Holandés Errante, quien —intelectualmente superior al común de los hombres, dueño de islas y plantaciones en Oriente, entrenado en una disciplina occidental de mente y de cuerpo— voló demasiado alto y demasiado rápido.

64

El Profesor me está hablando muy seriamente. Estamos en su estudio en Viena, pocas semanas después de haber comenzado mi trabajo allí. «Le pido sólo una cosa», dijo. Aun ahora, al escribir estas palabras, tengo la misma sensación de ansiedad, de tensión, de inminente responsabilidad que sentí en aquel momento. ¿Qué iría a decirme? ¿Qué me pediría que hiciera? ¿O que no hiciera? Era más probable que se tratara de un no debes que de un pedido por algún hecho puntual o alguna acción específica. Su gesto era serio pero amable. A pesar de eso, o a causa de eso, me sentí como una niña, llamada al estudio de mi padre o al cuarto de costura de mi madre, o convocada por una maestra a que esperara después de clase, cuando se fueran los demás, porque debía decirme «algunas palabras» a solas. ¡Detengan al ladrón! ¿Qué he hecho? ¿Qué iría a hacer? «Niños, les pido sólo una cosa». Las mismas palabras de mi madre.

65

El Profesor está de pie en su estudio. El Profesor me pide sólo una cosa. Acerté en mi premonición, es un no debes. Me pide algo, confía en mí, me trata —con su modo cortés y sutil— como a un par intelectual. Se pone muy firme con esto, no obstante, y me lo explica con paciencia. «Por supuesto, usted comprende» es el modo casual en que me ofrece, de vez en cuando, algún descubrimiento raro, algún hallazgo invaluable, o «Quizá a usted le parece otra cosa», como si mis opiniones, mis descubrimientos, estuvieran a la par de los suyos. No impone la ley, salvo esta vez, salvo esta ley. Dice: «Por favor, nunca —quiero decir realmente nunca—, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, se esfuerce por defenderme, si alguna vez oye opiniones ofensivas contra mí o contra mi obra».

Lo explicó con cuidado. Podría haber estado dando una lección de geometría o demostrando el curso inevitable de una enfermedad cuando el virus ha invadido el organismo. A esta altura, parecía indicar (como si tuviéramos ante nosotros, colgado en la pared, el diagrama de un paciente febril): «Ante la mínima sugerencia de que usted puede estar por comenzar un contraargumento en mi defensa, la rabia o la frustración del agresor se tornarán más profundas. No le hará ningún bien al detractor si emprende, equivocadamente, una defensa lógica. Sólo logrará que se profundice el odio, el miedo o el prejuicio. No se hará un bien a usted misma, ya que sólo expondrá sus sentimientos (doy por hecho que usted aprecia profundamente mis descubrimientos, sino no estaría aquí). Tampoco haría ningún bien a mi persona ni a mi obra, porque el antagonismo, una vez que echa raíces, no puede ser erradicado desde la superficie, florece con la discusión acalorada y cala más hondo. La única manera de extraer el miedo y el prejuicio es desde adentro, desde abajo, y como —naturalmente— este tipo de mentalidad prejuiciosa o temerosa evita cualquier insinuación o sugerencia de tratamiento psicoanalítico, e incluso de cualquier estudio o investigación que sigan esta línea, no se puede llegar a la raíz del problema. Cada palabra dicha en mi defensa a individuos prejuiciosos, sólo empuja la raíz más adentro. Si el

asunto es ignorado, el atacante puede deponer su rabia o, más aun, con el tiempo su inconsciente puede encontrar otro objeto sobre el cual fijar sus tentáculos…».

Ese era el meollo de la cuestión. En nuestras conversaciones, él raramente usaba alguno de sus ahora tan elaborados términos técnicos, inventados por él mismo y reelaborados por el número creciente de médicos, psicólogos y especialistas que forman el de algún modo formidable cuerpo de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Cuando, en una ocasión, me empeñaba en explicar una cuestión en la cual mi mente se debatía entre dos sentidos, dije: «Supongo que usted diría que es una cuestión de ambivalencia». Y como no me respondió, le dije: «¿O usted le dice am-bi-valencia? No sé si se pronuncia ambi-valencia o am-bi-valencia». El Profesor estiró su brazo como lo hacía en aquellas ocasiones en que quería subrayar un hallazgo o centrar mi atención en un punto. Dijo, con su estilo irónico y curiosamente causal: «Sabe usted, yo mismo siempre me lo he preguntado. Muchas veces deseo encontrar a alguien que pudiera explicarme estos asuntos».

66

Había mucho para explicar y muy poco tiempo para hacerlo. Por ejemplo, mi motivo —casi escribo leitmotiv— de la serpiente y el cardo. Era un signo, ciertamente un símbolo —debe haberlo sido— pero, aunque hubiera encontrado, entre el puñado de anillos antiguos que había en un rincón del anaquel de la habitación contigua, otro anillo como el que vi en París, no habría probado nada y nos habría llevado demasiado lejos en una discusión o en una reconstrucción de las causas y efectos, que hubiera incluido tesoros invaluables, gemas y joyas, entre ellos los llamados hallazgos del inconsciente, revelados por el contenido del sueño o por la asociaciones del pensamiento y de la memoria, y nos habría desviado del asunto en cuestión. ¿Qué me recordaban mi serpiente y mi cardo? Estaba la vara de Aarón, por supuesto, que al ser arrojada al suelo se convirtió en un reptil. ¿Un reptil? La vara de Aarón, si no me equivoco, era en un principio el bastón de Moisés. Estaba Moisés entre los juncos, «nuestro» sueño y «nuestra» Princesa. Estaba la tierra maldecida por Dios porque Adán y Eva habían comido del Fruto del Árbol. De ahí en adelante, produciría espinas y cardos —espinas, cardos, las palabras evocan la misma escena, el páramo estéril e improductivo, el desierto—. ¿Se recogen uvas de las espinas o higos de los cardos? Otra pregunta, otro signo de interrogación, una media S, invertida, S de sello, de símbolo, de serpiente, de señal, de Sigmund.

Sigmund, la voz que canta[17]; no, es Siegmund[18] en verdad, la boca, la voz, o la frase victoriosa. Estaba la Victoria, nuestro signo en la pared, nuestro jeroglífico, nuestro escrito. Estaba el bronce diminuto, su favorito en el semicírculo de los Dioses, o de lo que «otros leen: Bienes», sobre su escritorio. Estaba Niké, Victoria, y Niké Áptera, la Victoria sin alas, porque Victoria nunca podría alejarse, nunca se alejaría, de Atenas. Estaba Atenas, la ciudad sobre la colina; colina, montaña; estaba la Berggasse, la colina, Berg, y el paso o la calle o el camino, gasse. Había dibujos, ¿no?, de hojas de acanto que coronaban capiteles corintios. Y el acanthus latino, y la palabra griega akantha, relacionada con ella, que significa espina o púa. Había patrones, jeroglíficos decorativos de hojas de acanto, un símbolo muy clásico; y al final, nos habían dicho, una corona de espinas.

68

Vayamos a nuestro pequeño diccionario griego abreviado para verificar akantha. Sí: de aké, punta, filo, de allí planta espinosa, cardo, también árbol espinoso. ¿Era nuestro cardo el signo o el sello de todos los árboles espinosos? Quizás también el signo de aquel singular y espinoso Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, con su concomitante serpiente. Había, y hay, muchas variedades de serpientes. Estaba, entre otras, esa serpiente de la Sabiduría que se arrastraba a los pies de la diosa Atenea y era uno de sus atributos, como la lanza (aké: una punta) que empuñaba… aunque no podamos estar seguras de que era una lanza lo que sostenía en la mano el pequeño y perfecto bronce del Profesor. También podía ser una vara o un bastón.

69

Tu vara y tu bastón. En Inglaterra, nuestra vara de oro norteamericana, que crece sin control en los campos, a lo largo de todos los caminos y al borde de cada zona arbolada a fines de verano, se cultiva en prolijos canteros en los jardines, y se la llama vara de Aarón. La vara de oro nos lleva a la Rama Dorada: Meleagro, en la Antología Griega, atribuía a Platón la rama dorada, que siempre brillaba con su propia luz. Y el Profesor, un día de invierno, me ofreció una pequeña rama. Me contó que su hijo había enviado por correo, desde el sur de Francia (o enviado por medio de algún conocido que volvía a Viena desde el Mediodía) una caja de naranjas, y entre las naranjas había algunas ramas con hojas. Pensó que esto podía agradarme. Tomé la rama, todo un arbolito en sí misma, con su racimo de fruta dorada. Le agradecí al Profesor. Al menos, murmuré alguna trivialidad. «Qué encantador… qué gentil de su parte», o algo del estilo. ¿Sabía él, habrá sabido alguna vez o nunca habrá sabido lo que yo estaba pensando? No dije aquello para lo que no tenía tiempo de poner en palabras. O, aunque hubiera tenido el tiempo para decir otra cosa que no fuese un superficial «Qué encantador… qué gran gentileza», no habría confiado en mí misma para pronunciarlo. Allí estaban. Cantaban. Continuaron cantando como el eco de un eco en una caracola —muy lejos, pero a la vez muy cerca—, la misma sustancia de mi oído externo y del caparazón del cráneo, enrollado, intrincado, y dentro del cráneo, el enrevesado, intrincado, ermitaño molusco, la materia encefálica en sí misma. Los pensamientos son cosas. Algunas veces son canciones. No tuve que recordar las palabras, no las había escrito yo. Otro molusco, bajo un duro casco de hueso o caparazón, las había proyectado. Había una música preparada para ellas, que a su vez fue ideada por otro cráneo musical. No, no la música de Schumann —por más bella que sea—, era una canción que cantábamos de niños en la escuela, otro arreglo para las palabras. E incluso las palabras se cantan a sí mismas sin música, por lo tanto, no importa que no haya podido identificar la melodía tal como la tarareábamos. Kennst du das Land?

70

Kennst du das Land, wo die Zitronen blühn?[19]

Las palabras vuelven con singular frescura e intensidad, ahora que, luego de esta larga espera, puedo recordar, sin el insoportable terror ni la angustia abrumadora, aquellas sesiones en Viena. La guerra se ceñía sobre nosotros, antes de que yo tuviera tiempo para resolver, recopilar, revivir, la particular sucesión de eventos y sueños que acontecieron, según el tiempo histórico, al período de 1914 a 1919. Quería cavar y excavar, desmalezarme, fortalecer mi propósito, rearmar mis creencias, canalizar mis energías, y aproveché la inesperada oportunidad de trabajar con el mismísimo Profesor Freud. Nunca podría haber pensado en acercarme a él, ni siquiera haber pensado en preguntarle si era posible, si no hubiera sido por las sugerencias del Dr. Sachs. Había tenido algunas fascinantes entrevistas preliminares con el Dr. Hanns Sachs en Berlín, y quería continuar con el trabajo, pero él partía rumbo a Estados Unidos. El Dr. Sachs me preguntó si aceptaría trabajar con el Profesor, si éste me tomara. ¿Si me tomara? Parecía una sugerencia tan fantástica y, en mi opinión, tan poco probable que el mismísimo Freud me considerara como su analizante o estudiante. Pero si el Profesor me aceptara, no tendría yo ninguna elección que hacer. Iría a él, por supuesto.

71

He dicho antes en estas notas que las interpretaciones del Profesor eran o bien muy esclarecedoras o demasiado deprimentes. Quería decir que, de alguna extraña manera, nos la habíamos ingeniado para llegar a la raíz de las cosas, hoy hemos excavado bien profundo; y de otra manera aún más extraña, nos habíamos acercado al más claro manantial de la alta verdad, como en el luminoso sueño real de la Princesa y del río, que ocurría en el reino de lo que habitualmente llamamos sobrenatural: era una escena o una imagen tomada de aquellos reinos de los que los illuminati recibían sus «credenciales» (me resulta una palabra rara mientras la escribo, pero «se escribió a sí misma»). Mi imagen de la Princesa era parte de una serie exquisita, interminable, proveniente de un manuscrito iluminado, y tenía su lugar en esa categoría entre los libros y los manuscritos. El sueño, recordarán que dije al principio, varía como las personas que conocemos, como los libros que leemos. Los libros y las personas se funden en este mundo de fantasía y de imaginación; sin embargo, podemos diferenciar, con el máximo acierto y precisión, entre los sueños y los diferentes tipos de fantasías: están los sueños más triviales y tediosos, los sueños periodísticos, pero incluso allí hay —en un viejo periódico—, a veces, un indicio de la verdad eterna, o una cita del discurso de algún gran hombre, o alguna historia heroica, entre la basura de los relatos triviales y a menudo sórdidos de los acontecimientos cotidianos. La página impresa varía (impresión barata, buena impresión, mala impresión, impresión borroneada e irregular), están las grandes palabras de los anuncios o las casi invisibles de los prendedores; están las inmensas mayúsculas de un alfabeto en los tableros para niños o de los cubos encastrables; las letras o las ideas pueden aparecer torcidas sobre la página por decirlo así; pueden no tener un propósito; pueden ser estereotipadas y no destinadas a la «lectura» sino a una prueba, como por ejemplo las letras simétricas que no necesariamente «deletrean» algo, en la tabla colgada en la pared del consultorio de un médico o de un oculista o sobre la cama de un hospital. Hay sueños o series de sueños que siguen una línea como un gráfico sobre un mapa u ostentan un áspero y triangular patrón como una rajadura en un jarrón que muestra que el recipiente o el jarrón pueden hacerse pedazos en cualquier momento. Todos conocemos esa línea casi invisible sobre la apreciada mantequera de cristal que predice que

tarde o temprano se hará pedazos, probablemente temprano.

Están todas esas formas, líneas, gráficos, el jeroglífico del inconsciente, y el Profesor había sido el primero en abrir el campo de estudio de esta vasta e inexplorada región. Él deploraba —al menos ante mí— la tendencia a fijar ideas demasiado rígidas hasta establecer símbolos, o a soldarlas inexorablemente. Es cierto que él mismo comenzó a descifrar o decodificar la vasta acumulación de material de lo inconsciente; fue él quien «descubrió petróleo», pero la aplicación del «petróleo», lo que podría o debía hacerse con él, no podía estar enteramente regulado o supervisado por su «descubridor» original. Él descubrió petróleo. Ciertamente había «algo en eso»; sí, un vasto campo para la exploración y —¡ay!— la explotación a cielo abierto. Estaban los Dioses inmemoriales distribuidos en semicírculo sobre el escritorio del Profesor, que se erigía, ya he dicho, como el altar mayor en el Sanctasanctórum. Estaban aquellos Dioses —cada uno el símbolo tallado de una idea o de un sueño inmortal— que algunas personas leían: Bienes.

72

Están las vírgenes prudentes y las vírgenes necias y sus varias lámparas. Unges mi cabeza con aceite —el aceite del conocimiento— y, ciertamente, mi copa está rebosando. Esto pretende ser una reconstrucción personal de la intención y de las impresiones. Yo había comenzado mi investigación preliminar con el propósito de fortalecerme y equiparme para enfrentar la guerra cuando ésta llegase, y para ayudar, de algún modo subsidiario, si mi preparación era suficiente y mis actitudes adecuadas, a la gente conmocionada y destrozada por su llegada. Pero mi propia conmoción personal por la guerra (1914-1919) no daba chances. Mis sesiones con el Profesor habían apenas comenzado cuando aparecieron los signos y símbolos preliminares de la inminente ordalía. Y aquello contra lo que yo quería abiertamente luchar, la guerra, sus causas y efectos, con sus inevitables consecuencias de colapsos neuróticos y de desórdenes nerviosos, se había profundizado. Con la esvástica mortífera entizada sobre el pavimento, camino a la puerta del Profesor, yo debía, con toda decencia, calmar, lo mejor que pudiese, mi propia fobia, mi propio pequeño dragón del terror a la guerra, y con cualquier poder que pudiera reunir o dominar, ordenarle que se fuera, por el mayor tiempo posible, a su caverna subterránea.

Allí gruñó y mordió sus cadenas y sólo fue liberado al final, cuando la totalidad del terror apócrifo del fuego y del azufre de los torbellinos y de la inundación y de la tempestad del bíblico Día del Juicio y de la Trompeta Final dejaron de ser abstracciones, terrores demasiado horrendos para ser pensados, y fueron cosas que sucedían cada día, cada noche, y, en un momento, a cada hora del día y de la noche, a mí y a mis amigos, a toda la gente maravillosa y a toda la gente gris y común de Londres.

73

Y el Ser bondadoso a quien yo había suplicado alejó al Profesor de todo aquello. Se había ido antes de que las explosiones, los bombardeos y los incendios devastaran la ciudad; era un puñado de cenizas, venerado en una urna o esparcido entre la hierba y las flores de los Jardines del Recuerdo, en las afueras de Londres. Supongo que debe haber una placa de mármol allí en el muro del jardín o una cajita en un nicho junto a uno de los senderos. Ni siquiera he ido a mirar, a contemplar un nombre conocido, quizás con una fecha, a deambular por un sendero cubierto de tejos recortados, o más probablemente, de perfumadas y grises lavandas, y pensar en el Profesor. Nuestro Jardín del Recuerdo está en otra parte.

Kennst du das Land, wo die Zitronen blühn,

Im dunkeln Laub die Gold-Orangen glühn,

Ein sanfter Wind vom blauen Himmel weht,

Die Myrte still und hoch der Lorbeer steht,

Kennst du es wohl?

Dahin! Dahin

Möcht ich mit dir, o mein Geliebter, ziehn.

Kennst du das Haus? Auf Säulen ruht sein Dach,

Es glänzt der Saal, es schimmert das Gemach,

Und Marmorbilder stehn und sehn mich an:

Was hat man dir, du armes Kind, getan?

Kennst du es wohl?

Dahin! Dahin

Möcht ich mit dir, o mein beschützer, ziehn.

Kennst du den Berg und seinen Wolkensteg?

Das Maultier sucht im Nebel seinen Weg,

In Höhlen wohnt der Drachen alte Brut,

Es stürzt der Fels und über ihn die Flut;

Kennst du ihn wohl?

Dahin! Dahin

Geht unser Weg! o Vater, lass uns ziehn![20]

74

He dicho que me dejaría llevar por estas impresiones, en lugar de conducirlas yo a ellas. La primera de todas me devuelve al comienzo, a mi primera sesión con el Profesor. Paula ha abierto la puerta (aunque yo no supiera en aquel momento que esa hermosa doncella vienesa se llamaba Paula). Me ha quitado el abrigo y ha hecho un comentario de bienvenida que me incomoda un poco, porque pienso en inglés y sólo se me ocurren palabras inglesas. Me ha llevado a la sala de espera con las cortinas de encaje en la ventana y fotografías enmarcadas de celebridades —a algunas las conozco personalmente: el Dr. Havelock Ellis y el Dr. Hanns Sachs me observan, conocidos pero un poco distorsionados en sus marcos debajo del vidrio reflectante. Está el modesto, atesorado diploma de la pequeña Universidad de Nueva Inglaterra, que luego examinaré, allí enmarcado, y la macabra y detallada impresión del «Enterrado vivo», de estilo dureresco o algo parecido. Espero en esta habitación. Sé que el Prof. Dr. Sigmund Freud abrirá la puerta que me enfrenta. Aunque lo sé y he estado meses preparándome para esta ordalía, estoy, no obstante, desconcertada, sorprendida, incluso impactada, cuando la puerta se abre. Me resulta, después de mi tiempo de espera, que él aparece demasiado de pronto.

Atravieso la puerta en piloto automático. Se cierra. Sigmund Freud no habla. Espera a que yo diga algo. Yo no puedo hablar. Miro a mi alrededor. Como buena amante del arte griego, sigo en automático haciendo un inventario de los objetos de la habitación. Hay objetos invaluables, preciosos, exhibidos sobre los estantes, a izquierda y derecha. Me han contado sobre el Profesor, sobre su familia, sobre su estilo de vida. He oído algunas anécdotas personales de él, que no están al alcance de los lectores de sus libros. He escuchado a sus adoradores hablar de él amorosamente y a sus detractores criticarlo con dureza. Sé que hace alrededor de cinco años tuvo una seria recaída de una grave enfermedad anterior, y que fue otra vez operado de esa forma particularmente nociva del cáncer de boca o de lengua y que de milagro (para el asombro de los especialistas vieneses) se recuperó. Me parece, de algún modo extraño, que ambos nos hemos

«salvado de milagro» para algún propósito. Todo esto es una sensación, una atmósfera, algo que advierto o percibo pero que no puedo poner en palabras o en pensamientos. No podría haberlo puesto en palabras ni siquiera si me hubiera dado cuenta entonces. Sí sé que es un gran privilegio estar aquí, de esto sí me doy cuenta. Estoy aquí porque el Dr. Sachs me sugirió venir y le escribió al Profesor para que me recibiera. El Dr. Sachs había hablado muy bien del Profesor y algunas veces, con gentil ironía, se había referido a la «pobre señora del Profesor». Pero nadie me había dicho que esta habitación estaba repleta de tesoros. Yo debía saludar al Viejo del Mar, aunque nadie me hubiera contado acerca de los tesoros que había recuperado de sus profundidades.

75

Él se siente en casa aquí. Él es parte integral de estos tesoros. Yo he venido desde lejos y no he traído nada conmigo. Él tiene a su familia, la tradición de una familia ininterrumpida, remontándose a través de este viejo corazón del Imperio Romano hasta la Tierra Santa.

Ah, Psyche, from the regions which

Are Holy Land![21]

Él es el símbolo infinitamente antiguo que pesa el alma en la balanza: Psique. ¿Saluda el Alma, al atravesar los portales de la vida y entrar a la Casa de la Eternidad, al Guardián de la Puerta? Así parece. Yo debí haber pensado que el Guardián de la Puerta, sintiéndose en casa detrás del umbral, saludaría al alma temblorosa. No ocurrió así con el Profesor. Pero, tras esperar y advertir que yo no hablaría o no podía hablar, él se pronunció. Lo que dijo —y me pareció que un poco triste— fue: «Usted es la única persona que ha entrado alguna vez en esta habitación y ha mirado las cosas que hay en ella antes de mirarme a mí».

Lo peor estaba por venir. Una pequeña criatura parecida a un león se me acercó tambaleando. Era parecida a una leona, en verdad. Ella había emergido del santuario interior o se había manifestado desde abajo o desde atrás del diván y continuó su camino a través de la alfombra. Incómoda, tímida, abrumada, me incliné para saludar a esta criatura. Pero el Profesor dijo: «No la toque, mordisquea. Es muy mañosa con los extraños». ¿Extraños? ¿Acaso el Alma que cruza el umbral es una extraña para el Guardián de la Puerta? Así parece. Aunque no soy una gran amante de los perros, me gustan y a veces ellos me aceptan, de una manera rara e inesperada. Si esta es una excepción, parezco

dispuesta a correr el riesgo. Nada intimidada pero sí angustiada por los modos prohibitivos del Profesor, no sólo continúo mi gesto hacia la pequeña chow, sino que me agacho en el suelo para que pueda morder mejor si quiere hacerlo. Yofi —su nombre es Yofi— acurruca su cabeza en mi mano y frota su hocico, con delicada simpatía, contra mi hombro.

76

Otra vez puedo afirmar que el Profesor no siempre estaba en lo cierto. Quiero decir, sí, él siempre acertaba en sus juicios, pero mi criterio, mi intuición, a veces funcionaba una fracción de segundo (eso hace toda la diferencia en los cómputos espirituales del tiempo) más rápido. Yo era más veloz en algunas instancias intuitivas, y a veces un pequeño zarcillo de raíz del gran Árbol de la Ciencia calaba más hondo en los subsuelos. Suyas eran las gigantes y grandiosas raíces de ese árbol, pero las mías, con antenitas casi invisibles como capilares, a veces blandían una advertencia o resolvían un problema, por caso ante el impacto de esa palabra extraños. «Le mostraremos», replica la raicilla intuitiva invisible, y, sin formar pensamiento alguno, las palabras «ámame, ama a mi perro» aparecen para incitarme. «Ya verá si le soy indiferente o no», refunfuña mi emoción, aunque no en palabras. «Si él es tan sabio, tan inteligente» —da su mensaje la más diminuta raicilla del subsuelo—«demostrale que vos también sos sabia e inteligente. Mostrale que tenés otros medios para descubrir cosas acerca de la gente más allá de observar su mera apariencia exterior». Mi intuición desafía al Profesor, aunque no en palabras. Esa intuición no puede ser transformada en palabras, pero si se pudiera, se convertiría en algo parecido a esto: «¿Por qué debería mirarlo a usted? Usted está presente en las cosas que ama, y si me acusa de mirar a las cosas de esta habitación antes de mirarlo a usted, bueno, seguiré mirando a las cosas de esta habitación. Una de ellas es esta perrita dorada. Muerde, ¿no es así? Me llama extraña, ¿no es así? Bueno, le mostraré dos cosas: una, no soy una extraña; dos, incluso si lo era hace dos segundos, ya no lo soy. Y además nunca fui una extraña para esta pequeña y dorada Yofi».

El desafío sin palabras continúa: «Usted es un gran hombre. Yo estoy abrumada y avergonzada, soy tímida y asustadiza y torpe como una colegiala un poco grandota. Pero escuche. Usted es un hombre. Yofi es una perra. Yo soy una mujer. Si esta perra y esta mujer se aceptan una a la otra, eso probará que, detrás de su criticismo cáustico —si de crítica se trata—, hay otra región de causa y efecto, otra región de pregunta y respuesta». Indudablemente, el Profesor obtenía

una pista importante de la primera reacción de un nuevo analizante o paciente. Yo no estaba, como se ve, preparada para esto. Habría sido peor para mí si lo hubiera estado.

77

«Por casualidad o por intención» comencé estas notas el 19 de septiembre. Al consultar mi calendario de «Misterios de los Antiguos», encontré que el Dr. W. B. Crow había asignado esta fecha a «Thot, forma egipcia de Mercurio. Portador de la Balanza de la Justicia. San Genaro». Y sabemos de Jano, el antiguo guardián romano de las puertas y portales, patrono del mes de enero que le era consagrado, con todos los «comienzos».

Jano era bifronte, tal como se abren y cierran las puertas. Aquí en esta habitación, tenemos nuestras entradas y nuestras salidas. He notado, también, los cuatro lados de la habitación, y tocado el problema de la cuarta dimensión: la «dimensión adicional atribuida al espacio por una especulación hipotética» es la definición cómica del diccionario. El viejo Jano era, además, el guardián de las estaciones, esa secuencia que divide el año en cuatro. Thot era el medidor original, el prototipo egipcio del posterior griego Hermes. Hice la conexión con el aún más tardío Mercurio romano, nuestro Holandés Errante.

En cuanto a mí, había una historia que me encantaba. La tenía enteramente «olvidada», pero de pronto la recuerdo. Es una historia sobre un viejo farero llamado Capitán Enero y sobre un niño náufrago.

Apenas habíamos comenzado nuestras investigaciones, nuestros «estudios», el viejo Profesor y yo.

Este es sólo un comienzo, pero aprendí hace poco (otra vez del Dr. Crow) que «el sello de la Universidad Hipocrática ostenta la cruz Tau, entrelazada con la serpiente, la exacta figura usada por los primeros artistas cristianos para representar la serpiente que Moisés alzó del desierto». Mi figura de la serpiente y el cardo obviamente porta alguna relación oculta con esto.

Era Asclepios de los griegos a quien llamaban el médico intachable. Era el hijo del sol, de Febo Apolo, y la música y la medicina eran a la par sagradas para esta fuente de luz. Este mitad hombre, mitad dios (por decreto del Destino) fue un poco demasiado lejos cuando comenzó a resucitar a los muertos. Lo destruyó el rayo de una deidad vengativa, pero Apolo, neutralizando la ira de su padre, colocó a Asclepios entre las estrellas. Nuestro Profesor se erguía de este lado del portal. No pretendía traer de regreso a los muertos que ya habían cruzado el umbral, pero sí resucitaba de los corazones muertos, de las mentes perturbadas y de los cuerpos inadaptados, a una hueste de niños y niñas vivos.

Una de estas niñas se llamaba Mignon. No era, claro está, mi nombre. Es cierto que yo era pequeña para mi edad, mignonne[22], pero no era, decían, linda, ni tampoco era —esto resultaba fácil de ver— singular e inteligente e ingeniosa como mi hermano. ¿Mi hermano? ¿Soy acaso la guardiana de mi hermano? Así parece. Muchos de estos hermanos cayeron en los campos de Francia, en aquella primera guerra. Muchos otros cayeron desde entonces. Incontables jóvenes y alados Mercurios, aplomados, disciplinados, valientes, habían caído desde el aire para unirse a la gran hueste de los muertos. ¿Guía de los Muertos? Ese era Hermes de los griegos, quien tomó dicho atributo de Thot de los egipcios. La cruz T o cruz Tau se volvió el caduceo con dos serpientes enroscadas, otra vez correspondiente con la cruz T o cruz Tau que Moisés recogió en el desierto.

¿Soy la guardiana de mi hermano? Hasta donde me lo permiten mis pensamientos desobedientes… y más allá de donde pueden llevarme los obedientes. Porque el Profesor no siempre estaba en lo cierto. Él no sabía —¿o sí?— que yo miraba las cosas en su consultorio antes de mirarlo a él, porque advertía que las cosas en su consultorio eran símbolos de la Eternidad y él era parte de ellas entonces, como lo es ahora de la Eternidad.

79

Este viejo Jano, este amado guardián del faro, el viejo Capitán Enero, cerró la puerta a las especulaciones trascendentales o al menos transfirió su simbolismo oculto o escondido a las regiones ocultas o escondidas de las reacciones, de los sueños, de las asociaciones de pensamientos o de las «transferencias» de la mente humana individual. Era el individuo humano lo que le interesaba, sus reacciones personales ante los problemas cotidianos, la relación del niño con su entorno, con sus amigos, sus profesores, y por sobre todo con sus padres. En cuanto a lo que ocurre después de esta vida… nosotros, como individuos, como miembros de una raza, una cofradía de cuerpos que se bifurca en muchas diferentes ramas individuales, habíamos aprovechado tan poco la enseñanza iluminadora del Maestro que dio su nombre a esta era, que estaba bien que un Profeta, de acuerdo a la antigua tradición de Israel, se elevara para cerrar la puerta a las visiones del futuro, de la otra vida, y se encumbrara como el Centurión Romano ante las puertas de Pompeya, quien jamás se movió de su puesto del pórtico ya que nunca recibió órdenes de hacerlo, y quien quedó, entonces, para el asombro de las generaciones posteriores, embalsamado en lava endurecida, eternizado en el mismo fuego y en las mismas cenizas que primero lo destruyeron.

«Al menos no me quemaron vivo en la hoguera». ¿Dijo esto el Profesor o alguien lo dijo por él? Creo que él fue quien lo dijo. Por poco no ocurrió… literalmente… y anoche, aquí en Londres, aparecieron los habituales chillidos de sirenas, las alertas, cada una seguida de los aún más ensordecedores y angustiantes «pasó el peligro» que, en tanto epílogos del verdadero terror, suenan incluso más devastadores. Liberados de la amenaza del verdadero peligro, tenemos tiempo para pensar en él. Y las «alertas» y los «pasó el peligro» suenan al compás de explosiones, cerca o lejos, a las tres de la mañana, a las siete, o con intervalos menores… la guerra no ha terminado. Eros y Muerte, esos dos eran los temas principales —de hecho, los únicos temas— de la preocupación eterna del Profesor. Siguen entrelazados, peleando. Hércules luchó

con la Muerte y sigue luchando. El Profesor proclamó el poder hercúleo de Eros y bien sabemos que está escrito desde el principio: más fuerte que la Muerte es el Amor.

No era otra cosa más que el amor a la humanidad lo que llevó al Profesor a colocarse como guardián de la puerta. La creencia en la supervivencia del alma, en una vida después de la muerte —escribió el Profesor—, era la fantasía última y más grande, el gigantesco cumplimiento de deseo que había construido, a través de los tiempos, la elaborada y precisa noción de una otra vida. Quizá él creía en esto. Si es así, es una prueba más de su coraje de Centurión. Se erigiría en guardián, redirigiría la corriente de consciencia otra vez hacia canales útiles, hacia canales de irrigación, para que nada de ese poder se perdiera. Limpiaría los establos de Augías, domesticaría al león de Nemea, capturaría al jabalí de Erimanto, libraría las ciénagas del inconsciente de los pájaros de Estínfalo. Estas cosas debían ser hechas. Él indicó ciertos modos para hacerlas. Hasta tanto no cumpliéramos las doce tareas, parecía reiterar, nosotros (la humanidad) no tenemos derecho a descansar, como si fuera sobre almohadones de nube, en las fantasías y los sueños de una vida después de la muerte.

Quería apartar este sueño de cielo, esta esperanza de vida eterna, de las capas superiores del pensamiento racional. Alguien escribió en alguna parte algo al respecto del corajoso pesimismo de Freud. Tenía pocas esperanzas para el mundo. Sabía por qué la gente se había reído de sus primeros descubrimientos en La interpretación de los sueños o en El delirio y los sueños, y en los demás trabajos. Les respondió a sus primeros detractores con su ensayo sobre el ingenio y el humor —creo que es imposible valorarlo o apreciarlo en la traducción—, e incluso un observador superficial de sus maneras de hacer frente a sus antagonistas habría tenido que aceptar que la espada de su ingenio, de haber encontrado un adversario digno para medirse, no tendría rival. Él no deseaba demostrar que la gente estaba equivocada, sólo quería mostrarles el camino y advertirlos de que otros habían impuesto ideas en ellos que podrían resultar destructivas. Incluso escribió un desapasionado y posterior ensayo, razonado, calmo, sobre las causas del renacimiento del odio hacia los judíos.

80

Hubo otro judío que dijo: el reino de los cielos está dentro de ustedes[23]. También dijo: a menos que se vuelvan pequeños niños, no entrarán en el reino de los cielos[24].

81

Others abide our question. Thou art free.

We ask and ask — Thou smilest and art still,

Out-topping knowledge. For the loftiest hill,

Who to the stars uncrowns his majesty,

Planting his steadfast footsteps in the sea,

Making the heaven of heavens his dwelling-place,

Spares but the cloudy border of his base

To the foil'd searching of mortality;

And thou, who didst the stars and sunbeams know,

Self-school'd, self-scann'd, self-honour'd, self-secure,

Didst tread on earth unguess'd at. — Better so!

All pains the immortal spirit must endure,

All weakness which impairs, all griefs which bow,

Find their sole speech in that victorious brow[25].

Fui impulsada (casi compelida) a copiar esto. Es, por supuesto, el conocido soneto a Shakespeare de Matthew Arnold. No tenía intenciones de incluirlo en estas notas, pero quizá mi inconsciente o mi subconsciente reconoció cierta familiaridad intelectual en esa «frente victoriosa». Y en esta última línea, hay

una suerte de cifrado isabelino, una referencia oculta: un hallazgo personal, pero, para nuestros propósitos, particularmente atractivo. Tenemos victoriosa o victoria, Sieg, y la única voz, la voz, o palabra, o expresión, Mund, Sigmund. Ahí está este soneto, como si lo hubiéramos escrito nosotros, para esta ocasión, para estas memorias, y está también el poema lírico, más personal, del poeta alemán Goethe, al que me he referido antes en estas notas. No puedo recordar el arreglo musical —no el de Schumann— que algunos contemporáneos y yo, cuando niños, cantábamos en la escuela, pero, en lo atinente al Profesor, había ciertamente música; había música en cada sílaba que murmuraba y había música implícita en su nombre, el Sieg-mund, la voz o la expresión victoriosa. Había habido música por todas partes en Viena, estaba Beethoven, abrumado y torturado con sus sinfonías; Mozart, frágil e impecable y abandonado y tempranamente muerto. Estaba Schumann, por supuesto, y el nombre de Schubert estaba asociado con el pueblo o el suburbio de Grinzing, no lejos de Döbling, donde el Profesor tenía su residencia de verano aquel primer año en que estuve en Viena. La ciudad era aclamada por el mundo como el corazón y el centro de la música y de sus amantes. Y aquí estaba el músico maestro, él, también, hijo de Apolo, quien armonizaba la totalidad del espíritu humano, quien, como Orfeo, apaciguaba a las bestias del inconsciente o del subconsciente y les devolvía la vida a los pensamientos y los recuerdos sepultados bajo las piedras.

82

«Por casualidad o por intención» comencé estas notas el 19 de septiembre, día consagrado a Thot y luego a San Genaro, un nombre asociado con el Jano de los romanos, patrón de las puertas y portales, guardián de los «comienzos». No elegí esta fecha de forma consciente, aunque, como miro el calendario de tanto en tanto, mi subconsciente me debe haber conducido a ella. Pero, por una «intención» bien definida, terminaré estos «comienzos» hacia el 2 de noviembre, día en que se encienden las velas por las almas de los muertos.

Es la Víspera de Todos los Santos, Halloween; de modo que mañana es el 1° de noviembre de 1944, el Día de Todos los Santos. El antiguo ángel Miguel, luego el Arcángel San Miguel de la Revelación, es regente del planeta que todavía llamamos Mercurio. Y no nos sorprende ver, en los frescos del Renacimiento, a San Miguel vistiendo las sandalias aladas e incluso a veces el clásico casco alado de mensajero de los dioses. Pero prefiero para el Profesor el día que sigue al de Todos los Santos. Le interesaban más las almas que los santos.

83

Una de esas almas se llamaba Mignon, aunque su cuerpo no le quedaba muy bien a su nombre. Era pequeña, mignonne, y nada linda, según decían. Era una niña entre dos muchachos, aunque, irónicamente, lucía apagada y ratonil, mientras que los muchachos andaban siempre dorados y relucientes. No era linda, decían. Luego sí dijeron que era linda, pero creció, de pronto, alta como la maleza. Entonces dijeron, sorprendidos: «Es sin dudas muy linda, pero ¿no es una pena que sea tan alta?». El alma se llamaba Mignon, y evidentemente no encajaba con su cuerpo.

Se encontró a sí misma en una canción. Lástima que la melodía está perdida.

84

En el último verso del poema de Johann Wolfgang Goethe está la línea:

Es stürzt der Fels,

la roca se parte o se cae hasta las ruinas, y en verdad es este nuestro predicamento presente; pero

und über ihn die Flut

que sigue, da la impresión de un río vital; aunque «y sobre ella el torrente» sea la traducción literal. Ruinas y el torrente, pero queda nuestra Arca o Barca —la he llamado canoa— que puede, aun ahora, llevarnos a través de los canales embravecidos hasta un puerto seguro. La Mignon del poema de Goethe se une a nosotros en nuestro ritual de preguntas y respuestas. Allí estaban los signos de interrogación, como he llamado al patrón de S imperfectas e invertidas del escrito-en-la-pared en la isla griega de Corfú, allá por la primavera del año 1920. Allí estaba la S o la serpiente de mi piedra angular original, el símbolo enigmático que un amigo de la infancia, mi primer poeta «vivo», Ezra Pound, tradujo para mí. Estaba la S como serpiente, compañera del cardo, el símbolo que sugiere páramos y desiertos; pero se nos ha dicho que el desierto florecerá como la rosa, y fue en el desierto donde Moisés levantó su estandarte, la antigua cruz T o cruz Tau del Thot de los egipcios. El Profesor había estado trabajando en una continuación de su «Moisés, el egipcio», aunque no habíamos hablado de ello cuando tuve mi sueño «real» de la princesa egipcia. Me preguntó entonces si yo era la niña Miriam, que en el grabado de Doré permanecía semi-oculta entre

los juncos del río, al cuidado del recién nacido que llegaría a ser el líder de un pueblo captivo y fundador de una nueva religión. ¿Miriam? ¿Mignon?

Ella hace la pregunta. Cada verso del poema es una pregunta o una serie de preguntas. ¿Conoces el país? ¿Conoces la casa? ¿Conoces la montaña?

Kennst du den Berg und seinen Wolkensteg?

«¿Conoces la montaña y su puente entre las nubes?» es una traducción bastante caprichosa, pero la idea de una montaña y un puente es muy conveniente para toda esta interpretación del Profesor y de nuestro trabajo juntos. Steg en realidad significa tablón; la traducción más exacta es puente peatonal. No es un puente para una muchedumbre, y es un puente colgante sostenido sobre el abismo, no edificado ni martillado ni construido. Hay muchas construcciones y edificaciones psicoanalíticas: están los Dioses que algunas personas leen como Bienes. Lidiamos aquí con el reino de la fantasía y de la imaginación, colgante sobre el abismo, y éstos son versos escritos por un poeta. Las líneas que siguen, escritas por el mismo poeta, parecen más que apropiadas para nuestro asunto:

Das Maultier sucht im Nebel seinen Weg,

«El burro[26] busca su camino a través de la niebla». Hay muchos burros que han transitado por los senderos bajos y más fácilmente trazados de esta montaña. Sobrecargados con su equipamiento intelectual o cegados por las anteojeras del prejuicio, giran y giran en círculos y vuelven al establo sacudiendo sus cabezas con tristeza sobre su propia locura y sobre la locura más grandiosa de la montaña que los seduce. Hay otros burros que siguen adelante: burros fieles. Encuentran su arquetipo en la escena del pesebre de Navidad.

Y nuestra propia fobia está aquí junto a la hueste de fobias aliadas, el dragón y sus crías, el monstruo de cabeza de Hidra, asunto de otro de los doce trabajos de Hércules.

In Hohlen wohnt der Drachen alte Brut,

la Antigua cría del Dragón vive en las cuevas. Como el cristiano poeta puritano, John Bunyan, debemos arremeter contra estos peligros y atravesarlos. Kennst du ihn wohl? ¿Conoces realmente ésta y todas esas cosas? Si alguien las conoció alguna vez, es el viejo Profesor. ¿Y no fue acaso San Miguel quien expulsó a la vieja bestia aborigen? Thot, Hermes, Mercurio, y por último Miguel, Capitán o Centurión de las milicias del cielo.

Es el alma, más que los santos y los ángeles, lo que nos interesa: podemos llamarla Miriam o Mignon.

Kennst du das Land, wo die Zitronen blühn?

«¿Conoces el país donde florece el naranjo?». Fue un día de invierno cuando el Profesor me dio una rama de un naranjo con hojas oscuras, parecidas a las del laurel.

Im dunkeln Laub die Gold-Orangen glühn.

Sobre las hojas oscuras resplandece el oro fulgurante de las naranjas.

Ein sanfter Wind vom blauen Himmel weht;

Sí, estaba oscuro y frío y desde el horizonte resonaba el estruendo de los carros de guerra. Pero, sobre el viejo Profesor y sobre esta alma particular, un plácido viento soplaba desde un cielo sin nubes. Tan suave era el viento que al mirto —que, con la rosa, están consagrados al Amor— no se le agitaba una hoja, y el laurel crecía allí muy alto.

Die Myrte still und hoch der Lorbeer steht

Allí está todo: la interrogación lírica y la insinuación de que con ella nos es dada la respuesta. Es ésta: ¿conoces el país?; pero lo conoces, ¿no es así? ¿La casa? ¿La Montaña? Es una extraña tierra, extranjera, un país de asociaciones clásicas, el mirto de Afrodita y el laurel de Apolo. Sí conoces la casa, ¿no es así? Su techo se apoya sobre columnas, como el techo original del templo de Karnak o el Partenón de Atenas. Esta casa parece más cercana en el tiempo; a la entrada está la gran habitación o Saal con sus lámparas y sus candiles ardientes, y más allá está el cuarto o los cuartos interiores, tapizados o pintados brillantes, el Gemach o aposento. Es allí donde encontramos las estatuas, las Marmorbilder, tal como yo había encontrado las pequeñas imágenes en la habitación más allá del consultorio, sobre el escritorio del Profesor. Las estatuas miran y miran y parecen decir: ¿qué te ha pasado?

Was hat man dir, du armes Kind, getan?

Pobre niña, pobre alma trémula y desamparada. Pero, ¿la conoces?, por supuesto que sí. Quiero ir allí contigo, oh, Guardián mío (oh, Protector mío),

Mit dir, o mein Beschützer, ziehn.

La tierra o el país, la casa, la montaña… podemos reposar en el jardín, podemos acobijarnos dentro de esa casa; es tan hermosa; me hace pensar en la Ca d'Oro, la Casa de Oro que está en el Gran Canal de Venecia. Es la domus aurea de la letanía lauretana, y la totalidad del poema en su simbolismo sigue el ciclo progresivo del alma. El jardín, la casa, la montaña. La montaña es muy alta, porque está coronada, como el Olimpo, de nubes, pero está el Wolkensteg, el puente de nubes o el sendero peatonal. No es un puente muy amplio, los abismos y las cimas donde vive el antiguo dragón son profundos y terribles. (Hemos excavado bien profundo, dijo el viejo Profesor). Rocas y ruinas dispersas yacen a nuestros pies y el rugido amenazante de la catarata aún resuena en nuestros oídos. Pero si hay alguien, entre todas las personas, que lo sabe, son ustedes, ¿no es así?, pregunta el alma inquieta; mientras que el burro afanoso continúa su camino entre la niebla. Oh, vayámonos juntas, ruega el alma, la Mignon del poeta Goethe; vayámonos, Oh, amado mío, dice al principio,

O mein Geliebter,

Luego: Oh, mi guardián, mi protector,

O mein Beschützer,

Y, al final, no pregunta si puede ir; ni exclama si pudiéramos ir; sino que la simple afirmación aparece, junto con las rosas blancas —o con las gardenias aún más blancas, como fue en realidad— de la suma veneración.

Dahin! Dahin

Geth unser Weg! O Vater, lass uns ziehn!

Londres,

19 de septiembre de 1944

2 de noviembre de 1944

1 N. del T.: «Brooks» significa «arroyos» en inglés.

2 N. del T.: juego de palabras entre Gods y Goods que queda perdido en la traducción.

3 N. del T.: en alemán en el original. Rango militar asimilable a «capitán de caballería».

4 N. del T.: en francés en el original: prestancia, pericia, «saber hacer».

5 N. del T.: cuento infantil de fines del siglo XIX, escrito por Ouida y traducido como «La estufa de Núremberg».

6 N. del T.: la voz inglesa «matches» del original juega con el equívoco. Significa «fósforos» (lo cual indica el peligro del fuego), pero también significa «parejas» (lo que insinúa el peligro del encuentro) y «partidas» o «contiendas».

7 N. del T.: «indian summer» en el original. Expresión que nombra a un breve período de calor o de verano en otra estación, un «veranito», como la expresión española «veranillo de San Juan».

8 N. del T.: la autora se refiere a La balada del Viejo Marinero (en su original: The rime of the Ancyent Marinere), poema de Samuel Taylor Coleridge publicado en 1798.

9 Por largo tiempo habituado a errar por mares desesperados / tu cabello de Jacinto, tu rostro clásico / tus aires de náyade, me han devuelto a casa / a la gloria que fue Grecia / a la grandeza que fue Roma.

10 N. del T.: se refiere al primer poema To Helen de Edgar Allan Poe, inspirado en Jane Stith Craig Stanard, traducido habitualmente como «A Elena» y publicado en 1831. El segundo, de 1849, fue inspirado en Sarah Helen Whitman.

11 N. del T.: en inglés spirit lamp (literalmente «lámpara de espíritu») nos enfrenta a un juego de palabras que la autora asocia y que se pierde en la traducción.

12 N. del T.: se conserva la palabra original utilizada por la autora. Si bien, en la época, no tenía el uso extensivo que tendría después, en la actualidad es un préstamo lingüístico que toman muchas otras lenguas para referir una particular singularidad o rareza de algo o de alguien. Forzar una traducción del término implicaría una pérdida de sentido que, en el caso de esta palabra y de su utilización encomillada por la autora, sería total.

13 N. del T.: una «christmas cracker» es una galleta que viene en un tipo de envoltorio brilloso que adentro trae una sorpresa y al abrirlo hace un ruido parecido a la pirotecnia.

14 N. del T.: In hoc signo vinces es una voz latina que se traduce como «por/con/en este signo vencerás» o «por esto la victoria». Tomada del griego «εν τούτῳ νίκα», la habría adoptado Constantino I, luego de tener una visión de la cruz cristiana y oír dichas palabras, antes de su triunfo en la batalla del Puente Milvio, contra Majencio, en el año 312 d.C., según relata Eusebio de Cesárea en su obra Vita Constantini.

15 N. del T.: en latín en el original. Frase supuestamente pronunciada por Julio César al ver a su hijo, Marco Junio Bruto, siendo parte de la capitulación que le diera muerte. Su veracidad es discutida. Sí aparece dicha por él en la tragedia «Julio César», de Shakespeare.

16 N. del T.: en alemán en el original. Se traduce como: «¿Conoces la tierra? / ¿Conoces el país?».

17 N. del T.: «The singing voice». Juego de palabras que propone la autora entre Sigmund y «Singmund» (formado por «sing» —cantar en alemán— y «mund» —boca, en el mismo idioma—).

18 N. del T: continúa con otro juego de palabras. Esta vez entre «sieg» —victoria, triunfo— y «mund», antes explicada.

19 N. del T.: en alemán en el original: «¿Conoces el país donde florece el limonero?».

20 N. del T: en alemán en el original, se trata de un poema que Goethe coloca en boca del personaje Mignon, en su novela Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister (1795): «¿Conoces el país donde florece el limonero / resplandece el oro fulgurante de las naranjas sobre las hojas oscuras / sopla un suave viento bajo el cielo azul, / el mirto se detiene silencioso y el laurel se yergue? / ¿Lo conoces acaso? / ¡Hacia allí! ¡Hacia allí / quisiera yo ir contigo, amado mío! / ¿Conoces la casa? Sobre columnas descansa su techo, / la sala refulge, el aposento brilla / y las estatuas de mármol se alzan ante mí contemplándome: / ¿Qué has hecho, pobre criatura? / ¿La conoces acaso? / ¡Hacia allí! / ¡Hacia allí / quisiera yo ir contigo, mi protector! / ¿Conoces la montaña y su puente entre las nubes? / La mula busca su camino entre la niebla; / en las cuevas habita la vieja raza del Dragón; ¡Al abismo se arroja la roca y sobre ella el torrente! / ¿La conoces acaso? / ¡Hacia allí! / ¡Hacia allí / sigue nuestra senda! / ¡Oh, padre, pongámonos en marcha!».

21 ¡Ah, Psique, de las regiones que / Son Tierra Santa!

22 En francés en el original.

23 N. del T: Evangelio de San Lucas, XVII, 21.

24 N. del T: Evangelio de San Mateo, XVIII, 3.

25 N. del T: poema de Matthew Arnold (1822-1888) titulado «Shakespeare»: «Otros sostienen nuestra pregunta. Tú eres libre. / Nosotros preguntamos sin cesar — Tú sonríes y te quedas en silencio, / Superando el conocimiento. Puesto que la cima más alta, / Cuya majestad destrona a las estrellas, / Clava sus firmes pisadas en el mar, / Y hace del cielo de los cielos su morada, / Oculta todo,

excepto los límites nebulosos de su base / A la frustrada exploración de los mortales; / Y tú, que conociste las estrellas y los rayos del sol, / Autodidacta, autocrítico, por ti mismo honrado, seguro de ti, / Pasaste por la tierra inadvertido. — ¡Mejor así! / Todos los dolores que el espíritu inmortal debe soportar, / Todas las debilidades que dañan, todas las penas que agobian, / Encuentran su única expresión en esa frente victoriosa».

26 N. del T.: Hilda Doolittle traduce el alemán «maultier» por burro en el original.

ADVENIMIENTO

1

2 de marzo de 1933

Lloré demasiado fuerte… fui al viejo y amaderado restaurante donde estaban las pinturas, parecidas a las que hacía mi madre, escenas de Suiza, montañas, casita a media altura en la colina, un arroyo corriendo debajo del puente. Al igual que en su secuencia, también había allí algunos paisajes nevados de la época victoriana. Los antiguos cuadros de los aserraderos, el río Lehigh, las glorietas enrejadas, el parque de ciervos del seminario donde su padre fue director durante muchos años, sugieren cierto parentesco con estos óleos desgastados. Hay algunos estudios de naturaleza muerta, manzanas con una jarra marrón y el usual ramo de peonías dobles con un tallo de delfinio azul, como vemos en las galerías de arte, pero en este caso se trata de pinturas caseras, campechanas, sin valor intrínseco.

Mi madre y yo visitamos un pueblo austríaco parecido a estas pinturas: fue a comienzos del verano de 1913, luego de que dejáramos Italia. Mi padre había regresado a Estados Unidos, según dijo, «para comprar un par de zapatos». Había una representación de la Pasión. Recuerdo a mi madre hablando sobre un puente de madera con una mujer del pueblo que decía que Judas era el pescador. Mi madre hablaba perfecto alemán. Nos alojamos en una posada. Todo lo que recuerdo es que la camarera me llamaba backfisch[1] y nuestro deleite ante las láminas enmarcadas, a color, del viejo emperador de Austria y de la emperatriz con su escote azul y sus perlas. Probablemente era Innsbruck. La gente del pueblo —no recuerdo su nombre— acogía a los visitantes en sus propias casas, cabañas o chalets de madera (semejantes a las de esas pinturas desgastadas), y nos circundaba una sensación más bien abrumadora por el Cristo tallado en madera que había en cada esquina del pueblo y en la entrada al viejo puente.

Deambulé sola a través del puente pero no me aventuré muy lejos. El bosque me resultaba amenazador.

En Navidad, teníamos liquen de ciervo debajo del árbol. Nuestro abuelo nos hacía con ello ovejas de barro.

Lloré demasiado… no sé qué recordé: el tormento de las frías enfermeras parecidas a monjas, en la época de mi primera internación en Londres, primavera de 1915; la conmoción del Lusitania hundiéndose justo antes de que mi niño naciera muerto; el miedo a ahogarme; jóvenes muchachos en uniformes azules de hospital sentados en los bancos del parque; los sentimientos antibélicos de mi padre y su violenta volte-face[2] en 1918; mi matrimonio fallido; un breve período con amigos en Cornwall en 1918; el telescopio de mi padre, el microscopio de mi abuelo. Si me dejo llevar (yo, esta singular gota, este singular ego debajo del microscopio-telescopio de Sigmund Freud) temo disolverme completamente.

Tuve lo que Bryher llamó la experiencia del doble ego de la «medusa»: una campana de cristal o un hemisferio de vidrio transparente desplegado sobre mi cabeza como una campana de buceo, y otra, surgida desde mis pies, que me confinó, por un instante, en St. Mary's, Islas Sorlingas, en julio de 1918, inmunizada o aislada del desastre de la guerra. Pero no podía quedarme allí: me re-materialicé y Bryher me llevó a la primavera de 1920 en Grecia.

Mi hermano mayor y yo tomamos la lupa de nuestro padre, y me enseñó cómo «quemar papel». Nuestro padre nos detuvo porque consideró que era peligroso «jugar con fuego».

Cuando le dije al Profesor Freud que me había casado en 1913, él respondió: «Ah, hace veinte años».

Sigmund Freud es como el curador de un museo, rodeado por su invaluable colección de tesoros griegos, egipcios y chinos. Es «Lázaro, levántate y anda». Es como D. H. Lawrence, envejecido pero con una percepción madura y astuta. Sus manos son sensibles y frágiles. Es el partero del alma. Es él mismo el alma. Su pensamiento golpea en mi frente como una polilla muerta. Él no es la esfinge sino la polilla-esfinge, la polilla cabeza de muerte.

No es de extrañar que esté asustada. Dejo entrar a la muerte por la ventana. Si no permito que el cristal, delgado como el hielo, de mi intelecto proteja mi alma o mi emoción, dejo entrar a la muerte.

Quizá sea tratada con una droga psíquica y me lleve un frasco precioso e innominado de esta caverna. Quizá aprenda el secreto y sea la sacerdotisa con poder sobre la vida y sobre la muerte.

Él golpea en mi almohada o en la cabecera del viejo diván sobre el que yazgo. Está enojado conmigo. Su pequeña chow, Yofi, se sienta a sus pies. Formamos un antiguo ciclo o círculo: el hombre sabio, la mujer, y la leona (¡como él llama a su chow!).

Él es judío. Como el último Profeta, desea derribar la antigua ley del Levítico: muerte por lapidación para el vagabundo e inimaginables castigos para el inmoral. La antigua ley victoriana es dura; Havelock Ellis y Sigmund Freud la atemperaron para mi generación.

Kenneth Macpherson me llamaba «ángel registrador». Me esforzaré por registrar la semilla en la manzana pintada, en el cesto pintado que cuelga a la izquierda de la cómoda de madera, en línea recta con mis ojos, apenas levanto la vista de mi

cuaderno de notas. La pintura está ensombrecida por el humo y la humedad del invierno, pero debe haber semillas negras en las manzanas pintadas, debe haber vino blanco en la jarra pintada. Yo quería pintar como mi madre, aunque ella se reía de sus pinturas que nosotros tanto admirábamos.

Mi padre salió a la intemperie, las estrellas lo guiaban. Las almas humanas guían a Sigmund Freud.

En Corfú, primavera de 1920, entre mis muchas fantasías, imaginé que venía una figura vestida con tela de arpillera. No era, en apariencia, el clásico Mesías, aunque sus palabras me hicieron pensar que era Cristo. Dijo: «Fuiste amable una vez con uno de los míos». ¿Con quién fui amable?

Había un judío ruso-americano, John Cournos o, tal como él decía llamarse, Ivan Ivanovitch Korshun. No creo que Korshun esté bien escrito, pero así lo pronunciaba él, y, según recuerdo, también decía que Korshun significaba halcón.

Había otro, un tal Sr. Brashaer, famoso óptico que colocó los lentes en el telescopio Zenith de mi padre. ¿Eran éstas las lentes que imaginé en las Islas Sorlingas o las dos lentes convexas que llamé campanas de cristal?

Volví de Egina, del crucero helénico, en la primavera de 1932. Mi hija estaba conmigo, tenía trece años. Volví de Egipto, 1923, en la época de las excavaciones de Tutankamón. Volví de las Islas Jónicas en 1920.

Vi el mundo a través de mis lentes dobles: parecía que todo se había roto excepto eso. Vi copos de nieve a través del cristal con aumento de una lupa.

¿Con quién había sido yo amable? El Sr. Brashaer era pequeño, moreno, vivaz. Era un óptico famoso, el más famoso de Estados Unidos, tal vez el más famoso del mundo. La persona con quien fui amable es pequeña en mi imaginación. ¿Se trata del homúnculo mágico de los alquimistas?

2

Freud me llevó al otro cuarto y me mostró las cosas que había sobre su escritorio. Tomó el Vishnu de marfil, con las serpientes enhiestas y el dosel de cabezas de serpientes, y lo puso en mis manos. Escogió una pequeña Atenea que estaba en los límites del semicírculo y dijo: «esta es mi favorita». El Vishnu estaba en el centro. A su alrededor, el resto de las estatuas ordenadas. Hay, en alguna parte, un grabado del Profesor, sentado a su escritorio detrás o dentro del círculo. Abrió la vitrina que colgaba de la pared y exhibió sus tesoros, anillos antiguos.

Hablamos de honorarios. Él dijo: «No se preocupe por eso, es asunto mío». Siguió: «Quiero que se sienta como en casa». Luego dijo que mi voz le parecía «delicada» y agregó, como si existiera peligro de que yo dejara que cuestiones externas irrumpieran, «tengo, después de todo, setenta y siete años».

Descubrí que no era tan tímida. Le conté acerca de la señorita Chadwick y de cuánto había sufrido, durante mis sesiones preliminares con ella, en la primavera de 1931. Reunía deliberadamente todos mis recuerdos tristes en mi esfuerzo por llegar a la verdad. Él dijo: «Nunca sabemos lo que es importante o lo que no es importante hasta después». Y dijo: «Debemos ser imparciales, jugarnos limpio».

Le conté cómo me había molestado y abrumado la primera impresión que tuve de su consultorio. No había esperado encontrarlo rodeado de estos tesoros, en un museo, en un templo. Conversamos sobre Egipto. Hablé de la arena amarilla, del cielo azul, de los escarabajos. Luego dije que Egipto era una serie de vívidas ilustraciones de la Biblia, y le comenté acerca de mi deleite, cuando niña, por las de Gustave Doré.

Me respondió que yo era muy afortunada por haber descubierto esa realidad «superpuesta» (esa fue su palabra) sobre las imágenes.

Yo le había contado en mis últimas sesiones acerca de la Princesa y del bebé en la canasta.

Él volvió a preguntarme si yo era Miriam o si había visto a Miriam, y si pensaba que la Princesa era en realidad mi madre.

Dijo que el sueño a veces revela un «ángulo», pero se lo discutí diciendo que este sueño era una finalidad, un absoluto, una síntesis. Tampoco era yo —como él había sugerido en primera instancia— el bebé, el «fundador de una nueva religión». Obviamente era él esa luz que venía de Egipto.

Pero es verdad que jugamos a las cuatro esquinas, a encontrar uno u otro ángulo o a ver las cosas desde distintos rincones de una habitación. Sí, jugamos a las escondidas, a la caza del fugitivo, a la caza del objeto perdido, y paciente y meticulosamente unimos las piezas sueltas de nuestra imagen-rompecabezas. Deletreamos palabras de atrás para adelante, y al revés y en diagonal, para nuestro crucigrama, y luego huimos y nos escondemos en el sótano o en el ático o en el armario de nuestra madre. Jugamos magníficos acertijos.

El Profesor insistía en que yo era quien quería ser Moisés: no sólo quería ser un varón, sino que además quería ser un héroe. Me sugirió que leyera El mito del nacimiento del héroe, de Otto Rank.

Viernes 3 de marzo

Recordando a Vishnu, pienso que el marfil es como un lirio a la mitad.

No sé si el lirio blanco era una fantasía, un sueño, o realidad.

Yo miraba a través de la reja de hierro del jardín, rodeada por una multitud de niños de distintas edades, hermanos sin dudas, primos menores y bandidos del vecindario.

Un hombre muy viejo y muy alto se pasea por el jardín. Junto a él hay una versión más joven de sí mismo, pero el joven, también muy alto, es el jardinero.

El abuelo, el padrino, el Dios Padre, ve a los niños. Los llama hacia la reja de hierro. Los mira. Pero sólo uno es el elegido.

La niña pequeña se adelanta, tambaleante, vencida, tímida pero audaz. Cruza el umbral. Se detiene en el sendero del jardín. Es un jardín «real», con camino de arena como el de nuestro abuelo. Está cerrado, sin embargo; no es un jardín muy amplio, es más bien como una larga habitación abierta entre las paredes de la casa. Hay árboles en el jardín, árboles comunes, reales.

En este tiempo, ella sólo puede distinguir los árboles por su fruto o por su flor. Estos son árboles comunes, con sus clásicas frondas estivales.

El caballero anciano dice que ella debe elegir lo que quiera. En verdad, no hay un cantero del que recoger flores ni hay frutos en los árboles. Pero ella debe elegir lo que quiera.

Ella ve lo que quiere. ¿Es la única flor de este jardín?

No es una flor que ella hubiera elegido, porque nunca se le hubiera permitido elegirla. Es un lirio de pascua o una azucena blanca, creciendo junto al camino.

Ella lo señala, abrumada por su propia audacia.

El jardinero saca un cuchillo, corta la flora para ella.

La escena es más bien agobiante: ¿qué hace una con un enorme lirio de pascua? Ella se apresura por la calle, ahora vacía, hasta su puerta en la Church Street.

Corre hacia dentro del recibidor o vestíbulo. Luce más vacío que de costumbre, con la luz filtrándose a través de las ventanas sin cortinas. Está mamá cosiendo, mamalie está cosiendo.

¡Mi lirio de pascua!

«Ah» dice mamá o dice mamalie (nuestra abuela), «eso lucirá hermoso en la nueva tumba de tu abuelo».

Ella está sola en Nisky Hill, donde su abuelo fue recientemente sepultado. Hay un montículo, como un cantero. Ella «planta» el lirio.

Sin dudas, esta es mi herencia. Mis facultades imaginativas derivan de mi madre, música-artista, de su madre, mitad celta, del abuelo de extracción inglesa y centro europea. Mi padre era puro Nueva Inglaterra, un colonizador de Indiana, que volvió al Este. Mi padre está aquí también, pero disuelto o condensando en el «otro abuelo», a quien nunca conocimos. El padre de mi madre fue la primera persona «muerta» que conocí. No asocio aún, en ese tiempo, al padrino o al Dios Padre con ninguna persona identificable. Es un extraño. Es un General del Viejo Sur. Más tarde le pregunto a mi madre adónde se ha ido. Pero no existe tal persona, tal General del Viejo Sur, ni tal casa con un estrecho jardín interior, me dice, en la Church Street. Ella conoce a todos en Church Street.

Yo no lo acepto, no puedo no encontrar la casa, enfrente de lo que había sido el Colegio. Están demoliendo el Colegio y erigiendo nuevos edificios, pero, de cualquier modo, la casa del viejo padrino estaba al otro lado de la calle. No resulta. Y sólo es después, mucho después, que descubro que no resulta.

Los árboles eran frondosos. Él me da un lirio de pascua. Los lirios de pascua aparecen en Pascua, en primavera o a principios de ella, los árboles son árboles de verano con las copas llenas de hojas. Hay algo más: luego de darle el lirio a la niña, uno o dos días después, le envió el trineo. Es un hermoso trineo con cascabeles. El jardinero es el cochero. Hay una gruesa manta de piel. Manejamos a través de la nieve sin trillar, no hay nadie en las calles.

Él envió un mensaje a través del cochero. Dijo que envió el trineo para la niñita. «¿Cuándo volverá?» le pregunto a mi madre. «¿Es invierno, es verano?», «¿por qué, qué?», «el trineo, por supuesto, dijo que lo enviaría cada vez que yo quisiera, es para vos y para mí y para Gilbert y para Harold, pero dijo que era

por mí que todos podíamos andar en su trineo».

Estábamos todos abrigados bajo la manta de piel.

Nadie nos envió un trineo, dijo mi madre.

De cualquier modo, las estaciones están confundidas.

En Corfú, alguien puso dos lirios blancos y un tulipán rojo sobre mi mesa. Probablemente Bryher. Pero parecía haber algún misterio en torno a esto. No le pregunté nada a Bryher al respecto. Había aprendido, mucho tiempo atrás, a no indagar demasiado hondo en el misterio.

El Vishnu amarfilado se sienta erguido en su capucha de serpiente, como el pistón de una cala, o como una arisema[3].

Mi abuelo era el pastor en el púlpito, clérigo o sacerdote.

Church Street era nuestra calle, la iglesia era nuestra iglesia. Fue fundada por el conde Zizendorf, quien dio el nombre de Bethlehem a nuestro pueblo.

La gente le cuenta cosas a una, y los otros niños se ríen de nuestra ignorancia. «Pero Jesús no nació aquí».

Eso puede ser cierto. No discutiremos la cuestión. Sólo después de unos cuarenta años, volveremos sobre ello. «No sé si soñé esto o si sólo lo imaginé, o si luego imaginé que lo había soñado». «No importa», dijo él, «si lo soñó o si lo imaginó o si lo inventó en este momento. No creo que falsifique deliberadamente sus hallazgos. Lo importante es que esto muestra el decurso de sus fantasías y de su imaginación».

Él continúa: «¿Usted nació en Bethlehem? Es inevitable que el mito cristiano…», hizo una pausa, siguió: «¿no la ofende?». «¿Ofenderme?». «Que yo le hable de su religión en términos de mito», dijo. Yo respondí: «¿Cómo podría ofenderme?». «Bethlehem es el pueblo de María», dijo.

3

4 de marzo

Tenía frío y me resultaba difícil comenzar. Continué hablando de las pinturas de Doré, del niño muerto en el Juicio de Salomón. Le conté sobre las tumbas de mis dos hermanas. Nunca conocí a estas hermanas; una era hermanastra y en realidad pertenecía a los dos hermanastros mayores: Eric y Alfred. Su madre también estaba allí. Continuamos con la fantasía del lirio. El anciano, obviamente, dijo él, era Dios.

El lirio era el de la Anunciación. Dije que era el Vishnu de marfil el que me había interpelado a contar la anécdota. Me preguntó acerca de mi formación religiosa. Respondí que no eran muy estrictos, no se nos castigaba con frecuencia. Recuerdo, sin embargo, terribles compulsiones o premoniciones de castigo. El infierno de las historias bíblicas parecía un lugar real. Pero no hablé de esto. Avancé contándole sobre nuestras velas de Navidad.

«Una atmósfera…», dijo.

Dijo: «No hay símbolo más significativo que una vela encendida. ¿Dice que recuerda el servicio de nochebuena de su abuelo? ¿Tanto las niñas como los niños llevaban velas?». Parecía extraño que preguntara esto.

Sigmund Freud se levantó de su silla detrás del diván y se paró junto a mí. Dijo:

«Si a cada niño se le diera una vela encendida, como usted dice que les daban en el servicio de nochebuena de su abuelo, por la gracia de Dios, no tendríamos más problemas… esa es la verdadera esencia de toda religión».

Más tarde, en casa, en cama, yo me sentí afligida y asustada, pensando en todas las cosas que quería decirle o que, más bien, me sentía compelida a decirle. Pienso en Sigmund Freud como este pequeño padre, Papalie, el abuelo. Hablando medio dormida conmigo misma, o con el Profesor, me doy cuenta de que estoy usando el ritmo o el lenguaje que suelo usar con los gatos o con los niños. Está el gato de mi hija, Peter, que, ella me dice: «te lo he dejado en mi testamento».

«Es un gato viejo viejo», digo, hablándole al Profesor, y luego se me ocurre que el movimiento de su codo cuando me ordena o me invita a pasar de la sala de espera al consultorio es como el batir anguloso del ala de un pájaro. He estado observando a esos enormes cuervos o cornejas que hay en los jardines, aquí, en la Ringstrasse.

Sí, hay una finalidad singular en cada mínima observación, en cualquiera de sus más insignificantes gestos. Está la Palas Atenea sobre su escritorio, más allá de la puerta doble que lleva del consultorio al santuario interior. Justo sobre la puerta de mi recámara, se trataba de un busto de Palas, si no estoy equivocada, en El cuervo de Poe. Hay un misterio como el de El cuervo en cada uno de sus pronunciamientos, aunque parece acurrucarse más que posarse, más como un viejo búho, hibou sacré[4] en su rincón detrás del diván.

Recuerdo un regalo especial de mi padre: esta vez el regalo no es del pequeño padre, de Papalie. La miserable y fascinante criatura me miraba y me miraba desde lo alto de su estante. La biblioteca se extendía por la pared opuesta a su escritorio, o, más bien, había estantes de libros en todas las paredes que no estaban interrumpidas por ventanas. Debo haber sido en realidad hija de héroes y una heroína yo misma del Geburt des Helden, porque le pregunté: «¿puedo tener

ese búho blanco?».

Era un búho extremadamente grande. Era muy blanco. Vivía bajo una campana de cristal, tenía grandes ojos dorados o ámbar sin parpadear. Recordé de pronto el pelaje dorado de la pequeña leonesa Yofi. Si mi abuelo me había dado una vela encendida, mi padre me dio un búho de las nieves.

Cierto es que ese milagro tenía una condición, como tantas veces ocurre en los cuentos de hadas. Sí, el búho era mío, era mío para siempre, no iba a pedirme que se lo devolviera. Una vez había reprendido a uno de nosotros por ser un «dador indio»[5]. Alguien se precipitó en entregar una bolsa de bolitas, una trompeta de gallo (un gallo de papier mâché cuya cabeza era como una careta de Halloween), o a Joey de Punch y Judy. Aunque los muñecos se dividían individualmente, el «espectáculo» era propiedad de todos. Había un inconveniente con algún regalo. «¿Qué es un dador indio?». «Es alguien que da algo y lo pide de vuelta». Él no era un dador indio. Yo podía quedarme con el búho de las nieves.

Había, sin embargo, una condición. Le había contado al Profesor acerca del búho de las nieves. Le dije que había una condición, y me detuve para enfatizar el drama.

Quizás sea un viejo truco.

El Profesor dijo, antes de que yo tuviera tiempo de contársela: «Ah, sí, le dio el búho con la condición de que lo dejara donde estaba».

Tendida aquí, en mi cómoda cama, en el Hotel Regina, continúo con mi

ensoñación. No estoy preparándome para la sesión de mañana. Sólo continúo con la de hoy. Por alguna curiosa jugarreta de la suerte, un jardinero me trajo un gajito de cactus para plantar en una maceta, sobre grava y arena. «No lo riegues, crecerá mejor, sólo debajo del sol; tengo una planta enorme, un verdadero árbol», me dijo. El jardinero explicó que hizo crecer su cactus árbol desde un gajo igual al que me había traído. Yo estaba orgullosa de mi planta y la ponía al sol. Crecería hasta ser un árbol.

No era justo.

Mi tronquito de cinco centímetros de recia fibra de cactus comenzó a brillar, no a crecer, y brotó una enorme flor. Era como un nenúfar rojo. Sus pétalos eran suaves y fríos, aunque deberían haber estado ardientes. Tal vez lo estaban. Pensé que el jardinero se sentiría muy satisfecho. Dijo: «He tenido mi planta por años y ni una mínima señal de florecimiento».

Ciertamente no era justo.

No había rivalidad respecto a la mariposa, pero eso tampoco era justo. Por alguna razón, esa oruga gigante había elegido un tallo bastante frágil en mi jardín para hilar su capullo. Podía haber ocurrido que los paquetes de nuestras «semillas baratas» hubieran estado mal clasificadas o mal tamizadas y que alguna extraña semilla exótica se hubiese colado entre ellas. ¿Pero cómo llegó allí la oruga? Había sólo una planta de nicotina. Quebré el tallo, lo acerqué a las hojas de tabaco que quedaban y coloqué la crisálida donde sentí que estaría más segura, sobre la biblioteca de mi padre. El búho se erguía en un extremo, en el otro la calavera india o lo que llamábamos la calavera india. Había sido desenterrada con el arado por mi padre o por su padre cuando él era un niño en Indiana.

Sé que estoy en la cama en el hotel Regina, Freiheitsplatz, Viena. Sé que es el 4 de marzo de 1933. No estoy segura, pero creo que es el cumpleaños de mi padre. Nunca quiso un «cumpleaños» en nuestra casa, donde había una festividad cada dos semanas, marcada en el diario de cumpleaños de nuestra madre o de Mamalie. Creo que es el cumpleaños de mi padre. Era más joven que el Profesor cuando murió, por lo que es natural, de un modo o de otro, atribuir al Profesor el rol de un abuelo, de abuelito o Papalie.

Si le cuento al Profesor la historia del cactus y la de la mariposa, él pensará que he inventado una de las dos, o ambas.

Como digo, no era justo, porque había tenido conversaciones con algunos aficionados expertos, aunque yo no conocía el nombre de una sola mariposa. Lo que emergió fue una polilla. Era exótica y enorme. Era literalmente del tamaño de un pájaro. Se arrastró o aleteó a lo largo del estante superior y se posó en la calavera india que mi padre o su padre habían desenterrado con el arado, cuando mi padre era un niño, en Indiana.

Mi padre y yo convinimos en que no había nada para hacer excepto abrir la ventana y esperar a que volara.

Hay un velador, sobre la repisa, junto a mi codo. Tiene, recuerdo, una favorecedora pantalla rosa suave. Si enciendo la luz, veré el largor de cortinas verdes, el cómodo sillón tapizado, también en verde, la mesa vidriada del comedor, y el escritorio común con mis papeles y libros.

Tendré que encender la luz pronto, pues mis ojos, mirando en la oscuridad, se preguntan si otra vez crucé el umbral. No. Estoy segura respecto del cactus. No estoy tan segura respecto de la mariposa.

Estaba equivocada respecto de la mariposa. No abrí ninguna pesada crisálida, pero sí recogí la enorme oruga verde con el tallo de la flor de tabaco y coloqué a ambos —tallo y gusano— en una caja de cartón. ¿Abrí agujeros en la caja? Había ventilación en algún lugar. Era mi propio gusano.

En la caja, entre las frescas hojas verdes y las viejas hojas marrones del tabaco, creció su gran capullo.

¿Cómo salió de la caja? ¿Lo oí rascar?

¿Aleteó sus alas y las golpeó contra la caja?

¿Cómo alcancé a poner la caja encima de aquella biblioteca tan alta? ¿Me subí a una silla? No era lo suficientemente alta para alcanzar el estante, ni siquiera subiéndome a una silla.

¿Lo inventé todo? ¿Lo soñé? Si lo soñé, ¿lo soñé cuarenta años atrás o anoche?

Era la inmensa oruga verde que recogí con la nicotina en flor.

Estoy equivocada respecto del cumpleaños de mi padre. El cumpleaños de mi padre es en noviembre.

¿Por qué dije que hoy, 4 de marzo, es el cumpleaños de mi padre?

4

Hibou sacré! Le pregunté cómo estaba y él sonrió con una sonrisa rugosa, encantadora, que me recordó a D. H. Lawrence. Me contó (en francés) cómo la madre de Napoleón, incluso cuando él estaba en la cresta de la ola, solía decir «Está muy bien, mientras dure». Hablé del último año de la guerra. Él dijo que tenía razones para recordar la epidemia, porque había perdido a su hija preferida. «Ella está aquí», dijo, y me mostró un ricillo diminuto que llevaba fijado a la cadena de su reloj. Había muerto en la epidemia en Hamburgo, aunque el bebé que tenía había sobrevivido. Recordé al Dr. Sachs hablando sobre esta muchacha: «la hermosa Sophie».

La hermosa Sophie murió, y tuvo su hijo casi al mismo tiempo que yo tenía el mío, a principios de la primavera de 1919. Yo padecí la misma gripe española y, aunque se sabía que en ningún caso sobrevivían el niño y la madre después del agotamiento de la neumonía, fui la milagrosa excepción. Ni la niña ni mi condición física crítica causaron el colapso final.

Había mucho que contar. Evité los detalles de mi soledad y le conté al Profesor cuán amable fue conmigo Havelock Ellis cuando lo vi en su departamento de Brixton, aquellas pocas veces antes del nacimiento de mi hija. Le escribí al Dr. Ellis, a pesar de que Daphn Bax, que había arreglado conmigo para que nos alojáramos en una cabaña cerca de la suya en Buckinghamshire durante el invierno de 1919, intentó desalentar cualquier idea de encontrarme con Havelock Ellis, a quien yo admiraba tanto. La Señora Ellis había tenido una casa, tiempo atrás, en Buckinghamshire, cerca de la de Daphne. Daphne dijo: «Oh, Havelock… nadie se las arregla nunca para encontrarse con Havelock. Él es distante, se mantiene apartado, es un recluso, un titán, un gigante». Quizás el hecho de que Daphne diera por sentado ciertas cosas me espoleó a que me acercara a este titán. Recibí una nota muy cortés en respuesta a la carta que yo le

había enviado, y la siguiente vez que fui desde Princes Risborough a Londres, fue a ver al titán. Sirvió té chino, con un plato de nueces y de maníes salados. Había un encanto y una autenticidad inesperada en su decoración artística. Vestía una chaqueta de fumar de terciopelo marrón, y me mostró algunos de sus tesoros: un Buda que su padre —capitán marino— había traído desde China; una copia de un famoso busto de él mismo hecho por… no recuerdo quién. Había varias fotografías autografiadas de personas que yo nunca había conocido en persona, pero de las que había oído hablar: Walt Whitman, entre otros, miraban desde la pared. Había cigarrillos rusos y el Dr. Ellis sirvió limón con el té, a la manera rusa o americana. Continué hablándole al Profesor de la impresión que el Dr. Ellis había generado en mí: mientras esperaba encontrar a un científico apartado, criticado, más bien distante, encontré al artista. Sigmund Freud dijo: «Ah, usted relata todo esto de una manera tan bella».

El Dr. Ellis estaba en mis fantasías cuando fui, en julio de 1919, con Bryher a las Islas Sorlingas. Él conocía Cornwall y había vivido allí con intermitencia, durante algunos años, en «retiro», como hubiera dicho Daphne, trabajando en sus famosos volúmenes. Las Islas Sorlingas, en medio de la corriente del Golfo, me recordaban el Mediterráneo. Había enormes aves; se posaban allí en «retiro», en algunas estaciones, tanto provenientes de zonas tropicales como del Ártico. Fue aquí y en este tiempo cuando tuve mi experiencia de la «medusa», como la llamó Bryher. Había palmeras, plantas de coral, mesambeanthum, nenúfares abiertos en toda la extensión de las paredes grises, el tipo de hoja fibrosa de las que hay bajo el agua, y esas flores marinas abiertas le daban a una la impresión de estar sumergida.

Estábamos en la pequeña habitación que Bryher había tomado para nuestro estudio, cuando sentí este impulso de «dejarme ir» en una especie de globo, o de campana de buceo, como he explicado, que parecía flotar sobre mí. Había un aparador antiguo y recuerdo que pensé: «Debo pedir otro frasco para poner estas flores». Habían metido un gran manojo de calas apretujadas en un tarro de mermelada. Dos o tres de los tallos y algunas de las hojas como lanzas hubieran logrado un efecto mejor. Había un grabado del inevitable Ciervo en la bahía, de Landseer, sobre el hogar, tapado con un volado de papel rojo. Cuando intenté explicarle esto a Bryher y le dije que podía haber algo siniestro o peligroso en

ello, me respondió: «No, no, es la cosa más maravillosa que he oído. Déjala venir».

Intenté escribir un relato de esta singular aventura, Notas sobre el pensamiento y la visión. Había, le expliqué a Bryher, un segundo globo o campana de cristal elevándose desde mis pies. Yo estaba adentro. Me sentía segura pero veía las cosas como si fuese a través del agua. Sentía el globo ir y venir y podría haberlo despedido y probablemente lo hubiera hecho si estaba sola. Nada de esto hubiera ocurrido, supongo, de haber estado sola. Fue estar con Bryher lo que proyectó la fantasía, y todo el tiempo estuve pensando que sería una pieza psicológica interesante para el Dr. Havelock Ellis.

Cuando volví a Londres, remití mi Notas al Dr. Ellis. Pensé que le interesaría mucho. Sin embargo, se mostró indiferente, o bien no entendió o bien supuso que era una señal de peligro.

El Dr. Ellis no entendió pero el Profesor entendió a la perfección.

Cuando me iba, me preguntó: «¿Está sola?». Respondí: «Oh, no».

No, no estaba sola. Estaban los museos, las galerías, las caminatas en la Stadtpark, y las visitas a viejas iglesias. Tomaba notas, hojeaba revistas y libros que me enviaban desde Londres y desde Estados Unidos. No me percaté, hasta que estuve en la cama, de que no le había contado al Profesor la historia de la oruga que tanto me ocupó anoche antes de dormirme. Ahora, debo reordenar otra vez la escena.

¿Dónde había dejado? Aparecía una dificultad en alguna parte. Eran, ahora que

lo recuerdo, varias dificultades. Para empezar, me había equivocado en cuanto al cumpleaños de mi padre. No sé por qué sustituí noviembre por marzo, pero el cuatro estaba bien; sí, estaba segura de que el cuatro de noviembre era el cumpleaños de mi padre.

¿Esa oruga? No. No rascó ni agitó sus alas dentro de la caja, porque seguramente cuando tejió su caparazón yo había ya dejado la caja destapada. ¿Por qué esta caja y esta tapa? Está esa burda imagen en la sala de espera del profesor… el «Enterrado vivo».

Debo haber ido algún día a poner hojas frescas y habré encontrado tejida la vaina. ¿Cuánto tiempo tarda una oruga en tejer su tan elaborada vestimenta? ¿Por qué olvidé la oruga? ¿Por qué la recordé?

Allí está, sobre la mesa, el libro que me ha disgustado tanto. Me lo enviaron desde Londres, otra mujer fanática escribiendo su historia sobre D. H. Lawrence. ¿Lawrence? Murió en marzo.

Entonces sustituí el cumpleaños de mi padre por el día de la muerte de D. H. Lawrence.

5

5 de marzo

Yo había dicho, al principio, que sólo quería contar la historia, era como el Viejo Marinero, pero él no conocía o fingió no conocer el poema. Yo había asociado el Viejo Marinero con la Biblia porque un tío tenía una edición ilustrada por Doré y la mirábamos en el suelo, en la casa de mi abuela, al igual que lo hacíamos en casa con nuestra propia Biblia ilustrada, antes de que supiéramos leer. Asocié en la serie a Poe y a Coleridge, ya que ambos eran drogadictos, Poe con su Leonora y sus Usher malditos, y Coleridge con su Xanadu y con su Kubla Khan. Fui retada en público en la escuela de la Señorita Gordon en Filadelfia, a mis quince años, porque sostuve con firmeza que Edgar Allan Poe era mi favorito entre los escritores estadounidenses. La señorita Pitcher, quien siempre me había apoyado, incluso a esa edad, en mis aspiraciones literarias, me dijo que Poe no era una buena influencia, era «insalubre, mórbido».

Hoy, tendida sobre el famoso diván psicoanalítico, tengo una sensación de mentol frío evaporándose, alguna forma de éter sobre mi frente «mórbida». Adonde sea que mis fantasías me lleven ahora, tengo un centro, seguridad, un objetivo. Soy centrada o reorientada aquí en esta misteriosa guarida de león o cueva de los tesoros de Aladino.

Soy rescatada, salvada; náufraga como el Marinero, he oído los campanazos de la capilla del ermitaño. Está Baudelaire también y sus Fleurs du Mal[6], pero no hay mal en Sigmund Freud. A cinco brazas de profundidad yace tu padre, de sus huesos se ha hecho coral, los que fueron sus ojos son perlas, nada de él se desvanece, pero sufre un cambio marino, se vuelve rico y extraño, yo susurro

con mi aliento, en una de esas elocuentes pausas, mientras el humo del cigarro aromático se esparce en torno a mí, desde el rincón en la esquina detrás de mi cabeza.

¿Somos pólipos de coral psíquicos? ¿Nos construimos los unos sobre los otros? ¿Acaso yo (subacuática) en las Islas Sorlingas, extendí un tentáculo? ¿He muerto en mi forma de pólipo y dejaré un esqueleto de coral que se fundirá con todo este rosario de coral de pensamiento infinito o con esta isla coralina? Mis experiencias psíquicas eran subacuáticas.

Debo recordar contarle a Sigmund Freud del epigrama de Norman Douglas sobre Havelock Ellis: «Es un tuerto en el país de los ciegos».

No quiero hablar hoy. Naufrago hacia el mar. Pero sé que estoy a salvo, que puedo volver en cualquier momento a tierra firme. Sí, hubo un sueño anoche… sus ramificaciones son demasiado complicadas. Soñé que enviaba mi libro Hédilo a Peter Van Eck, a quien conocí en el barco camino a Atenas, primavera de 1920. Tendré que referirme al libro, a Hédilo, el poeta alejandrino mencionado en la Guirnalda de Meleagro, y a su madre Hédile.

Tendré que decirle que Bryher apareció en este sueño, disfrazada de gato negro en una fiesta de Halloween, disfrazada, en verdad, de Peter, el gato que mi hija dice que me dejó en su testamento. ¿El gato con botas?

No, no puedo contarle sobre Hédilo. ¿Qué le habré dicho? No le hablé de la oruga, eso es seguro.

Me fastidió ese último libro sobre Lawrence, pero me dio la fecha. Era el 2 de

marzo, no lejos del 4, y 2 x 2 es 4, ¿pondremos, alguna vez, cimientos cuadrangulares?

¿Para qué poner cimientos?

Yo no era justa, pero apenas si podía con sus enormes novelas. No me hacían sentido. Quiero decir, no sucumbía al frenesí que había en torno a ellas. ¿En torno a ellas? ¿O en el coro de las ménades? No me gusta ese último libro. No me ha gustado ninguno de los libros que aparecieron desde su muerte. ¿Qué saben ellas de Lawrence?

Le debí hablar al Profesor sobre Lawrence, pero estaba tan molesta por sus referencias altaneras al psicoanálisis y, por implicación o inferencia, al mismo Profesor.

¿El hombre que murió?

No lo recuerdo, no pienso en él. Fue apenas una reafirmación de su filosofía que llegó demasiado tarde.

No lo digo en serio.

Evité cuidadosamente ponerme de acuerdo con Lawrence, el Lawrence de Mujeres enamoradas y de Lady Chatterley.

Pero estaba este Lawrence.

No aceptaba a Sigmund Freud, eso insinuaba en su ensayo.

No quiero pensar en Lawrence.

«Espero no verte nunca más», escribió en su última carta.

Luego, después de su muerte, Stephen Guest me trajo el libro y me dijo: «Lawrence escribió esto para vos».

Lawrence estaba prisionero en su tumba, como el grabado en la sala de espera: estaba «Enterrado vivo».

Todos estamos enterrados vivos.

La historia regresa automáticamente cuando apago el velador.

Parece que no soy capaz de enfrentar la historia durante el día.

Sí, era una abominación. Puedo verla retorciéndose. «Es sólo una oruga». Tal vez aún no pueda hablar. Estoy sentada a un paso de una silla de muñecas, en el porche. Miro hacia los amplios escalones de madera. Está la parra, como lo

llamamos, y las sombras del follaje. Ellos están agachados debajo de la pérgola que sostiene la vid. Puedo gritar, puedo llorar. No es una cosa que la mente pueda asimilar. Están poniéndole sal a la oruga que se retuerce, inmensa como un objeto visto a través de un microscopio o como algo que se asoma en una película.

No, ¿cómo podía hablar del Gusano crucificado? He estado ojeando diarios en el café, hay historias frescas de atrocidades. No puedo hablar de la cosa que realmente me implica, no puedo hablarle a Sigmund Freud, en Viena, en 1933, de las atrocidades contra los judíos en Berlín.

Lunes 6 de marzo

Sueño que Joan y Dorothy discuten. Joan se apodera de algunas cajas y joyeros míos: trata a los tesoros de mi sueño como propiedad común, los esparce sobre una mesa. Estoy enojada por su apropiación, tan ligera, de mis pertenencias. Levanto una caja de terciopelo rojo (Bryher me la había comprado en Florencia) y digo, apasionadamente: «¿No entendés nada?». Joan es una niña alta, nos desafiamos mutuamente a la misma altura. Digo: «¿No entendés? Mi madre me regaló esta caja». Aprieto la caja de terciopelo rojo, de cuero rojo florentino, contra mi corazón. En verdad, mi corazón físico está oprimido y late salvaje ante la vehemencia de mi pasión.

Recuerdo el símbolo de Fénix de D. H. Lawrence y cómo había pensado en el Profesor como un búho, un halcón, o una polilla esfinge. ¿Son sustituciones de la gallina de la escritura juntando a sus pollitos?

Mi hija nació el último día de marzo con narcisos que llegan antes de que la golondrina se atreva[7] de Cuento de invierno. Richard me había traído muchos narcisos, ese lirio de cuaresma inglés.

He estado leyendo Las estrellas en sus cursos, de James Jeans, y recuerdo mi amarga decepción cuando un joven tío bien intencionado llamó a mi ventana de la guardería: «Mirá», dijo, «está la Osa en el cielo». Yo parpadeé desde la ventana escarchada de invierno. Me habían mostrado las flores de la escarcha, como estrellas, en el jardín de infantes. Eso me complacía. Pero aquí había otra maravilla. Miré y miré y no había ninguna Osa. Cuando le conté esto al Dr. Sachs, me dijo: «una niña tan pequeña no podría recordar esa decepción». Quizás le expliqué mal. Yo estaba impactada de que mi tío me hubiera engañado. Seguramente, un niño pequeño sentiría el dolor, la broma pesada, la sensación de que un adulto lo está engañando. No sé qué especie de Osa yo esperaba encontrar ahí, pero un oso blanco, un oso polar, un oso de las nieves, no habrían sido imposibles, ya que estaba (y yo lo sabía) Santa Claus con sus renos que viajaban sobre los tejados de nuestro pueblo en Nochebuena. No lo veíamos, por supuesto, porque le gustaba dejarnos los regalos en secreto. El tío me aseguró que la Osa estaba allí y que me mostraría una imagen de ella.

El Profesor me había traído una manta gruesa ahora, para el diván. Siempre se mostraba interesado cuando le contaba sobre mis hallazgos animales y mis asociaciones con cuentos de hadas. Al menos, no había sido mi padre el que me decepcionó. El Profesor decía que yo no había hecho el pasaje habitual de la madre al padre, como suele ocurrir con las chicas en la adolescencia. Dijo que pensaba que mi padre había sido un hombre frío.

Nuestro padre nos llevó un atardecer hacia la nieve y nos compró una caja de animales. Los dividió, más tarde, como habíamos hecho con los muñecos de Punch y Judy. Parecía no haber rispideces entre nosotros tres, tanto en la elección de los muñecos como en la de los animales. Mi hermano más grande tomó, por supuesto, el elefante; yo me quedé con el alce; el pequeño tomó el oso polar. Me hubiera gustado quedarme con el oso, pero elegíamos por orden de edad, y luego había una segunda vuelta. No recuerdo cuáles fueron nuestra segunda y tercera elección.

El más grande tomó, sin dudas, a Punch, y yo me quedé con Judy, y el pequeño amaba a Joey. Eso estuvo bien. Luego Gilbert tomó al policía, yo el alguacil y el pequeño… seguramente había otro muñeco, porque todo terminó bien. No puedo recordar a la sexta muñeca… ¿o acordamos darle el perro Toby?

El Profesor me había escrito, en un principio, que estaría dispuesto a recibirme «el año próximo, en enero o febrero». Ya estamos en el año próximo, pero decidimos esperar, pues dijo temer que el «tiempo del oso polar» pudiera afectarme. Recuerdo haberle escrito que quería venir en marzo, cualquier fuese el clima. Sí, fue en Londres, en marzo, cuando me informaron desde Estados Unidos la muerte de mi padre, aunque murió en febrero. Mi madre también murió en marzo, pero ocho años después. La noticia me alcanzó en Riant Château, Territet, donde ella había estado con nosotros, en el primer día de la primavera de 1927.

Otra vez siento, al yacer en este diván, que una suerte de fosforescencia se evapora desde mi frente y casi que puedo respirar este anestésico, este éter.

¿Me recuerdan la feliz liberación del dolor y los auspicios de buena fortuna, predichos por mi hija, que llegó en el equinoccio de invierno, con el sol en su cénit, exactamente al mediodía?

Es seguro que el punto más alto de sus estrellas me trajo buena suerte.

Algunas de estas cosas las hablé con el Profesor. No puedo clasificar el contenido vívido de nuestras conversaciones refiriéndolas de un modo lógico o como en un libro de texto. Era, como él dijo de mi abuelo, «una atmósfera».

No sé por qué elijo a Joan y a Dorothy, dos devotas amigas de Londres. Es decir, son devotas la una a la otra; yo soy apenas una conocida. ¿Las asocio con mis tías? Pobre tía Laura… Fue tan feliz cuando mi madre le dijo, en su visita a Suiza, que podría quedarse con todas sus ropas. Joan y Dorothy son sustitutas, rivales para el amor de mi madre. No importa quiénes son. Estuvimos juntas en Florencia, también. Mis modestas joyas son preciosas para mí, debido a las asociaciones que traen, una cuerda de zafiros humos o estrellas y un brazalete (proveniente de un comercio donde en algún tiempo Cellini había sido el maestro platero), algunos marcos de cuero y viejas ediciones Tauchnitz en rústica, encuadernadas en papel de pergamino estampado con lirios rojos.

Al apagar el velador, advierto que puedo haber visto a Lawrence ahí.

7 de marzo

Sueño con Havelock Ellis y su barba blanca. Una vez habíamos hablado acerca de las casas públicas inglesas, o cantinas, como las llaman. Continuamos con esa conversación. No recuerdo a dónde nos llevó, pero él habla de «puertas». Finalmente pienso, en mi sueño, «ha olvidado que soy una mujer y que no voy a tabernas ni a cantinas; es evidente que los hombres charlan entre ellos sobre cantinas y puertas de cantina como esta». Es Havelock Ellis, reclinado en la cama, quien tiene el rol de paciente o de analizante, mientras que yo, sentada junto a él, soy la analista.

Luego Havelock Ellis toma el papel del analista en lugar del Profesor, pero, reclinada en el diván, yo pienso: «Havelock Ellis va a aburrirse, no le importa el psicoanálisis ni sabe mucho al respecto, ¿cómo puedo esperar que esté interesado o que me interprete?». Más tarde continuamos la conversación coloquialmente. Él quiere encontrar una chica francesa «con un acento perfecto». Yo digo: «mi hija tiene un acento perfecto». Me despierto al advertir que alguien golpea y que desliza una carta por debajo de la puerta.

He estado asustada, no quiero mencionar la sangre ante el Profesor. Abrí la puerta principal, corrí a recibir a mi padre en la oscuridad y encontré sangre chorreando desde su cabeza… esto fue poco después de que nos mudáramos de Bethlehem al observatorio Flower, en las afueras de Filadelfia. La causa del accidente de mi padre siempre quedó en el misterio. Pudo haberse resbalado y caído del anticuado tranvía de vapor, o el motor de la locomotora del tren local debe haber tenido una falla inesperada. No pudimos ver a nuestro padre durante unos días. Temíamos que hubiera muerto. Cuando finalmente fuimos a su cuarto, estaba reclinado, como yo había imaginado a Havelock Ellis en el sueño, pero su pelo y su barba se habían vuelto blancos. Era otro padre, pálido como cera, un fantasma.

Creo que tenía diez años en esa época. Había «olvidado» esto hasta que comencé mi trabajo con la Señorita Chadwick.

Había «olvidado» el accidente de mi padre por treinta y cinco años.

Trato de esbozar con cierto desapego la historia de los tres niños encontrando a su padre. Califico mi terror ante la muerte diciendo: «Alcanzamos a oír al Sr. Evans, uno de los asistentes de mi padre en el Observatorio, decir que fue una conmoción cerebral». El Profesor desechó esta idea. «No puede haber sido una conmoción», dijo. No sabía si intentaba disipar mi sufrimiento o si sintió que de algún modo yo había forzado el relato.

Sigmund Freud dijo en nuestra sesión siguiente que él veía «por ciertos signos» que yo no quería ser analizada.

Yo había visto un hermoso grabado de él en una casa de venta de obras de arte,

en la Ring.

Hoy fui y encargué una copia.

Hoy estoy enferma, alterada, nerviosa, desorientada.

Siento que debería hablar del accidente de mi padre y del descubrimiento de esta conmoción sumergida y largamente demorada.

Sí, es verdad, él debe ver mis conflictos «por ciertos signos».

¿Cómo puedo contarle sobre mi constante presagio del desastre?

Es mejor tener un análisis frustrado o «dilatado» que sacar a la luz mi terror ante la acechante amenaza nazi.

Sí, estaba «Enterrada Viva».

¿Es por esto que mis pensamientos vuelven a Lawrence?

Sólo puedo recordar ese último libro que escribió: El hombre que murió estaba enterrado vivo.

Miércoles 8 de marzo

Soñé con una fotografía de D. H. Lawrence sin barba. Tenía una fotografía así de mi padre, tomada cuando él tenía dieciséis o diecisiete, antes de que fuera con su hermano a la guerra. Había daguerrotipos de los dos hermanos, tomados cuando eran un poco más jóvenes. El mayor era mucho más atractivo. Pero, al mirar en la superficie reverberante de la lámina plateada al más joven, me vi a mí misma.

Me encontré por primera vez con Lawrence en agosto de 1914, cuando comenzaba la guerra. Parecía más alto con su traje de noche. Fue la única vez que vi esta manifestación de Lawrence sin barba. Richard Aldington dijo después que Lawrence parecía un soldado vestido de civil.

En mi sueño, hay una prolija y «profesional» mujer con Lawrence y hay un grupo de niños. ¿Es la mujer «profesional» una suerte de secretaria? Durante un breve período de tiempo fui la secretaria de mi padre.

Lawrence, en cierta época, fue maestro de escuela y yo siempre tuve el deseo de enseñar. Los niños de esta «clase» o de esta familia del sueño son de diversos tamaños, están de pie detrás de Lawrence y de la joven mujer, agrupados en torno a un piano.

Mi madre enseñó música y pintura un tiempo, en el viejo Seminario.

De pronto los niños se disuelven en una imagen de barcos con las velas desplegadas.

El padre de Havelock Ellis era un capitán de barco y uno de los libros de texto de mi padre era Astronomía Práctica Aplicada a la Navegación.

Pienso: «Naturalmente, en Inglaterra, estos niños tendrían la ventaja de todos esos barcos».

Pero, en mi sueño, saco un libro del estante donde están las novelas de Lawrence. Lo abro, decepcionada, y digo: «Su psicología es un sinsentido».

Envidiaba a esas mujeres que habían escrito memorias de D. H. Lawrence, y que sentían que habían encontrado en él una especie de guía o de maestro. Le envidiaba a Bryher su adoración por el psicoanalista Dr. Hanns Sachs. No puedo decepcionarme de Sigmund Freud, sólo que tengo esta constante obsesión por el hecho de que el análisis será interrumpido por la muerte. No puedo discutir esto con el Profesor. Cuando me saludó por primera vez, me recordó a Lawrence.

El Profesor me dijo hoy, cuando entré al consultorio: «Estuve pensando en lo que dijo, que no vale la pena amar a un viejo de setenta y siete años». Yo jamás había dicho tal cosa y se lo hice saber. Él sonrió con su irónica sonrisa torcida. Yo respondí: «No dije que no valiera la pena, dije que me daba miedo».

Él me confundió. Dijo: «En análisis, la persona muere cuando el análisis termina». ¿Qué persona? Él siguió: «No importaría que yo tuviera setenta y siete o cuarenta y siete». Ahora recuerdo que cumpliré cuarenta y siete en mi próximo cumpleaños. En mi cumpleaños, por ese único día, Lawrence tendría también cuarenta y siete años.

El Profesor había dicho: «En análisis, la persona muere cuando el análisis termina… tan muerta como su padre».

Recuerdo a Norman Douglas decir: «Cuando empecemos a librarnos de este asunto de Jesucristo, te aseguro que vendrá otro judío a desbaratar todos nuestros cálculos».

Un día al año, H. D. and D. H. eran gemelos. No advertí esto hasta su muerte. Él nació el 11 de septiembre de 1885; yo el 10 de septiembre de 1886.

Stephen Guest me trajo un ejemplar de El hombre que murió. Dijo: «¿Sabe que usted es la sacerdotisa de Isis en este libro?».

Quizás nunca habría leído el libro si Stephen no me lo hubiera traído. En verdad, debo haber tenido al principio un ligero sentimiento de fastidio. Había hablado con amigos de un libro que quería escribir, que efectivamente escribí. Lo llamé La esposa de Pilatos. Es la historia de Cristo, herido pero vivo, elevándose de su tumba de piedra. Estoy segura de que mis amigos le habían contado a Lawrence que yo estaba trabajando este tema. Mi primera reacción fue: «Se apropió de mi historia».

No era mi historia. George Moore, entre otros, ya la habían escrito. Existe este viejo mito o tradición que sostiene que Cristo no murió en la cruz.

8 de marzo, 3:15 P.M.

Mi primera semana con el Profesor comenzó un miércoles. Primero de marzo. Un día santo, miércoles de ceniza, marzo de 1933.

Bryher había arreglado por tres meses, doce semanas. Entonces, de acuerdo a las agujas del reloj, me había trasladado del XII al I. O debería decir, supongo, contando las horas más que los minutos, que me había movido del I al II. Esta es mi segunda semana con Sigmund Freud.

Me concentro en los minutos, en las minucias de estas horas.

Estamos en marzo, astrológicamente la Casa de la Tristeza. Es, por tradición, la Casa de la Crucifixión. Los meses astrológicos, sin embargo, no se dividen como los meses del calendario. La última semana de cada mes del calendario, se superpone con el mes astrológico que comienza. Por lo que el fin de marzo a veces coincide con el equinoccio espiritual de invierno: la resurrección.

Mi padre estudiaba u observaba la variabilidad de la órbita del curso de la tierra alrededor del sol, variación de latitud, la llamaba. Se dedicó treinta años a este problema, a agregar un gráfico al mapa comenzado por Ptolomeo en Egipto. El Profesor continúa un grafo comenzado por los ancestros de Ptolomeo.

Algunos llaman a esta casa Piscis o los Peces, la Casa de los Enemigos Secretos, pero también he visto referencias a ella como la Casa de los Misterios.

No debemos hablar de astrología. En eso, por lo menos, están de acuerdo mi padre y Sigmund Freud. Sin embargo, a pesar de ellos, o para contradecirlos, encuentro encantadores paralelismos en el Carnero, el Toro, los Gemelos Celestes. Y tenemos a Yofi, que es Leo, por cierto.

Tenemos otras minucias, las imágenes sobre esta mesa, Osiris el sol en sus doce manifestaciones, mientras viaja por el cielo, así como la Isis de bronce que me mostró, su compañera.

Estos dos eran gemelos en el antiguo cuento de hadas.

Mis descubrimientos son importantes para mí y traen una atmósfera.

Antes de aprender a caminar bien, yo sabía decir la hora. Mucho antes de aprender el alfabeto, conocía las agujas del reloj.

Mi niñera me enviaba a averiguar la hora. Estaba el reloj de péndulo del abuelo en el remanso de la escalera. ¿Podía caminar hasta allí? Quizás era más simple o placentero deslizarme por los escalones, porque me parece haber estado siempre mirando desde el piso hacia arriba, hacia la esfera del reloj. Sí, podía caminar. Regresaba a la guardería con mis hallazgos. «La aguja más corta está en la V». No podía recordar ambas agujas al mismo tiempo, o quizás deseaba tener una nueva aventura. La aguja más larga me mantenía ocupada: «Está en la I, está en las II», o mucho más tarde, «Se acerca a la X».

Vuelvo a los misterios: la infancia del individuo es la infancia de la raza, escribió nuestro Profesor.

6

Mi medio hermano Eric y mi padre hablaban del tiempo en diferentes dimensiones, tiempo promedio o tiempo sideral (lo que sea que ello fuese) y otro tiempo cuyo nombre no puedo recordar. Mi interés en los «números» fue sometido a prueba en la época del accidente de mi padre y, aunque no recordaba el accidente, sí recordaba cómo la división con divisores mayores me había bloqueado o había construido una pared entre los días felices y los más infelices de la escuela. Resulta significativo que mi medio hermano viniera a vivir con nosotros en aquellos tiempos. Era conocido como «el joven profesor». Fue Eric quien me ayudó, cuidándome, a superar mi «resistencia» a las divisiones grandes. Me compró un ejemplar de Jane Eyre y uno de Mujercitas con las ilustraciones originales. Las mujercitas usaban las polleras acampanadas que tanto me fascinaban en las viejas imágenes del Seminario.

No sé dónde ni cuándo hice esta transferencia. Pero la transferencia de hoy o de ayer luce explícita o manifiesta en el frasquito verde con sales aromáticas que llevaba en mi cartera y que «accidentalmente» dejé caer sobre la alfombra del Profesor u olvidé debajo de la almohada del diván. No le pregunté al Profesor dónde encontró la botellita. Su semblante es entre burlón y triunfante mientras me la devuelve: «Ah, olvidó esto». Él sabe que yo sé el simbolismo del paraguas «perdido».

Y ahora que entendemos entre nosotros esta transferencia, yo avanzo en hablar de Lawrence. El Profesor dijo que Lawrence lo impresionó en el final de un libro. No le pregunté qué libro. El Profesor dijo que Lawrence le dio la sensación de ser un «hombre insatisfecho, pero de real poder».

Freud dice que siempre existe un diverso número de explicaciones para cada hallazgo, dos o múltiples. Dice que demostré, en la interpretación de mis propios sueños, un conocimiento del psicoanálisis mucho mayor al que había esperado que tuviera. Quizás tenía intenciones de que yo lo contradijera cuando dijo que mis miradas al reloj significaban que estaba aburrida y que deseaba que la sesión terminara. Supuse que él no esperaba que lo tomara pied de la lettre[8] cuando dijo que yo podría estar impaciente con la vida, deseando incluso su muerte, para eludir el análisis. ¿O esperaba que lo contradijera? ¿Qué debí decir?

Había estatuas en la casa de Cornwall. Estaban en hilera a lo largo de la repisa sobre la chimenea de un cuarto vacío. Fui allí en marzo de 1918. Fue D. H. Lawrence quien me habló de la vieja casa, se llamaba Rosigran. Lawrence dijo que estaba maldita. ¿Me asustaban los fantasmas? Decía que nunca me había encontrado con alguno.

Aquí, en el semicírculo sobre la mesa, en la otra habitación, hay el mismo o casi el mismo despliegue de imágenes: Osiris, Isis. Tal vez sí le temo a los fantasmas. Pero, cuando el Profesor dijo: «tal vez usted no es feliz», no tuve palabras para explicarle. Es difícil explicármelo a mí misma o encontrar palabras para deletrearlo en mi diario. No es una cuestión de felicidad, en el sentido usual de la palabra. Es la felicidad de la búsqueda.

Estoy en las fronteras o en la penumbra de la luz de la ciencia de mi padre y del arte de mi madre: la psicología o filosofía de Sigmund Freud.

Debo encontrar nuevas palabras al igual que el Profesor encontró o acuñó nuevos términos para explicar certeros, pero aún no reconocidos estados de la mente o del ser.

Él es Fausto, sin dudas.

Nos retiramos de las llamadas ciencias y retrocedemos o avanzamos hacia la alquimia. Él dijo que yo era impaciente con él. Hacía girar un pesado anillo de sello en su dedo.

Dije que no podía perderlo, yo ya había conseguido sus libros antes de conocerlo y los tendría nuevamente cuando me fuera de Viena. Hay una fórmula para el Tiempo que no ha sido descubierta aún.

7

9 de marzo

Soñé con una catedral. Camino por la Catedral de San Esteban casi a diario y, además, estaba interesada en ciertas imágenes de Chartres que había visto en algunos de los periódicos ilustrados del café. Hay dos muchachos conmigo en el sueño, el más grande me muestra los alrededores, y siento que el más chico está de trop[9]. Por alguna razón, le había dado una propina al más grande, y ahora debo darle algo al más chico. Esto me fastidiaba (me había preocupado el día anterior por saber el monto exacto de lo que debía darles a los dos botones del hotel).

Parece que perdí al más grande, de modo que me quedo, a mi pesar, con el menor.

¿Mis dos hermanos? ¿O mi padre y su atractivo hermano mayor?

Mi hermano mayor y el hermano mayor de mi padre murieron ambos en las guerras.

No reconozco a los muchachos de mi sueño como los botones del hotel. Son fantasmas. Es decir, están «haciendo de fantasmas» de otro u otros; cuando los fantasmas tomen la forma de hermanos o de tío paterno, se verá sin dudas que, otra vez, están haciendo de fantasmas. O, mejor, si proseguimos con el contenido

del sueño, se diría que los fantasmas intermediarios, si se manifestaran, serían un paso entre los hermanos o el tío paterno. Todos somos casas embrujadas.

En realidad, lo importante es la Catedral. Dentro de la Catedral encontramos la regeneración o la reintegración. Esta habitación es la Catedral.

El Profesor dijo: «Usted es muy inteligente». No soy yo la inteligente. Sólo aplico algunos de sus descubrimientos a mi ecuación personal. La casa es el hogar, la casa es la Catedral. Él dijo que quería que me sintiera aquí como en casa.

La casa, de alguna manera indescriptible, depende de padre-madre. En el punto de la integración de la regeneración, no existe conflicto entre lealtades rivales. La atmósfera y los intereses del Profesor parecen derivar más de mi madre que de mi padre, y sin embargo decir que la «transferencia» se arma con Freud como madre no termina de satisfacerme. Él ha dicho: «Y —debo decírselo (usted fue franca conmigo y yo lo seré con usted)— no me agrada ser la madre transferencial, siempre me sorprende y me molesta un poco. Yo me siento demasiado masculino». Le pregunté si otros también depositaban en él lo que llamaba transferencia materna. Dijo irónicamente —y creo yo que también un poco apesadumbrado—: «Oh, demasiados».

Ahora dice que quiere mostrarme un nuevo juguete. Está encantado con una figura de arcilla cóptica enviada por un antiguo analizante. La pequeña figura es sorprendentemente parecida a Yofi. Yofi está sentada, como siempre, en el suelo: emblemática, heráldica. El perrito de arcilla se parece a Yofi y no puedo evitar preguntarme si el donante de la figura que está sobre el estante opuesto al diván habrá notado la semejanza de esta imagen etrusca de barba puntiaguda y delicada sonrisa, con nuestro Profesor.

Hoy hay tulipanes rojos sobre la famosa mesa que tiene la hilera o el semicírculo: Osiris, Isis, Atenea, y los demás, con el Vishnu de marfil en el centro.

El Profesor fue a la otra habitación a buscar otro perro que quiere mostrarme. Trae un perro de madera roto. Es un juguete de una tumba egipcia.

Le digo que el único perro egipcio que recuerdo es el del Louvre; ¿era un perro el chacal en el estandarte? El único perro egipcio que recuerdo era idéntico al Wulf de su hija Anna.

Sí (repetí), la Catedral de mi sueño era Sigmund Freud. «No», dijo. «No yo, sino el análisis».

Es, como dijo acerca de mi abuelo, «una atmósfera…». Los gnomos o las gárgolas, los dragones góticos, pájaros, bestias, y peces de la decoración interior y exterior, las imágenes de los santos y de los héroes, todos encuentran sus réplicas o sus «fantasmas» en este cuarto o en estos dos cuartos.

10 de marzo

Había hablado de mi decepción con Havelock Ellis. Él no se interesó en mi experiencia en las Islas Sorlingas cuando Bryher me llevó allí, en julio de 1919. Fue un gran golpe para mí, ya que había definido al Dr. Ellis, en el tiempo en que escribí mis Notas sobre pensamiento y visión, como a la vez un santo y un sabio. El Profesor dijo que siempre se había preguntado por qué un hombre en su situación, tan independiente de la crítica exterior, dedicaría su enorme energía a una superficial documentación sobre el sexo. El Profesor dijo que advertía por

mis reacciones que su opinión no era injustificada. Dijo que estaba desconcertado. «Él registra muchas cosas graciosas que la gente hace, pero nunca parece querer saber por qué las hacen. Usted verá… lo pierdo un poco, pero siempre pensé que había algo inmaduro en su Psicología del sexo».

Soñé con mi botellita de sales aromáticas, el símbolo de la transferencia. En mi sueño, estoy salando mi máquina de escribir. Presumo que debería salar mi escritura insípida con la sal de la tierra, la expresión menor de Sigmund Freud.

He intentado escribir la novela de mi experiencia en la guerra, de mi primer niño nacido muerto, y de la segunda, nacida con tan buena fortuna, con Leo que se erguía en el equinoccio de invierno, Aries o el Carnero. He rescrito esta historia y otras que eran fantasmas de ella, como en el caso de La esposa de Pilatos y de Hédilo, ambas reconstrucciones históricas o clásicas. Hédilo tuvo el típico succès d'estime[10] que siguió a la publicación de Heliodora, un volumen corto de poesía, y a Palimpsesto, un libro de cuentos cortos. Siento, también, que el último libro, Rosas rojas para el bronce, no es del todo satisfactorio. Nunca estuve completamente satisfecha con ninguno de mis libros, publicados o inéditos.

Las cosas pequeñas, en apariencia triviales, cobran relevancia. Recuerdo que el Profesor dijo que nunca se sabe, hasta el fin del análisis, qué es lo importante y qué no lo es. Con mis recuerdos de Chartres, evoco una ilustración en el periódico de un niño en una fiesta de cumpleaños. No era una linda imagen. El niño devoraba una torta de crema que le chorreaba por su delantal. Los niños ya no usan delantales, ¿no? Los recuerdos de cumpleaños retornan.

Mis libros no han nacido muertos, sino que han nacido del intelecto desapegado. Alguien dijo que Hédilo era «escritura alucinatoria».

Sin embargo, me parece que si me vuelvo más «humana» pierdo mi sentido de la dirección, el estilo de mi prosa. La poesía es otra historia. Sí, los poemas están bien, pero a diferencia de muchos de los poetas que conozco (y he conocido muchos), un poema deja de interesarme una vez que lo escribo, que lo proyecto o materializo. Tengo un sentimiento de que hay sólo una parte de mí ahí.

Quizás esto se debe, en cierta forma, al hecho de que perdí a mis compañeros de escritura de mi primera época en Londres, se podría decir el período de mi «éxito», aunque fuera pequeño y más bien circunscrito al ámbito. Me fastidié bastante con el Profesor al leer uno de sus libros. Decía (así lo recuerdo) que las mujeres no consiguen nada o no consiguen mucho, cuando se trata de actividad creativa, excepto que tengan una contraparte masculina o una compañía masculina de quien extraer su inspiración. Tal vez él esté en lo cierto y mi sueño de «salar» mi máquina de escribir con el símbolo de la transferencia sea plena prueba de su infalibilidad.

Estaban los dos compañeros principales, al igual que en la Catedral del sueño. A Richard Aldington y a D. H. Lawrence parecía gustarles mi escritura, pero estaba desgraciadamente separada de Aldington y era imposible en ese momento continuar mi amistad con Lawrence.

Lawrence retornó después de su muerte, aunque yo no haya tenido el valor o la fuerza para hacerme cargo de esto.

Lawrence regresó con El hombre que murió. Sea que me haya pensado como la sacerdotisa de Isis en ese libro o no, no altera el hecho de que este último libro me reconcilió con él. Isis está incompleta sin Osiris, y Judy es insignificante sin Punch.

Estoy segura de que no mencioné nunca a Lawrence en mi trabajo preliminar de

tres meses con Mary Chadwick en Tavistock Square, en Bloomsbury. Sentía que la Señorita Chadwick no podía seguir los desarrollos de mi mente creativa. Hablando de esto con el Dr. Hanns Sachs en Berlín, invierno de 1931, él coincidió conmigo en que sería mejor continuar con el trabajo en lo posible con un hombre y preferentemente con uno superior a mí. «¿El Profesor?» me preguntó. Por supuesto, trabajaría con el Profesor si él me aceptara.

Curiosamente, en mi fantasía, pienso en un tigre. ¿En mí misma como un tigre? Este tigre puede saltar. ¿Y si suponemos que puede atacar al frágil y delicado viejo Profesor? ¿Temo que mis propios terrores del presente, la acechante «bestia», pueda destruirlo? Menciono a este tigre como una fantasía infantil pretérita. ¿Y si se materializara? El Profesor dice: «tengo a mi protector».

Señala a Yofi, la pequeña leonesa tendida a sus pies.

¿Protector?

Recuerdo la escena de la turba fuera del palacio de Buckingham, el 4 de agosto de 1914.

11 de marzo, 9:10 A.M.

Soñé con un espejo antiguo. El original estaba enmarcado en terciopelo. En torno a él tenía pintados ramos de varas de oro. Yo admiraba particularmente esta joven creación de mi madre, pero el espejo fue quitado de la planta baja cuando nos mudamos de Bethlehem y colgado en una pequeña habitación del primer piso de la casa del Observatorio Flower, en las afueras de Filadelfia. En mi sueño, el otrora desaparecido espejo reaparece en nuestro departamento de

Riant Château, Territet, donde mi madre vivió con nosotros, en la década del veinte. Estoy muy feliz con este espejo y conmovida de que mi madre lo haya traído con ella desde Estados Unidos.

Reexamino el espejo, hay más flores, pero sólo logro evocar los narcisos, tal vez debido a alguna asociación con el mito de Narciso enamorándose de su reflejo en el agua.

Quizás los últimos libros que escribí eran demasiado egocéntricos o «narcisistas» para satisfacer mi corazón. Quiero una fusión o una transfusión del arte de mi madre. Si bien ella descartó el terciopelo con los ramos de varas de oro y otros tesoros de la época, no hay nada de Da Vinci o de Durero que pudiera hacer arder mis entrañas con adoración como aquellas flores de manzano, aquellas margaritas, campanillas y rosas silvestres en su juego de «vajilla de bodas». Es cierto, había un recipiente que trajo desde Dresde, de su luna de miel, pintado con tulipanes y otras flores, que yo admiraba casi igual.

Aquí está la trampa. Es bastante fácil desechar modas pasadas. La facultad crítica puede guiarnos y dirigirnos, pero no es fácil ser crítico y al mismo tiempo recuperar la llama que ardía con total abandono.

El ardor vuelve en el sueño. Soy feliz al revivir mi sueño y escribir estas notas. Siguiendo con este último sueño, aparece Frances Josepha: su madre y ella navegaron conmigo en el verano de 1911, en mi (y su) primer viaje a Europa. Ella era unos años mayor y en ese tiempo nos tomaban por hermanas. Frances encontró nuevos amigos y las circunstancias nos separaron. Ella apareció en mi sueño y dijo: «¿Recordás… a fulano… y a mengano?», como para humillarme o lastimarme. Yo digo: «Nada de lo que recuerde importa ahora salvo en relación al hecho de si se lo digo o no se lo digo a Freud». En mis sueños, parece que no hay argumento o réplica que pueda arruinar mi goce en esta palabra: Freud. El Profesor había él mismo señalado la correspondencia entre su apellido Freud y la palabra alemana Freude, o alegría.

Había conocido a Ezra Pound en Estados Unidos en la misma época. Ahora Ezra parece venir a unir fuerzas con Frances. Dice, con ironía: «¿Desde cuándo estás tan feliz? ¿Desde ayer?».

Parecen aliados en mi contra. Tanta gente ha intentado romper mi fe. Le dije a Ezra: «No podía creer que Freud me aceptara. Y ahora voy todos los días». Bryher aparece, como en la vida misma, a tomar el lugar de Frances. Hablamos de alguien. ¿De quién? Tal vez de Ezra o de Lawrence, cuyas feroces diatribas a veces me recordaban al primer Ezra. En mi sueño, el Profesor me devuelve la fe. «Si hubiera conocido a Ezra, podría haberlo puesto bien», dice.

En el sueño de pronto asocio el semicírculo de pequeñas imágenes del Profesor con botellas. Recuerdo que cuando me devolvió mis sales aromáticas, dijo que suponía que «esto le pertenece… una botellita verde».

Cuando le dije al Profesor que había estado enamorada de Frances Josepha y que hubiera sido feliz con ella, él dijo: «No. Biológicamente no». Por alguna razón, aunque había sido tan feliz con el Profesor (Freud — Freude), me dolió la cabeza y me sentí desconcertada. Quizás fue porque al final traté de contarle sobre un ataque aéreo especial durante el cual se hicieron trizas las ventanas de nuestro cuarto, en Mecklenburgh Square.

8

6:30

El Profesor dijo, cuando le hablé de Frances y de Ezra y de su aparente falta de simpatía o de comprensión por mi deleite en el análisis, que yo huía de recuerdos indeseables o trataba de apartarlos; dijo que depositaba en el psicoanálisis la situación o la solución.

Por el momento, abandono mis conflictos y confío en que serán resueltos en el sueño.

En mi sueño, navegamos a la deriva a lo largo del Nilo en Egipto o de los ríos Lehigh o Delaware en Pensilvania, o encontramos una porción del hogar «perdido» o del amor «perdido» junto al Danubio, el Támesis, o el Tíber. El sueño, en ese sentido, es en sí mismo Osiris, el otro mundo, la muerte o el mundo al otro lado del umbral de la vida de la vigilia, el sueño. No siempre sabemos cuándo estamos soñando.

Intenté describir algunas experiencias que había tenido en mi primer viaje a Grecia. Intenté escribirlas. De hecho, es el miedo a perderlas, a olvidarlas, o rebajarlas a fantasías neuróticas, residuos de la guerra, del confinamiento o de la epidemia, lo que me conduce a comenzar una y otra vez un nuevo borrador de la «novela». Es, sin dudas, el tejido de Penélope lo que estoy urdiendo.

Puedo decidir que mis experiencias eran el resultado lógico de la enfermedad, de la separación de mi marido, y de la pérdida de la amistad con Lawrence; pero incluso así, no tengo una técnica adecuada para hacer frente a la visión. Era como si hubiera caído un telón, lo que Stephen Guest una vez mencionó como «telón de asbesto», entre los diez años de mi vida fuera de Estados Unidos y el presente de entonces (primavera de 1920). Había partido de Nueva York en el verano de 1911, pero creo que me encontré con Frances el año anterior, 1910, el año del cometa.

La primera década de mi aventura comenzó con el Argo, Floride, un pequeño buque de vapor francés que navegaba hacia El Havre. La segunda década de mi aventura con el Argo, Borodino, un barco que pertenecía a «una de las líneas», la frase de Bryher para referirse a una de las embarcaciones de su padre. La tercera década de mi crucero o de mi búsqueda puede decirse que comenzó en Londres, con mi decisión de emprender un serio curso de psicoanálisis, para mi propio beneficio inmediato y para fortalecerme hacia el futuro.

Hicimos un crucero a través de mi infancia. La Señorita Chadwick fue muy útil. Aunque no pudo seguir los desarrollos posteriores. Viajamos hacia adelante y hacia atrás, Suiza y una corta visita a Berlín. El Dr. Sachs iba a ver a su familia en Viena de modo que me adelanté a él, vía Praga. Tuve apenas unos pocos encuentros con el Dr. Sachs en Viena, pero allí decidí que la mejor decisión, de ser posible, era trabajar directamente con el Profesor. Escogiendo libros, manuscritos, anotadores, sentía como si me estuviera preparando para un último viaje. En la limpieza general de la casa, no continué ni un poco con la «novela», aunque no pude decidirme a destruir los últimos borradores que quedaban de ella. Allí está, colgando sobre mí, esa «novela». El hombre en el Borodino, un tal Sr. Van Eck (lo llamaremos así por conveniencia), era un hombre en el Borodino, pero el Hombre no era el Sr. Van Eck.

No lo encontraba con frecuencia. Estuvimos tres semanas en el mar, contando el tiempo pasado en Malta y en Gibraltar. Hubo una tormenta terrible, había habido poco antes una tempestad que cruzaba el Atlántico, en aquel primer viaje, pero

se convirtió en algo más que una tempestad si se toma en consideración el tamaño y la condición del Floride, que navegaba por última vez. El Borodino estaba en mejor estado, todo recubierto de metal, había sido usado como buque correo en la Armada durante la guerra. El padre de Bryher lo había elegido para nosotras por esa razón. Aún había minas flotantes por todas partes.

Le conté con lujo de detalles al Profesor cómo conocí al Hombre que no era el Sr. Van Eck. Es cierto que era el Sr. Van Eck, pero había una trampa. Yo lo supe desde el principio. El Sr. Van Eck tenía una llamativa y pesada cicatriz sobre su ceja izquierda; estaba anotado en su pasaporte, como señas particulares visibles. Recuerdo que el capitán habló de ella. El Hombre en el barco no tenía ninguna cicatriz sobre su ceja izquierda.

Hasta acá, todo bien.

Tantas veces he escrito o he intentado escribir mi experiencia con el Hombre del barco que no es difícil contársela al Profesor. El «encuentro» principal fue en febrero, pocos días después de que partimos desde Londres. Había habido mal clima y me dijeron que en la Bahía (hasta entonces nunca había oído que se refirieran a la Bahía de Vizcaya como la Bahía) siempre el clima era duro. Estuve caminando por la cubierta con Bryher y con el Dr. Ellis, que estaba con nosotras. Yo vestía un viejo saco azul, una boina, como llaman ahora a nuestra vieja gorra escocesa, y zapatos de taco bajo. La vestimenta es sencilla, pero apropiada para la ocasión y, mientras patino y me deslizo con mis piernas inusitadamente marinas, estoy de veras en un nuevo elemento. Estoy en un antiguo elemento también: soy una adolescente y una fuerza fresca ha venido hacia mí en estos pocos días en el mar, fuera de Londres.

No podría haber inventado una vestimenta más apropiada o que expresara mejor mi estado de renovada juventud. Me sorprendió que la cubierta estuviera desierta y que el viento hubiera mermado. Fue, de acuerdo al reloj, antes de cenar, cuando fui al camarote a cambiarme, como siempre. Quizás en el camarote me

tendí un rato en la litera para descansar unos minutos antes de emprender la ardua tarea de desenterrar ropa limpia en la valija. Era una pequeña cabina, pero la mejor del barco. El barco no era oficialmente un buque de pasajeros. Una imaginaba que había habido hileras dobles de literas, unas sobre otras, para comodidad de los pocos viajeros admitidos como privilegio especial (en aquel tiempo, las plazas para navegación debían reservarse con meses o incluso años de anticipación). Había, según recuerdo, una percha en la puerta. De cualquier modo, todo era muy recio. Quizás me tendí en la litera para descansar unos minutos antes de cambiarme.

Tal vez estaba allí en la litera, descansando, cuando trepé los escalones ahora inmóviles que iban a la cubierta superior. Bueno, todo estaba tranquilo. El aire fresco era estimulante, un sabor fresco, un gusto nuevo, aunque ya todo había resultado, desde que salimos del río aquella tarde a principios de febrero de 1920, un soplo de resurrección.

La cubierta estaba, considerando todo, de un modo especial, barrida y adornada. No había sillas de cubierta desperdigadas, ningún niño se inclinaba a recoger almohadones o a juntar mantas olvidadas. De seguro, no había habido mucha gente en la cubierta cuando nos separamos del Dr. Ellis, esos minutos antes.

Quizás fueron más que unos pocos minutos, pero estábamos cruzando algo, «¿la línea?». ¿Qué línea? Estábamos costeando la Bahía, a lo largo de las costas de Europa, pero Europa estaba fuera del alcance de la vista, hacia la izquierda si una miraba a la proa. Me había reído del Dr. Ellis y de su lenguaje heredado de capitán de barco: estribor, babor… aunque cuando iba a la escuela había sido bastante meticulosa como para conocer mi babor y mi estribor, el listo a virar por avante, y todo lo demás. Eso me había abandonado. Era suficiente con izquierda y derecha, adelante y atrás. «¿Seguimos adelante?», solía decir Bryher. Bien, ¿seguimos adelante?

El viento debió cesar de pronto. Quizás también, aquí, acercándonos a Portugal,

la noche se imponía con ese bálsamo y esa suavidad no-nórdicas que a veces me hacía extrañar el cielo encapotado de los inviernos de Inglaterra. De cualquier forma, había una luz violeta sobre el mar.

Debo encontrar a Bryher, pensé; Bryher no debe perderse esto. Pero, cuando estoy a punto de volver, veo al Sr. Van Eck parado junto a la borda a mi derecha, mientras me detengo en lo alto de las escaleras del barco.

Bien, él me ve. Debo al menos decir buenas noches. Noto, para mi sorpresa, que es algo más alto que yo. No había pensado que fuera tan alto, aunque tenía una buena altura militar, hombros anchos, más bien cuadrado de estructura, aunque no pesado. Es más alto de lo que pensaba. No debo mirar al Sr. Van Eck. Temo que capte mi mirada detenida en él, en una suerte de incontrolable fascinación, por su curiosa y profunda cicatriz sobre su ceja izquierda. Al mismo tiempo, una no puede, por respeto, dejar de mirar a los ojos de la persona a quien saluda. Sus ojos están descubiertos, el Sr. Van Eck usa anteojos de armazón grueso.

Sus ojos son más azules de lo que pensaba. Son azul niebla, azul mar.

El cabello de sus sienes no es tan escaso como lo había imaginado. El Sr. Van Eck me había contado que tenía cuarenta y cuatro años o que los tendría el 10 de marzo. Yo nací el 10 de septiembre, de modo que no estábamos, como lo muestra la carta astral, en oposición, siendo piscis y virgo opuestos. Estamos, en cambio, en la línea recta de la afinidad. No le dije la fecha de mi cumpleaños; yo tenía treinta y tres años, y mientras que Peter Van Eck cumpliría cuarenta y cuatro en marzo, yo tendría aún treinta y tres hasta el próximo septiembre.

Él es más alto. Él es mayor… no, debe ser menor. Anochece, nos rodea esta extraña luz. La luz no es extraña.

Una no puede mirar, pero ciertamente la cicatriz no está allí.

A su derecha, ahora que me enfrenta, está la costa de Europa. ¿Portugal? A su derecha, ahora que se para allí, hay una costa dentada. «Tierra», dije. No se me ocurrió que la tierra, si apareciera, estaría del otro lado del barco. ¿O acaso el barco había dado la vuelta? ¿O se trataba de algunas islas perdidas que yo ignoraba? Había delfines.

Sí, había delfines. Se había hablado de delfines, alguien los llamó cerdos de mar, tal vez el ingeniero que iba a Eubea, y que se sentaba a la mesa junto al Dr. Ellis. Nosotros cuatro nos sentábamos a la derecha y a la izquierda: Bryher y yo estábamos al lado del capitán en la única mesa larga. Junto a Bryher estaba el Dr. Ellis; a mi izquierda el Sr. Van Eck.

A los delfines se les suman otros delfines; forman un patrón curioso y desconcertante, saltando con orden y ritmo como lunas crecientes, fuera del agua, una lucha o una danza de delfines. Son delfines. ¿No dijo el ingeniero que va a Eubea que había estado buscando un cerdo de mar?

Estamos en marzo, piscis, los peces, pero creo que no pensé en eso.

No sé qué estaba pensando. Pensé: el Sr. Van Eck, por alguna razón (quizás sea un agente secreto) «se maquilla». ¿Podría quitarse o ponerse esa cicatriz? Bien, tal vez no era el Sr. Van Eck quien se maquillaba como agente secreto; tal vez un agente secreto pretendía ser el Sr. Van Eck.

No, no lo sabía, ni pensé en todo esto en ese momento exacto, en febrero. Sí, era febrero. Todavía no era marzo. Febrero es acuario, la casa de los amigos…

13 de marzo

El Profesor dijo que le daba curiosidad ver cómo seguía la historia, ahora que teníamos el encuadre.

Yo también sentía curiosidad. Si el Profesor no podía resolver mi problema, nadie podría. Le expliqué que la primera velada que pasamos en altamar yo estaba fastidiosa porque tenía a mi izquierda a una anciana dama canadiense sorda que iba a Atenas a visitar a una sobrina que se había casado con un abogado griego. Suelo sentirme particularmente molesta cuando tengo que alzar la voz al hablar y me figuraba que tendría que mantener una conversación amable, de mesa, de este modo tan forzado y artificial, durante todo el viaje. Aun así, ello no habría importado tanto si todos los comensales no hubieran detenido su murmullo o conversación cada vez que yo alzaba la voz para hacer alguna acotación trivial o cuando hacía mi mejor intento por responder, con cortesía y evasión, cada vez que la anciana me interrogaba sobre mis planes y me preguntaba por qué estaba en el barco y cómo me las había arreglado para llegar allí.

Por entonces no había distinguido a la familia de Alejandría, o no sabía que iban a Alejandría, «Alex», como la llamaba el mayor de los muchachos. Era «Alex» y también «Gib», con el ingeniero y con un misionero (me enteré después) que se sentaba adentro, como si tratara de mantener distancia. Pero ni el misionero ni el mercader de tabaco de Alejandría (como más tarde supe que era) ni el ingeniero que iba a Eubea me ayudaron en lo más mínimo cuando me tocaba hablar.

Me pareció un milagro, tras dos noches en esa angustia, encontrar una nueva

compañía.

Era el Sr. Van Eck. No sé cómo llegó allí. La anciana dama, es cierto, se había retirado a su camarote por el resto del viaje. Supongo que los viajeros experimentados, como aparentaban todos estos, saben cómo arreglar estas cosas. Para mí era apenas menos que un milagro encontrar, el tercer día, en el lugar de la anciana sorda, a un simpático hombre de mundo, maduro, de buen trato, afable, que hacía ocurrentes observaciones sotto voce[11] acerca de nuestros compañeros de viaje.

Estaba fascinada con Peter Van Eck. Él había viajado mucho, había vivido en Grecia por cierto tiempo, había trabajado en excavaciones en Creta, era arquitecto de profesión y decía que artista por vocación, pero que no había tenido la libertad para elegir. Había estado en Egipto en una ocasión, ayudando a restaurar un sepulcro o una tumba de algún califa o jedive. Estas palabras eran nuevas para mí. Le dijo a Bryher a través de la mesa que algo era «jedivesco»; no recuerdo qué. Sólo recuerdo que oí esa palabra por primera vez.

Yo tenía mis reservas. Un telón de asbesto había caído entre mi pasado y yo, mi no lejana y amarga ruptura con el amor y la amistad.

Repetí: «Llevábamos tres semanas de navegación». El Profesor dijo: «¿Tan lentamente?».

Escapamos del Dr. Ellis en Algeciras y nos fuimos con el Sr. Van Eck a caminar por un bosque de corcho; el suelo estaba constelado de narcisos de febrero. Este era el Sr. Van Eck, no era el Hombre del barco, pero no tenía yo entonces ni el ingenio, ni la temeridad, ni el coraje necesarios para resolver todo esto. Si el Sr. Van Eck era el Hombre del barco, yo me estaba perdiendo de algo. Si el Sr. Van Eck no era el Hombre del barco, también me estaba perdiendo de algo. No sé por

qué, pero en Malta le dije a Bryher que no quería que los cuatro fuéramos juntos a la antigua ciudad como lo había sugerido el Sr. Van Eck. Supongo que quería estar sola con Bryher, para pensar en algo que no me preguntaba o que no ponía en cuestión. Responder la pregunta significaba perder a uno o al otro, al Sr. Van Eck o al Hombre del barco.

A veces el Sr. Van Eck era el Hombre del barco pero no el Hombre del barco con quien me encontré aquella primera vez en la Bahía. Debía saberlo. Sabía, aunque no podía admitirlo aún, que no sólo eran inverosímiles los delfines, sino que el mar mismo era imposible. Quiero decir, todo parecía bien en aquel momento, pero no existe un mar tranquilo y un barco que se mueva sin temblores, sin vibración ni sacudones del motor, en un mar llano, pero partido en miles de olitas perfectamente onduladas como las olas del fondo de un Botticelli. No, todo estaba mal.

Sin embargo, todo tenía tal suprema naturalidad que me volví al Sr. Van Eck, en la mesa, y dije: «Fue hermoso ver los delfines», «ojalá Bryher hubiera estado con nosotros». Bryher dijo, creo que algo ofuscada: «¿dónde estabas?», yo respondí: «estaba en la cubierta. Subí para tomar un poco de aire y para ver la puesta del sol. Estaba sobre la cubierta observando los delfines con el Sr. Van Eck». Me giré hacia él en busca de confirmación.

Él le sonrió a Bryher por sobre la mesa. Tenía unos modos atractivos. El capitán dijo: «¿Delfines?, el radio-operador es nuestro experto en delfines. No informó que los hubiera». «Pero había delfines». Me volví otra vez hacia el Sr. Van Eck para que lo confirmara. «¿Hacia dónde nadaban?», preguntó el capitán. Indiqué la dirección del grupo de delfines. «Nadaban en esta dirección», dije, indicando una línea «hacia adelante», que cruzaba al Sr. Van Eck, al otro lado de la mesa. «Está bien», dijo el capitán. «Así deberían nadar. Nadan con el viento. Debo preguntarle al radio-operador».

Ahora le digo al Profesor: «¿Dónde estaba yo, que Bryher no pudo

encontrarme?».

Quizás se trate de un antiguo acertijo. Quizás no haya respuesta o sea peligroso preguntar, porque la respuesta errónea (como con la esfinge de Egipto) puede acarrear la muerte. Al menos, pude registrar los detalles de mi experiencia, pude anotarlos, pude tejer y destejer los hilos, el tapiz de este marco. No importaba realmente dónde estaba yo. Tal vez era una historia como la de Erlking. O acaso como la historia del Centauro de Algernon Blackwood.

Yo había leído El Centauro muchas veces, primero en Estados Unidos. Tenía ese mismo tema, aquel mismo minuto absoluto y exacto en el que todo cambia en un pequeño barco (así lo recuerdo) en camino a Grecia. En un momento preciso, el bote entraba en un encantamiento. De igual modo aquí, con igual exactitud de momento, según el reloj, en la exacta geografía de un mapa, camino a las Columnas de Hércules, en un barco destinado al puerto de Atenas, se «cruzaba una línea». Creo que, en El Centauro, el narrador o el héroe advierte el minuto, el segundo, en que se cruza esa línea. Yo, la narradora de esta historia, no sabía que la había cruzado.

Cuando sí lo advertí, era demasiado tarde, no podía acercarme al Sr. Van Eck. Él estaba de camino a Delhi.

¿Delhi, Delfos?

Así arreglan ellos las cosas, supongo. Si hubiera pescado el asunto en el momento en que nos despedimos de Atenas, quizás no habría habido despedida. Pero, en ese caso, habría perdido la historia.

En aquella mesa del vasto salón, los nombres se arrojaban de un lado a otro, de arriba hacia abajo, como anticuadas pelotas de ping-pong. Londres, Gibraltar, Algeciras, Malta, Atenas, Delhi, Alejandría, El Cairo… Le dije al Sr. Van Eck esa última mañana durante el desayuno: «Supongo que me toparé con usted en alguna de las capitales de Europa». No quería definir ningún arreglo para encontrarme con él en Atenas. «Me encontraré con usted en el Propileo», respondió.

Bryher y yo nos encontramos en el Propileo con el Dr. Ellis. Nos permitió ir solas a través de los pórticos, hacia el Partenón.

8 P.M.

Me siento frágil y frustrada. Me enojé al final de mi sesión porque Yofi andaba de un lado para el otro y me pareció que el Profesor le prestaba más atención a Yofi que a mi relato. Estaba enojada por eso y porque oí que alguien se reía detrás de la puerta. Raras veces oigo o reparo en lo que ocurre en la sala de espera o en el vestíbulo. El Profesor dijo: «¿Entonces los recuerdos se desvanecieron?». Quizás sintió que yo forzaba una secuencia dramática de una historia que no era más que «una atmósfera…».

Casi que le ladré: «No, no se han desvanecido».

El Profesor me preguntó si había vuelto a ver a este hombre. Le dije: «Dos veces en Londres». Tal vez el tono de mi voz le transmitió lo que sentía. El Sr. Van Eck de Londres no era el Hombre del barco.

14 de marzo, 2:40 P.M.

Una pesadilla familiar anoche. Estaba en un hotel o en una pensión, Bryher y mi madre estaban en otra. Regresé a mi cuarto para encontrar que la iracunda hotelera había llevado toda mi ropa y mis pertenencias a otro cuarto, sin consultarme. Estoy enojada, pero en mi sueño muy asustada para ser otra cosa más que educada. Hay niños jugando alrededor. Los niños lucen indiferentes, aunque en apariencia nada hostiles. La hotelera me mira: «No tenemos lugar aquí, debe irse de inmediato».

Me las arreglo de alguna forma para agarrar mi ropa, estoy sobrecargada con ella y con una cantidad de paquetes extraños, pero finalmente logro alcanzar a Bryher y a mi madre. Estamos en Florencia, a orillas del Arno, y el Arno es sólo el lecho de un río con algunas huellas de pisadas. Mi madre dice: «Sólo de este lado del río estás a salvo».

Sigo sobrecargada y perdida. Mi madre murió hace justo seis años, en marzo. Habíamos parado en un hotel en Florencia, Lungarno, junto al Arno. Visité Florencia por primera vez en 1912 con mis padres. También en ese tiempo, hace catorce años, esperaba el nacimiento de mi hijo. Había contraído lo que el Profesor llamaba la epidemia, en una pensión de Ealing, mientras esperaba ir a la maternidad Saint Faith. Había habido muerte en la casa. Más tarde supe cuán impresionada había quedado Bryher cuando vino a verme. La hotelera había dicho: «¿Quién se encargará del funeral si se muere?».

El contenido del sueño es un lugar común, pero despierto con un dolor en el corazón, dolor en el corazón, sí, en el sentido romántico del término, y dolor del corazón, verdadero sufrimiento físico que me asusta.

Me recupero sobre la bandeja del desayuno, café vienés y panes, y salgo y compro el grabado de Sigmund Freud que había encargado en la tienda de la Ringstrasse unos días antes.

9

7 P.M.

Le conté al Profesor la impresión que me dio esa pesadilla, como si explotara mi corazón. Me interrogó acerca de Van Eck, ¿era un nombra austríaco? Dijo: «tengo una idea». Salió con premura y volvió con un maletín de cuero. Me mostró el nombre, estampado del lado de adentro. Era Vaneck.

Le interesó escuchar que el Sr. Van Eck era hijo adoptivo del pintor victoriano. Preguntó por su nacionalidad. Le expliqué que suponía que era un nom-de-guerre; era una familia holandesa, establecida en Londres. Le dije que la pintura me recordaba a mi madre. Le conté cuánto admirábamos sus obras cuando éramos niños y cómo alardeábamos ante las visitas: «mi madre pintó eso». Y ella tenía una modestia enfermiza.

Continué contando cuán difícil había sido ensamblar la historia de Peter Van Eck ya que, después de todo, fue un mero encuentro o un romance de viaje. El Profesor me pidió que interpretara mi sueño de las dos habitaciones del hotel o la pensión. Le dije que pensaba que era miedo a ser trasladada, durante mi embarazo; quizás era miedo a la muerte. Me pidió más «detalles históricos». Le conté acerca de varios incidentes que ocurrieron en los años de la guerra, mientras vivía en pequeños cuartos para estar cerca de mi esposo y de las distintas unidades de instrucción adonde se lo destinaba. También lo difícil que era encontrar un lugar en aquel tiempo y cómo una vez, al venir de Buckinghamshire para ver al médico, quedé atrapada en la niebla, y tuve que buscar una habitación para pasar la noche. Dando vueltas por Bloomsbury, un perfecto desconocido se acercó a hablarme: «Tengo un cuarto que puede

ocupar», dijo. Parecía imposible, pero abrió una puerta verde en una hilera de puertas verdes y me presentó a la casera: «Esta dama tomará mi habitación por esta noche», le dijo. Esto realmente ocurrió. Al contarlo, parece parte de un sueño.

El Profesor dijo: «Creo que sé quién es la casera mala». Yo le pregunté con inocencia: «¿Quién?». Él respondió: «Yo mismo». Repudié este comentario y luego recordé cuán molesta estaba yo con Mary Chadwick de Tavistock Square, Bloomsbury, cuando dijo al final de nuestros tres meses de sesiones: «A usted le gusta hablar, ¿verdad?». Le referí esto al Profesor. Dijo: «Pero la señorita Chadwick y su trabajo con ella es sólo un precursor de mí». «No», repliqué. «Ella era una enfermera competente, pero no un doctor».

El Profesor afirmó que debía haber otros «datos duros» relacionados con mi temor a ser expulsada. Sí, había muchas asociaciones. Recordé que una vez, cuando estaba en Roma con mis padres, al correr hacia mi cuarto luego de un día agotador de excursiones, encontré el armario vacío y ninguna de mis pertenencias sobre la cómoda. Había sido mudada a otra habitación de planta baja. No me afectó tanto el fastidio de no haber sido consultada, sino el estremecimiento al encontrar que mis ropas, mis zapatos, todas mis pertenencias, habían desaparecido misteriosamente. Le explico al Profesor que cada vez que vuelvo a mi habitación en el Regina, cobro coraje antes de abrir la puerta, no sea cosa que me hayan mudado. Recuerdo los hoteles en que nos quedamos, en Florencia, en Roma, en Nápoles. Siento aquí que estoy en una ciudad italiana o casi italiana.

3:30 P.M.

Ahora, al tomar mi té, recuerdo que el Profesor me preguntó por qué estaba tan contenta de tener sesión a las 5 P.M. Le dije que había asociado mis recuerdos más felices en Londres con el inevitable té de las 4 o de las 5 y que aquí podía soñar, sobre mi diario, mientras me preparaba para la felicidad de hablar luego

con él. Él dijo otra vez que no quería que me preparara. No pude explicarle adecuadamente que no me preparaba. Él no desea que yo tome notas, pero debo hacerlo.

Recuerdo cuán feliz era mientras jugaba a tomar el té con los niños de enfrente. Teníamos un juego de vajilla para la ocasión. Mi madre me había comprado un juego porque yo estaba encantada con el «verdadero juego de té» de los Williams. Era un juego intermedio entre los de adultos y los de juguete.

Creo que mi madre me lo regaló cuando cumplí siete años. Las tazas y los platillos y la mantequera tenían un borde dorado. Tenían, también, ramilletes de violetas.

10

El Profesor me encontró leyendo en la sala de espera. Dijo que podía tomar prestado cualquier libro suyo que quisiera. Volvimos a hablar de Yofi. Pregunté por el padre. Yofi está por ser madre. Me dijo que el primer marido de Yofi era un chow negro y que Yofi había tenido un cachorro negro, «tan negro como el demonio». Murió cuando tenía ocho meses de vida. Esta vez, el nuevo padre es dorado como un león y el Profesor espera que los cachorros de Yofi sobrevivan. Dijo que, si había dos cachorros, los dueños del padre tendrían uno, pero si tenía uno solo, «será un Freud».

El Profesor me preguntó si había notado algún «problema para caminar». No entendí qué quiso decir. Le dije que me sentía bien y disfrutaba de moverme. Él dijo: «quiero decir, en la calle». Incluso en ese momento seguía sin entender bien qué quería decir. Le dije que me sentía como en casa aquí y nunca asustada. Agregué: «la gente en los negocios es muy cortés». El Profesor dijo: «Sí… con una dama».

Luego volvió a pedirme «asociaciones históricas» respecto a las mudanzas o a ser trasladada. Le conté acerca de algunos hallazgos.

Le dije que había, sin dudas, asociaciones infantiles acerca de «salir del cuarto» o de haber sido enviada fuera del cuarto por portarme mal. Dijo: «Sí, el recuerdo o la asociación infantil es a menudo penosa».

Pero abandonar la casa no siempre era un asunto infeliz. Una vez me enviaron a quedarme con una tía joven, sin hijos. Nunca olvidaré la muñeca gigante de

trapo, un tesoro de su infancia que me prestó para jugar. Ella fue quien me dio por primera vez las bolsitas de gaza con abalorios de diferente tamaño y me ayudó a enhebrarlos. Yo había tenido un sueño con la Señorita Chadwick en el que el nombre de mi tío era Vaneck; cuando en realidad se llamaba Frederick.

Hablé otra vez de nuestros animales de juguete y él me recordó mi fantasía del tigre. ¿No había un cuento, «la mujer y el tigre?», preguntó. Yo recordé «La dama o el tigre».

Hoy empiezo mi tercera semana.

11

16 de marzo, 7 P.M.

Vi en el estante un libro de Arthur Waley y le pregunté al Profesor si lo conocía. Dijo que no. Empecé a contarle cómo fue que conocí a Waley en Londres en aquellos viejos tiempos, en el Museo Británico donde yo leía, y cómo me invitó a tomar el té en el salón de té del Museo. Hablamos de un paraguas que yo llevaba y que, en la tienda, para mi divertimento, lo llamaron en-tout-cas[12]. Más tarde, durante la guerra, me encontré con Arthur Waley en el departamento de Iseult Gonne, en Chelsea. Dije que creía que Waley era judío, Freud dijo que él creía lo mismo, pero que «ha adulterado su nombre».

Continué contándole a Freud por qué me había mantenido lejos del psicoanálisis en Londres, y no había leído prácticamente nada hasta los años más recientes, y que Waley, en nuestro departamento de Buckingham Mansions, en Kensington, alrededor de 1920, había sugerido que un amigo suyo podría ayudar a Bryher, cosa que el Dr. Ellis desalentó, aunque finalmente Bryher fue a algunas sesiones con _____.

(En este momento, mientras escribo sobre la mesa de mármol de un café, colocan un pequeño ramo de violetas sobre mi cuaderno. Quiero llorar. Para mi vergüenza, di solamente treinta groschen, pero el mendigo, con su caja de zapatos, pareció conforme y se fue. Del mismo modo, alguien había dejado violetas sobre las páginas de una edición en rústica del Ion de Eurípides, abierto sobre la mesa de mi dormitorio del hotel Belle Venise de Corfú. Parecía todo un «misterio», pero las debe haber dejado Bryher).

Continué contando cómo fue que me separé de Van Eck, en la sala del Hotel Grand Bretagne de Atenas. Dije que estaba congelada.

El Dr. Ellis, que había estado con nosotras en el barco, pero en otro hotel en Atenas, volvió a Londres pocas semanas después. Tanto frío hacía —viento de Siberia— que había una estufa en un rincón de nuestra elegante sala —todo allí era similor y espejos de marcos dorados—, nada de madera ni carbón. La gripe española arreciaba otra vez.

Freud preguntó si Bryher la había contraído. Sin peligros, le expliqué. Uno de los socios de su padre sugirió que abandonáramos Atenas. Atravesamos el Golfo de Corinto por consejo de este Dr. Crower. Por la noche paramos en Itea, debajo del puerto de Delfos.

Le conté al Profesor lo feliz que fui en Corfú —flores, primavera, naranjos, cipreses, la Isla Ratón o la Toteninsel[13] de Böcklein—. Le referí los cuidados de Bryher, nuestras caminatas y paseos en coche, y le dije que la amistad parecía haberme devuelto a las condiciones normales de vida. Freud dio un veredicto: «No tanto normales, más bien ideales».

Quiso saber más acerca de las imágenes que yo llamaba Escrito en la Pared, pero ya casi era la hora así que simplemente dije que Van Eck había estado en mi mente todo aquel tiempo. Bryher lo sabía. El Profesor dijo que el problema era más sutil, más intrincado de lo que había creído en un principio.

Dijo que no deseaba que me preparara para las sesiones con él. Yo dije que no lo hacía. Le hablé de mi deleite en la idea de resolver viejos problemas.

Cuando le hablé de la experiencia de las Islas Sorlingas, el sentimiento de trascendencia de los dos globos o los dos hemisferios transparentes encerrándome, dije que suponía que era alguna forma de fantasía prenatal. Freud dijo: «sí, obviamente; ha encontrado la respuesta. Bien, bien».

17 de marzo, 2:25 P.M.

Tuve un sueño extraño con mirlos gigantes. (¿El señor Crowe de ayer?)[14]. Me pican o me muerden los tobillos con sus grandes picos. Estoy aterrada. De algún modo, soy rescatada por un joven muchacho, y los lustrosos picos negros de los pájaros se convierten en ajorcas de ébano sobre mis pies descalzos.

Viene una amiga de mis épocas de escuela. Busca habitaciones. Otra vez habitaciones. Hay una secuencia confusa de una casa o mansión con muchas habitaciones, ¿la casa de mi padre? Me cae bien Matilda y me agrada verla, ¡pero otra vez el viejo asunto! ¿Va a interferir con mi habitación o mis habitaciones? ¿Es esto angustia de nacimiento? Bryher me escribe que se encontrará aquí conmigo más tarde, junto con mi hija.

6:40 P.M.

El Profesor me pidió que interpretara el sueño de los mirlos.

Freud dijo que el hombre del sueño me había dado femineidad, y con eso encantó a los pájaros.

12

6:40 P.M.

Hoy le hablé al Profesor de la pictografía, o del Escrito en la Pared, como yo la llamaba. Quería saber detalles del tamaño exacto de las imágenes proyectadas que vi en el dormitorio del Hotel Belle Venise en Corfú, cuánto tiempo tardaron en materializarse y la hora del día que era. Miré a mi alrededor en el consultorio y encontré lo que buscaba: en una de sus vasijas griegas había una imagen de la Victoria, o de Niké de la serie de imágenes. Dije: «Ah, allí está».

El Profesor y yo fuimos hasta la vitrina. Algunas de las imágenes tales como las vi y las describí pueden haber sido siluetas de vasijas griegas.

7:40 P.M.

Había llevado una fotografía de Bryher para mostrársela al Profesor. Dijo que podía ser un paje de un fresco italiano.

Luego dijo: «Ella es sólo un muchacho». Y después: «Es muy claro». De otra fotografía, dijo: «Ella parece un explorador del Ártico». Le gustó otra instantánea de mi hija con Bryher en la terraza de la casa de La Tour. Le dije al Profesor que ambas probablemente vendrían a Viena. Dijo: «Me agradaría mucho verlas». Esto me puso muy feliz.

Dijo que las cartas de Bryher eran «muy amables y muy dóciles», aunque ella parecía en las fotografías «muy decidida, muy inflexible». Le hablé de cuán leal y constante Bryher había sido, y cómo arreglaba todo en nuestros numerosos viajes. Cuando le hablé del Escrito en la Pared me preguntó si estaba asustada. Le dije que no, pero que temía que Bryher estuviera asustada por mí. Me interrogó otra vez acerca de la iluminación del cuarto, de posibles reflejos o sombras. Le volví a describir el cuarto, la puerta de comunicación, la puerta de salida al vestíbulo y la única ventana. Me preguntó si era una ventana francesa. Dije: «No, una como esa», indicando la ventana de su propio consultorio.

8:10 P.M.

Estoy sentada en el Café Victoria, en un banco acolchado, bajo un inmenso candelabro. Pienso en Venecia cuando miro los cristales espejados.

18 de marzo, 10:40 P.M.

Soñé con mi madre, joven. Estamos en la galería de nuestra primera casa, en Bethlehem. Mi hermano es apenas un año menor, pero me siento inmensamente superior mientras lo miro gatear por el suelo. Se arrastra, gatea, o camina ligero en cuatro patas. Pienso que es muy inteligente este «perrito». Trato de indicárselo a mi madre. Ella dice: «Pero se ensuciará los brazos y arruinará la ropa». El niño se escabulle por la puerta abierta hacia la sala. Le digo a mi madre, tan sabia y tolerante, «¿qué importa?, es bueno para él que gatee, eso hará una diferencia para toda su vida, va a fortalecer su espalda, sus brazos, sus piernas». Sale gateando de la casa, lo pongo de pie y echo mis brazos en torno a él, en un delirio de devoción.

Conecto este sueño con la observación del Profesor acerca de Bryher: «Ella es sólo un muchacho», y con el hecho de que Bryher escriba que vendrá a Viena con mi hija a visitarme.

Tuve otro sueño. El sobrenombre cariñoso que Bryher le puso al Dr. Hanns Sachs es «la tortuga». Un amigo, un norteamericano residente en Inglaterra, aparece ahora por alguna extraña razón. El estanque de las tortugas está en lo alto de las colinas, en Suiza, sin dudas. Yo misma enfrento a George Plank junto a ese estanque, llevando con orgullo un huevo de gallina. Hay una mujer escribiendo. Dice: «Ustedes, niñas, presumiendo con sus blusas isabelinas». Tengo una sensación de vasta superioridad con respecto a George, quien en realidad es un artista y un amigo comprensivo. Tengo la impresión, sin embargo, de que no le funcionaría el psicoanálisis, aunque no lo siento tan hostil como sentí a Frances y a Ezra en la primera parte del sueño.

4 P.M.

El Profesor me dijo, hace pocos días, que, si él viviera otros cincuenta años, continuaría fascinado y curioso por las divagaciones y por las variaciones del alma o de la mente humana.

13

7 P.M.

Llegué cinco minutos tarde porque Alice Modern había caído de improviso alrededor de las 4:30. El Profesor me recibió enseguida y dijo, respecto de mi historia de la pictografía o del Escrito en la Pared, «me ha hecho pensar mucho».

Le pregunté por los perros; ambos salían durante el fin de semana. No le gustan los gatos; encuentra que los monos están demasiado próximos. «No tenemos ni la satisfacción de que sean como nosotros, ni la de que sean nuestros enemigos».

Le hablé de las estatuillas o imágenes que había en la casa de la que había hablado por primera vez Lawrence, en Cornwall. Me preguntó qué imágenes eran. Respondí que sobre la repisa había un Osiris pintado; sentada a un costado estaba una Isis de bronce; y había, también, creo, un búho momificado, con forma de huevo.

El Profesor dijo: «Venga y veamos si podemos encontrarlos».

Fuimos a la otra habitación; sacó varios tesoros de las vitrinas. Hablamos de un Sekmet que me mostró. Me referí a la imagen con cabeza de gato que está en el pequeño templo en las afueras del gran templo de Karnak. Se divirtió al oír que habían tenido que colocar una verja de hierro a la entrada del templo, a causa de los visitantes histéricos que iban bajo la luz de la luna. Le dije que los árabes

sentían especial temor por esa imagen; que los aterrorizaba, aun en el presente, esa diosa con cabeza de gato o de león.

Miramos las imágenes de otro de los estantes; había una figura griega alada. ¿Tanagra? El Profesor sacó un Osiris de madera (o una imagen de Osiris), ennegrecida por el tiempo o quizá pintada deliberadamente, con alguna especie de brea o de alquitrán. Había otro Osiris de piedra verde azulada. El Profesor dijo: «Se los llama los respondedores, porque sus dobles o ka-s[15] vienen cuando se los llama».

Volvimos al diván.

Le hablé de las escenas o de los cuadros que yo misma había invocado o representado para Bryher, una de las últimas veladas que estuvimos en el Belle Venise. Bryher se había mostrado distante o afligida; su estado de ánimo me asustaba y me entristecía. Para entretenerla, empecé a representar lo que llamé cuadros de danza india. Había una muchacha en las montañas, había un curandero que buscaba plantas en el bosque, estaba también nuestro viejo amigo Minnehaha, sonriendo, cantando; había otros más: una mujer española, isleños de los mares del sur, una muchacha japonesa y un joven sacerdote del Tíbet. El Profesor dijo: «Era una serie poética, de actuación dramática, mitad motivada por el deseo de complacer a Bryher, y no era ni delirio ni magia». Yo había sugerido que podía tratarse de alguna forma de posesión.

El Profesor repitió: «Vea, después de todo, usted es una poeta». Desechó mi sugerencia de que podría haber alguna forma de conexión con los antiguos misterios, con la magia, o con la videncia. Volvió al Escrito en la Pared. Dijo que el drama, como lo llamaba, no escondía ningún secreto para él; pero las imágenes proyectadas, vistas a plena luz del día, lo desconcertaban.

Continuó con ello, ¿podría yo aún ahora ver las imágenes con los ojos cerrados? Respondí: «Sí, y con los ojos abiertos». Él dijo que esto posiblemente era un «síntoma importante». Le dije que deseaba haberle pedido a un artista amigo que dibujara las series para mí, de modo que pudiera mostrárselas a él directamente. Respondió que habría sido inútil. «Las imágenes tendrían valor solamente si las hubiera dibujado usted misma».

9:10

Hablamos de fantasmas. Quería contarle de las muchas curiosas leyendas de Cornwall y de cómo yo misma había oído a los famosos «knockers»[16] cuando estuve allí en 1918. Los habitantes del lugar creían que salían de las galerías de las minas abandonadas. Son el equivalente exacto, aunque no tuve tiempo de hablar de esto, de los gnomos o de los enanos de las viejas leyendas alemanas. Los «knockers», sin embargo, no eran presencias fantasmagóricas, ellos golpeaban con fuerza, a veces con violencia y a menudo.

Lo que sí le conté al Profesor fue que una bisabuela había oído que su hijo la llamaba. Salió corriendo al jardín para saludarlo (en Pensilvania). Su hijo estaba en las Indias Occidentales. Poco tiempo después recibió la noticia de que su hijo murió en el exacto momento en que ella había salido al jardín para darle la bienvenida.

Lunes, 20 de marzo

Pasé un domingo feliz en las galerías; encontré a Tiziano Vec., a Jacopa da Strada, 1477-1576, a Palma Gioime, 1544-1628, con estatuas… y a Giov. Batt. Moroni, 1520-1578. Una pintura de un fino intelectual italiano del Renacimiento, parado junto a una mesa, con estatuillas, me recordó el retrato de Sigmund Freud con su hilera de pequeñas imágenes ante él, sobre la mesa.

14

6:40 P.M.

Subí al departamento de la Sra. Burlingham a las cuatro y veinte. Lucía tranquila, delgada y hermosa en su sencillo consultorio que el hijo arquitecto de Freud había decorado para ella. Como el Profesor, ella también tenía algunos tesoros griegos. Su pequeño Bedlingham gris se escurrió bajo el diván, pero luego se arrastró desde allí para hacerse amigo. Conocí a su hija, de la misma edad que la mía, y a un muchacho de diecisiete años. Otro niño tenía su clase de música en el cuarto contiguo. Me desconcertaron las maneras reservadas y tímidas de la Sra. Burlingham y su modo de recordarme que el Profesor me esperaba abajo a las cinco.

Ya abajo con Freud… le hablé de la visita. Luego me sentí un poco perdida. Quizá, en parte, a causa del último sueño que había tenido. Trataba, con desesperación, de volver a mi departamento en la calle Sloane, en Londres. El departamento está en la planta superior de la casa. Al entrar en el vestíbulo de la planta baja, un hombre y luego un muchacho rudo me impedían subir por las escaleras y parecía que me amenazaban. No osé enfrentarlos… (No pude decirle al Profesor que ese terror estaba asociado, en mi mente, con las noticias de las últimas atrocidades nazis). Mientras estoy allí amenazada y aterrorizada, llamo, en voz alta, «Madre». Ahora estoy en la calle. Miro hacia arriba, en dirección a la ventana de mi departamento. Tiene cortinas diferentes, o una suerte de postigos venecianos. Una figura allí parada, sosteniendo una vela encendida. Es mi madre.

Me empoderó la felicidad y toda traza de terror se desvaneció.

8:20 P.M.

Hablamos de Creta. Le referí cuánto me decepcionó el crucero de la última primavera. Estaba demasiado picado para desembarcar. Los delfines jugaban alrededor del barco, anclado lejos de la costa rocosa; había un arcoíris permanente debido al rocío del mar. Vimos, en lo alto de la colina, la capilla donde se decía que había nacido o había sido criado Zeus. Hablamos de Sir Arthur Evans y de su trabajo allí. El Profesor dijo que coincidíamos en nuestro amor por la antigüedad. Dijo que sus estatuillas e imágenes lo ayudaban a estabilizar la idea evanescente, o a impedir que se escapara del todo. Le pregunté si tenía una diosa-serpiente de Creta. Dijo: «No». Le dije que había conocido gente en Londres que tenía cierta vinculación con Creta, y que podía mover cielo y tierra para conseguirle una diosa-serpiente. Dijo: «Dudo que incluso usted pueda hacer eso».

El Profesor habla del estadio maternal de la fijación y dice que es el mismo en las niñas y en los varones, pero que la niña transfiere su amor o (si ello ocurre) su fijación, al padre. No siempre. La diosa-madre cretense está asociada con el niño o con el joven, en la pintura mural de los campos de azafrán. Hablamos también de Egina. Luego, el Profesor continuó hablando acerca del crecimiento del psicoanálisis y de los errores que se cometieron en sus inicios, cuando no se había comprendido acabadamente que la niña no siempre transfiere sus emociones al padre.

Me preguntó: «¿Su padre era un poco frío, un poco rígido?». Le expliqué otra vez que era lo que se conoce por un «típico habitante de Nueva Inglaterra», aunque estuviera alejado de Nueva Inglaterra porque su padre se había trasladado al oeste. El Profesor dijo que pensaba que mis danzas-dramas de Corfú eran en realidad una especie de representación o de entretenimiento para mi madre. ¿Su madre solía cantarle? Respondí que tenía una voz hermosa y resonante, pero que la habitaba algún tipo de bloqueo o represión en torno al canto. A nuestra abuela le encantaba que yo le cantara antiguos himnos

religiosos. Mi hermano mayor y yo cantábamos canciones infantiles en compañía de nuestra madre. El Profesor dijo que todo hacía sentido. «Se clarificará aun más». Le conté, otra vez, que mi madre murió en primavera, en esta misma época, y otra vez recuerdo que Lawrence también murió en marzo.

15

Martes 21 de marzo

El hermoso grabado que tengo del Profesor está sobre mi cómoda. Se convierte en el «respondedor», como aquella particular imagen de Osiris que él me mostró.

6:30 P.M.

El Profesor quedó conmovido por la nota de Bryher y por su donación a la Asociación. Hablamos de la situación política.

No hay fronteras para el espíritu.

Sin embargo, me desgarran intensas emociones de antipatía.

Anoche tuve mi antigua pesadilla del tren. Voy a algún lugar indefinido con mi hija y con Alicia, quien fue durante algún tiempo su institutriz. Un oficial uniformado revisa nuestro equipaje. Encuentra mi botella de viaje. ¿Coñac? No doy explicación ni justificación alguna. El oficial (¿«el censor», el Profesor?) encuentra otra botella escondida debajo del asiento. Hay más botellas. Las junta en una valija vacía y nos ordena seguirlo.

Mi hija, Alicia y yo estamos perdidas en algún lugar, en algún pasaje peligroso, bajamos algunos escalones.

El Profesor me pidió que hiciera mi asociación; dije que no tenía ninguna asociación en particular, sólo estaba asustada por haber sido descubierta. Dijo: «quizás algún escrúpulo». ¿Consciencia?

Hay tantas asociaciones con trenes. Recuerdo una en particular, cuando llegué a París poco después del amanecer, en el tren barco. El café francés y los panecillos que tomé en la cafetería de la estación eran absolutamente Francia. Una vez más, me había ido. Aunque amaba a Inglaterra, tenía siempre, sin embargo, ese sentido casi histérico de la huida, una vez que atravesaba el Canal. ¿Podría incluso recordar las pinturas murales de la Gare du Nord? Normandía con manzanos, un dique de contención y el cielo azul interrumpido por un primer plano de… ¿olivares?, ¿naranjos? Mientras tomaba mi café en la cafetería casi vacía, llegó un muchacho con un gran canasto lleno de rosas. El encargado o el mozo escogieron un ramillete de rosas y lo pusieron junto a mi plato.

Entonces recuerdo un incidente que precedió al sueño del tren. Estoy probándome un vestido verde. Erguida frente a un espejo, extiendo mi pie. Llevo unas sandalias griegas, de hermoso corte clásico, aunque modernas.

El Profesor dijo: «Lo relata de una manera muy bella».

Antes de irme, doblo la manta plateada. He sido oruga, gusano abrigado en la crisálida.

El Profesor toca la campanilla para avisar a la doncella que su último analizante se retira. Su codo concluye su gesto de despedida como si fuera el ala de un pájaro. El Profesor dice: «Hemos desandado asuntos profundos».

Llamaban a mi padre el Profesor y a mi hermanastro el joven Profesor. Nuestro Profesor tenía razón, no se parecen a este Herr Professor vienés Sigmund Freud. Está más próximo al abuelo y a su religión, «una atmósfera…».

Eran gente del norte de Inglaterra. Nosotros los niños éramos la novena generación en heredar un auténtico nombre inglés. Seis generaciones fueron atemperadas y moldeadas por la roca y el pedernal de Nueva Inglaterra. El padre de nuestro padre, el séptimo, fue atraído, hacia el oeste, con su generación de vagones cubiertos. Su joven esposa no era feliz. Tenían la intención de llegar a California, pero se establecieron en Indiana. Empezaron todo de nuevo, donde habían empezado los primeros puritanos que llevaban su nombre.

Quedaban algunos indios en la zona. Nuestro abuelo tenía sus libros de derecho. Nuestro padre ayudaba en el campo, pero le resultaba difícil arar. Su idea de una línea recta era más abstracta; tenía el Euclides de su padre.

Cazaban esclavos prófugos. Nuestro padre, de joven, perdió el «oleaje y el trueno» de la odisea de Nueva Inglaterra. Miraba a los cielos; los marineros dirigen los barcos por las estrellas.

Trabajaba con torno y serrucho, era aprendiz de carpintero. Aprendió el oficio; sus dedos delgados tenían una «sensibilidad» para el pino, para el tulípero y para el cedro. Su hermana Rosa se apropió de Virgilio y lo tradujo para él. No sabía lo que quería cuando distinguió, con sus agudos ojos grises, las diez estrellas de la Osa Mayor o las ocho del cinturón de Orión. Pero sabía que esto lo satisfacía. Encontró Algol.

Su hermano Alvan era dos años mayor. Alvan llamó a su hermano, ocioso como siempre, en la oscuridad. Había una nueva convocatoria de Lincoln. Alvan dijo: «Me anoto».

Charles fue con él.

El más joven volvió. No encontraba palabras para contarle a su madre aquellas últimas escenas, cuando ella le preguntaba. Nunca se había reído mucho. Ahora trataba de reírse de ello, con una burda imitación de la risa contagiosa de Alvan.

Alvan había muerto. No había sido atravesado por una bala. Estaban pudriéndose… estaban… era tifoidea. «Fue rápido», le dijo a su madre. Trató de recordar algo del último discurso de Lincoln, sólo pudo recordar «un gran campo de batalla de esta guerra», pero no era un campo de batalla de guerra, no de esta guerra… sabía que su madre sentía ahora que un millón de negros emancipados no valía la vida de Alvan. ¿O no? Era mejor no saber lo que pensaba. Sabía que su madre trataba de amarlo, él había hecho ese esfuerzo para volver y contarle… lo que nunca le contó.

No había encontrado ni un solo rebelde, le dijo a su padre. Celia deseaba que no se riera de ese modo, tan distinto de Alvan, le parecía que iba a atragantarse. Charles sentía algo parecido. Le pidió a Celia que le llevara la Biblia. «Más dulce que la miel en el panal», leyó, abriéndola en cualquier parte. Celia deseaba que el muchacho no mirara así. Cómo podía hablarle a su madre del hospital de campaña improvisado… al final, no quedó ninguno… Se arrastró entre algunos árboles. Recordaba enebros, abedules, bálsamos y nogales. Murmuró esas palabras limpias como una plegaria. Alvan había muerto. Debía regresar a casa de algún modo, para contarles… «Los rebeldes abandonaron el campamento apenas llegamos». Su padre continuó leyendo: «Sí, más que el oro acrisolado».

Lo habían alcanzado los efectos secundarios de la malaria y apenas podía mantenerse en pie. Cada vez que sus ojos se encontraban con los de Celia, él veía a Alvan. Él sabía que Celia también veía a Alvan. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué habremos venido al oeste?, pensaba Celia. ¿Alguien llama? Era algún vecino amable, todos eran muy amigables. Casi dejó caer la sartén con harina de maíz; se oía el ruido sordo de una hoz o tal vez el potrillo se habría escapado otra vez por el prado. Podía ser también el reloj de la cocina; su tictac era tan apagado que ella no lo había notado nunca. Lento ahora, si se detenía a escuchar. El tiempo era muy lento. Podría haber gritado cuando vio, por la ventana abierta, a Charles tirado sobre los escalones de la galería. No podía ni siquiera arrastrar su tambaleante longitud después del arado.

Había tomado el viejo nivel de su abuelo y lo había colocado sobre las tablas del piso. ¿Qué estaba haciendo, para qué dibujaba con tiza una esfera de reloj en torno al nivel? Un palo se balanceaba colgado de una cuerda. Estaba atada al gancho del techo del que Mercy colgaba su hamaca. Rosa había salido, había ido al norte para aprender a ser maestra. Mercy había muerto. No había nadie aquí para ayudarla. ¿Para qué marcaba con esa tiza la sombra donde el sol caía? ¿Se había vuelto loco?

¿Qué edad tenía Charles ahora? Tenía diecisiete años cuando se fue con Alvan, y mintió sobre su edad para que lo tomaran. Mercy y él se habían ido juntos. Alvan y Rosa. Recordaba cómo había tenido que reprender a Mercy por canturrear cuando le tocaba leer.

La Biblia era para decoro.

16

Miércoles 22 de marzo, 6:30 P.M.

Le di al Profesor los libros de Bryher. Parecía profesional y distante después de haber usado la mitad de mi sesión de ayer para el chusmerío. Le cuento el sueño de anoche: hotel, extraño, oscuridad (o en la oscuridad), muchacho en el vestíbulo, pasa a través de la puerta abierta y me ve. Llevo un vestido de baile o de fiesta color rosa. Me agrada que me vea y poso o me muevo como si comenzara a bailar. De repente, me tiene atrapada, estoy perdida (¿o encontrada?), bailamos juntos como mariposas. Dice: «Usted sí que sabe cómo bailar».

Ahora salimos juntos pero yo llevo un traje de velada, es decir, uso ropas como las de él. (Yo había estado mirando algunas fotografías de Marlene Dietrich, en una de las revistas ilustradas del café). No me siento del todo cómoda, no puedo ser yo misma, la faja de mi pantalón no me cierra bien; advierto que tengo puesta, debajo de mis pantalones, mi ropa interior común, o más bien las medias largas que aparentemente correspondían al vestido de baile. El sueño termina con un sentimiento de frustración y de perplejidad.

Este sueño parece estar asociado con Ezra; aunque él bailaba muy mal, fui con él a los bailes de la escuela. El Profesor lo conoce de nombre, Ezra Pound. Dijo que había visto un artículo, pero que no pudo seguirlo. Le conté que a Ezra se le había casi que «prohibido la entrada» en la casa, y el conflicto que había tenido con mis padres en aquel tiempo.

8:20 P.M.

Me siento vieja. Cuando le hablé al Profesor de un admirador mucho más joven, que me había piropeado y suavemente «cortejado», el Profesor dijo: «¿Eso fue hace solamente dos años?», como si a mi edad (cuarenta y seis años) yo ya debiera estar más allá de esas trivialidades. Recordé la novela Wagadoo, que el Dr. Sachs nos dio a leer. Según recuerdo, la mujer en ese libro comenzó su análisis a los cuarenta y siete… y a esa edad se entrega de lleno a varias experiencias o experimentos amorosos. Pero eso era en Francia. En Viena las cosas se dan de un modo diferente. El Profesor pareció sorprendido cuando le dije que mi primer conflicto o encuentro amoroso serio lo tuve con Ezra, a los diecinueve años. Dijo entonces: «A los diecinueve, ¿tan tarde?». Tal vez es un manierismo técnico o una façon de parler[17].

Ezra y yo hacíamos largas caminatas; recuerdo las hepáticas, la primavera comienza tarde en Estados Unidos, al menos en comparación con Inglaterra. Me sentía triunfante si encontraba mi primer ramo de flores azules o un frágil tallo de anémona en el bosque, o de sanguinaria, el último día o uno de los últimos días de marzo. Encontrar flores en marzo era un gran triunfo para nosotros allí.

No tuve tiempo de hablar de mi sueño de los dos enanos japoneses. Su apellido es Anémona. (Anémonas japonesas… Bryher me las llevaba a la maternidad St. Faith varias veces por semana, antes de que naciera mi hija; están particularmente asociadas a esa época). Hablo sobre los enanos con mi madre y a ambas nos molesta que tengan ese nombre de flor.

17

23 de marzo, 8:45 P.M.

Comencé por hablar de Frazer y de The Golden Bough. El Profesor me condujo hacia el diván: «¿más confesiones?». Respondí que no, que quería volver sobre lo ya hablado. «Voy a volver a Van Eck, ¿recuerda a Van Eck?». Respondió: «Por supuesto». Le dije que me sentía reticente y tímida al volver sobre todo eso. Le hablé del cristal que llegó en la caja de cigarrillos State Express, y de una carta que había recibido, enviada por Van Eck desde Alejandría. Estaba en ese tiempo en Mullion Cove, Cornwall, con Bryher. La caja había llegado al departamento recién amueblado que habíamos encontrado en Buckingham Mansions, Kensigton, el verano anterior. Había sido el verano anterior a ese, en julio de 1919, cuando fuimos juntas a las Islas Sorlingas. El cristal parecía corporizar mi visión o mi estado de imaginación trascendental, al sentirme rodeada, por decirlo así, por las dos mitades de la campana de cristal.

Le conté al Profesor cómo luego de algunos años me encontré con la prima de Van Eck, o más bien su hermana, a quien él le había escrito una carta, incluida en la nota que me envió a Mullion Cove. Entregué la carta, o mejor dicho, la remití con un libro de mis poemas, pero la señorita Van Eck no respondió. Luego encontré a su hermana en el Hotel Washington, en la calle Curzon, donde me alojaba cuando volví a Londres.

Me invadió entonces la impresión de que Van Eck había sido una total ilusión o una fantasía de mi imaginación, pero cuando le hablé de él a la joven señorita Van Eck, y le referí cómo había ayudado a Bryher en el barco con su griego, respondió: «sí, siempre fue muy bueno para los idiomas». De modo que existía

realmente un Van Eck y esta dama, y la otra mayor, a quien no había conocido, eran verdaderamente sus primas.

Entonces existe un Van Eck. En la habitación de mi Hotel Washington tomo la guía telefónica. No se me ocurrió nunca antes que él podría estar de regreso en Inglaterra. Allí estaba el extraño, distinguido e inusual nombre. Pedí el número y de inmediato respondió una voz. Era un número telefónico de Belsize Park. La voz extraña dijo, me pareció que un poco cortante: «¿Quiere hablar con el Sr. Van Eck o con la Sra. Van Eck?».

Fue un shock para mí. Debía partir a París al día siguiente. Me las arreglé para irme. Me encontré con Bryher allí. Dijo que ese shock era en realidad secundario; es decir, que le parecía que yo lo había utilizado para borrar el golpe de la separación de Aldington, antes de que fuéramos a Grecia.

Pero el misterio Van Eck todavía me obsesiona. De regreso en Londres, en mi departamento de la calle Sloane, consulto la guía telefónica: ahí está otra vez Van Eck, con un número diferente.

Parece ser un número de la ciudad, entiendo que de una oficina. Estoy preparada para cualquier cosa, pero responde una voz agradable y joven; le dará mi número al Sr. Van Eck cuando vuelva a la oficina. Van Eck me llama. Viene a verme. Hay otras personas en casa, Kenneth y Bryher y una muchacha extraña que me habían enviado de Nueva York, una especie de escritora, linda, con vestido veraniego. Este debe ser Van Eck, pero dudo que lo hubiera reconocido si nos hubiéramos encontrado en la calle.

18

25 de marzo

Continúo con la saga de Van Eck. Recibo una postal, primavera de 1931, cuando me alojo cerca de la Señorita Chadwick en una gran habitación en Tevistock Square. Advertimos la conexión con el tío materno, el joven y talentoso hermano músico de mi madre, Frederick… Van Eck.

Esta tarjeta es una invitación o entrada para asistir a la ceremonia religiosa en la cual el Sr. Van Eck será consagrado; creo que esa es la palabra. Parece una extraña volte face[18].

Sin embargo, allí estaba el nombre, la tarjeta, la afirmación de su elección de una nueva carrera, las palabras «reza por mí».

Cuando regreso a mi departamento de la calle Sloane, escribo otra vez. El Sr. Van Eck viene de visita, una amiga está conmigo, la Dorothy del sueño de Joan y Dorothy.

Ahora el Sr. Van Eck desaparece, pero por lo menos conozco sus intenciones. Se va por un tiempo a un «retiro» en una fundación San Francisco de Asís, de la Iglesia Episcopal o anglocatólica, en Dorset.

El Profesor dice que estos detalles le confirman su primera impresión u opinión, que el episodio o la fijación con Van Eck debía referirse a mi madre. El tío materno, la Iglesia, el arte.

El Profesor me preguntó si alguna vez había deseado subirme a un escenario. Dijo que le parecía que yo narraba esos incidentes de un modo tan dramático como si los hubiera «representado» o «ensayado» antes de concurrir a mi sesión con él. Le conté al Profesor cómo me gustaba «disfrazarme», pero eso le gusta a la mayoría de los niños. Había, en nuestra primera casa, algunos viejos objetos del teatro que se los había dejado a mi madre una prima donna retirada que había enseñado canto en la vieja escuela donde estaba mi abuelo. El Profesor dijo que sentía cierta «resistencia».

Yo estaba cansada e intranquila. Ya en mi habitación, me preparé una limonada caliente y tomé cibalgina… una buena noche de descanso. Hacía un frío terrible, pero salí al sol, entrada la mañana.

19

Otra vez, el Profesor me preguntó si me «preparaba» para mis sesiones con él. Le dije que había estado escribiendo cartas hasta último momento. Había soñado con el mar, había tenido miedo… y esto se relacionaba con mi hermano menor, que había sido «el bebé».

Sí, habíamos tenido entretenimientos escolares que podrían llamarse «actuación». Había una secuencia o un pasaje de Kate Greenaway y yo tenía que recitar un poema, «Mi jardín está bajo la ventana». El año siguiente tocó Mother Coose y yo quedé decepcionada por mi papel de la araña Miss Muffet. El menor de mis hermanos llevaba el traje de Niño Azul del que luego me apropié. El mayor lucía magnífico como King Cole.

Mencioné la «dama» del circo que, «disfrazada» con una malla ajustada, domaba leones.

En la escuela, cuando tenía quince años, una de las chicas, mitad francesa, cuyo nombre Moffat recuerda, ahora, a aquella Miss Muffet de mi decepción[19]. Pero con Renée yo hacía de heroína en la mayoría de las obras que ella organizaba. Renée había visto a Sarah Bernhardt en L'Aiglon y podía actuar escenas enteras. El Profesor me sugirió que visitara Schönbrun y viera con mis propios ojos los departamentos del Duc de Reichstadt.

El Profesor repitió que quería que el trabajo fuera espontáneo. No me aconsejaba tomar notas. En realidad, prefería que no lo hiciera.

Continué con Renée. Se llamaba Renée Atenea, había nacido en Atenas cuando su padre prestaba servicio allí. En su casa tuve mi primera (y última) experiencia de espiritismo. Debo decir que muy poco resultó de ello. Pero ese período, el comienzo de la adolescencia, era una vuelta a la niñez feliz. Mi madre tenía trucos de Halloween, sabía adivinar la suerte «por diversión», y otros varios juegos tales como predecir el futuro mediante un pedacito de vela fijado en una cáscara de nuez que se ponía a flotar en una bañera. Estos juegos se jugaban solamente en Halloween. Renée dijo ver un fantasma —tal vez lo vio realmente — aquel día de Halloween, cuando fui por primera vez a la escuela de la Señorita Gordon. Su nombre, por supuesto, me fascinó; muy pronto después de esto, vi mi primera tragedia griega, hecha por estudiantes de la universidad. Más tarde, mi amiga Frances Josepha, con quien viajé a Europa por primera vez, me mostró fotografías hermosas de ella misma con traje griego; había hecho de muchacho o de joven en alguna obra.

Ahora recuerdo a Anny Ahlers y cómo la escuché cantar, con Dorothy (la del sueño) en Londres. Estaba ante una ventana. Lo leí en el periódico ilustrado del café. Estaba representando a du Barry. Podría haber estado también en L'Aiglon.

La única experiencia real que tuve con «fantasmas» ocurrió en Cornwall, el último año de la guerra. Pero aquellas presencias, aquellos «knockers» eran famosos, todos los oían.

Evoco, por alguna razón, al lobo de Siena. Remo era el fundador legendario de Siena. Quizás pienso en el compañero perdido, en la hermana que nunca tuve, una hermana melliza, de preferencia.

Hablamos de nombres griegos de uso común: Helen, mi madre, Ida, nuestra niñera, y ahora esta Renée Atenea.

La madre de Renée enseñaba francés a los niños más pequeños en la escuela de la señorita Gordon. La madre de Frances era supervisora de jardines de infantes en Filadelfia. Mi madre enseñaba música y dibujo en el viejo Seminario de Bethlehem.

El griego se tornó más vívido para mí cuando cumplí siete años; había una señorita Helen que nos leía Tanglewood Tales los viernes a la tarde en la escuela. Esos relatos son mis bases o mi fundamento, Pandora, Midas, la cabeza de la Gorgona; aquella historia particular de Perseo y de la guardiana, Atenea.

El milagro del cuento de hadas es indiscutible. Sigmund Freud lo aplica, lo racionaliza.

Miércoles 12 de junio, 1933

Me voy de Viena el sábado de esta semana.

Discontinúo las notas, por sugerencia del Profesor.

Repetimos y trabajamos con más detalle el primer viaje a Grecia y mi sueño alucinatorio de los delfines y del «doble» Van Eck.

Hablamos también acerca del viaje a Egipto, de la apertura de la tumba, Luxor y Filae.

Sueño con dos libros: yo era la autora. «Publicaré este libro», digo; y luego: «Tengo otro libro más».

El Profesor dice que Atenea es una Isis velada, o Neith, la diosa guerrera. Tomó la estatuilla de Atenea y la puso en mis manos. Hay otra Atenea, o Niké alada, en el jarrón que miramos mientras yo describía mi Escrito en la Pared. Recordé otra vez la Sekmet con cabeza de león y hablé de un tallado de gato que encontramos en la Acrópolis.

15 de junio

Continuos rumores son quizás responsables del sueño de anoche, una pesadilla. Un enorme búfalo, bisonte o toro negro persigue un carro o un carruaje en el cual estamos todos amontonados.

¿Cayó el carruaje por un precipicio? ¿Estábamos nosotros dentro?

Algunos de nosotros, un grupo de seis o de ocho, sentados ahora en la ladera de una montaña, nos preguntamos: ¿estamos muertos?

1 N. del T.: en alemán en el original. Puede traducirse, más literalmente, como «pescadito» o como un modo cariñoso de referirse a una «jovencita». La autora juega con el sentido.

2 N. del T.: en francés en el original. Se traduce como «cambio radical» o, en otras palabras, como un giro copernicano en el esquema de creencias u opiniones de una persona respecto de algo.

3 N. del T.: en el original, en inglés, la autora la nombra «jack-in-the-pulpit». Ello explica la asociación con la oración siguiente, referida a su abuelo.

4 N. del T.: en francés en el original. Puede traducirse como «búho sagrado».

5 N. del T: expresión peyorativa estadounidense que describe a una persona que da un regalo porque espera algo equivalente en retorno.

6 N. del T.: en francés en el original: Las flores del mal.

7 N. del T: fragmento de Cuento de Invierno de Shakespeare que, en el parlamento original en boca de Perdita (la hija de H. D. se llama Frances Perdita), reza: «Daffodils that come before the swallow dares, and take / the winds of March with beauty (…)».

8 N. del T.: en francés en el original: «al pie de la letra».

9 N. del T.: en francés en el original: «de más».

10 N. del T.: en francés en el original. Expresión que aplica a una obra que tiene éxito entre la crítica, aunque no gran popularidad.

11 N. del T.: en italiano en el original.

12 N. del T.: en francés en el original. Expresión que significa «en todo caso», «por si acaso». En este contexto, podría entenderse que llamaban al paraguas «por si llueve».

13 N. del T.: en alemán en el original: «La isla de los muertos».

14 N. del T.: la autora juega con el deslizamiento. «Crowe» refiere a la voz inglesa «crow» que significa «cuervo». Por su parte, en inglés, al mirlo se le llama «blackbird», es decir «pájaro negro».

15 N. del T.: según la mitología egipcia, el «ka» es uno de los componentes del espíritu humano, un principio universal.

16 N. del T.: los «knockers» son, de acuerdo a la tradición galesa, duendes que habrían enseñado el arte de la minería a los británicos.

17 N. del T.: en francés en el original: manera de hablar.

18 N. del T.: en francés en el original: cambio de sentido, media vuelta, «plot twist».

19 N. del T.: se respeta el original, donde la frase está incompleta.

APÊNDICE

CARTAS DE FREUD A H.D.

Al leer las cartas de Freud a H.D., un día de comienzos del invierno, en Suiza, donde ella vivía entonces, se volvió claro para mí que sería apropiado que esas cartas ocuparan un espacio como apéndice de su homenaje al «Profesor». No como un testimonio escrito sino como extensión de esa calidez amistosa que Freud guardaba por el espíritu creativo y su búsqueda de identidad y de sentido.

De modo que solicité a H.D. el privilegio de editar aquí las cartas, y luego, más tarde, obtuve el permiso de los herederos de Freud para publicar aquellas que seleccionaron entre las muchas que le había escrito. De estas nueve cartas que eligieron, las fechadas el 20 de julio de 1933; 28 de diciembre de 1935; mayo de 1936; 20 de septiembre de 1936; y 26 de febrero de 1937, fueron escritas en alemán y se publican aquí en versión inglesa de Annemarie Halborn. Las demás están en el inglés de Freud. Todas estas cartas del Apéndice se incluyen «Con Autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd».

N. H. P[1].

18 de diciembre de 1932

Viena IX., Berggasse, 19

Estimada Sra. Aldington

No estoy seguro de su saber alemán, de modo que le ruego que acepte mi mal inglés. Ello debe ser especialmente molesto para una poeta.

Comprenderá que no le haya pedido sus libros para criticar ni para apreciar su obra, la que me han informado que es muy estimada por sus lectores. Soy un mal juez de la poesía, especialmente la escrita en un idioma extranjero. Quería tener un vistazo de su personalidad como una introducción antes de conocerla personalmente. Sus libros esperarán conmigo su llegada. (Un amigo estadounidense me trajo hoy «Palimpsest»).

Mis relaciones con mis pacientes o alumnos son, ahora, especialmente complicadas. Espero arreglarlas en unas pocas semanas y haré un esfuerzo por no dejarla esperando demasiado.

Con afectuoso saludo,

Sinceramente suyo,

Freud.

26 de enero de 1933

Viena IX., Berggasse 19

Estimada Señora

No respondí la encantadora carta que me escribió a fines de diciembre. En aquel momento esperaba poder invitarla a venir muy pronto. Pero las cosas resultaron de otro modo. No logré encontrar un tiempo para usted y continué postergando la decisión. Ahora me llega su segunda carta, junto con el libro sobre H. Ellis, que esperará aquí hasta su llegada. Entiendo que cierto retraso ha sido conveniente para usted. Pero no quiero que se prolongue demasiado, y me he resuelto a hacer los arreglos necesarios, aunque para ello deba usar la fuerza. Por otro lado, no puedo pedirle que viaje o que cambie de residencia con este intenso frío y en momentos en que hay una epidemia de gripe. Me han dicho que su salud es delicada. ¿Preferiría venir a comienzos de la primavera, en abril/mayo? Es difícil controlar estos factores higiénicos, y es fácil hacer cálculos equivocados.

Sachs me escribió acerca de usted y de sus amigos de Boston. No sé nada de H. Ellis. Tengo ya el libro en honor de su septuagésimo aniversario y he advertido a quién se alude como la elevada persona de la revelación.

Con afectuosos saludos para usted y sus amigos,

Suyo,

Freud.

P.D.: Me alegra que entienda alemán.

20 de julio de 1933

Viene IX., Berggasse 19

Estimada H.D.

Le agradezco por su extensa carta escrita en tan tristes circunstancias. He recibido ya una carta de Bryher desde Londres. Es probable que el futuro dependa de cómo se sienta Lady E. Hablé con Yo y con Tattoun: «Par de descuidados, no advierten que Sir John ha muerto y que no pueden tener a Perdita por madre adoptiva ni verán Villa Kenwin». Puesto que usted ha tenido que separarse de ellos y que esta separación es para usted muy dura, deseará verlos al menos en buenas manos. Ha habido mucha conmoción en el medio canino. Wulf tuvo que ser enviado a Kagran, porque ambas damas estaban en celo, y el feroz antagonismo entre Yofi y Lün, arraigado en la naturaleza femenina, tuvo por resultado que la buena y dulce Lün fuera mordida por Yofi. De modo que Lün también está ahora en Kagran y su futuro es incierto.

Acerca de los ocupantes humanos de la casa, sólo puedo informarle que han estado enfermos mucho tiempo y que recién ahora comienzan a disfrutar del verano.

Estaba confiado en que usted me diría que estaba escribiendo, pero tales asuntos no deben ser forzados. Confío en que más adelante lo hará.

La aventura española que me relata es terrible y misteriosa…

Con los más afectuosos saludos,

Suyo,

Freud.

5 de marzo de 1934

Viena IX., Berggasse 19

¡Estimada H. D.!

¿Ha pasado realmente un año entero desde que vino a verme? Sí, y la segunda mitad de este tiempo la pasé padeciendo los efectos secundarios de otra operación menor destinada a aliviar mis dolencias habituales. Pero, después de todo, no es un asunto trágico, sino sólo la expresión inevitable de la vejez y de la degeneración de los tejidos que resulta de ella. Así que no me quejo. Sé que he cumplido mi tiempo y que todo lo que aún poseo es un regalo inesperado.

Tampoco es demasiado dolorosa la idea de abandonar para siempre este plano y este conjunto de fenómenos. No queda demasiado que lamentar, los tiempos son crueles y el futuro luce desastroso. Por un momento temimos que no podríamos quedarnos en esta ciudad y en este país —es desagradable ir al exilio a los setenta y ocho años—, pero ahora creemos que al menos hemos escapado de ese peligro.

Atravesamos una semana de guerra civil. Sin demasiado sufrimiento personal, sólo un día sin luz eléctrica, pero el «stimmung»[2] era horrible y el sentimiento como de un terremoto. Sin dudas, los rebeldes pertenecen a la mejor parte de la población, pero su éxito habría sido muy breve y habría traído consigo la invasión militar del país. Además eran bolcheviques y no espero salvación alguna por parte del comunismo. De modo que no podíamos otorgar nuestra simpatía a ninguno de los dos lados de los combatientes.

Me apena saber que aún no trabaja, pero según sus propias palabras, las fuerzas están en ebullición. Recibo postales del viaje de Perdita. La última venía de Trinidad. ¡Niña feliz!

Dele mis cariños a Bryher y no me olvide.

Suyo afectuosamente,

Freud.

20 de diciembre de 1935

Viena IX., Berggasse 19

Estimadas H. D. y Perdita

Creo que prefiero continuar en alemán. Nosotros también, aquí, tenemos más niebla y oscuridad que las habituales en Navidad. Pero frente a mi ventana en el cuarto interno se yergue una orgullosa planta de dulce aroma. Sólo dos veces la he visto florecida en un jardín, en el Lago di Garda y en el Val Lugano. Me recuerda aquellos días largamente pasados cuando aún podía viajar por mi cuenta y visitar el sol y la belleza de la naturaleza del sur. Es una datura, una pariente noble de la planta de tabaco, cuyas hojas tanto me ayudaban en otros tiempos y tan poco pueden hacer por mí ahora.

Es poco aconsejable darle algo bello a un octogenario. Hay demasiada tristeza mezclada con el gozo. Pero una cosa es cierta: no merezco este regalo suyo y de Perdita, puesto que ni siquiera he respondido regularmente a sus afectuosas cartas.

Retribuyo con sinceridad sus amables deseos de un buen año 1936. Usted, y especialmente Perdita, tienen aún mucho por delante. Espero que mucho de lo que haya sea bueno y liberador. También Bryher debe permitirme que le agradezca, al menos por esto.

En afectuosa amistad,

Suyo,

Freud.

Mayo de 1936

MI SINCERO AGRADECIMIENTO POR SU AMABLE RECUERDO AL CELEBRARSE MI OCTOGÉSIMO CUMPLEAÑOS

Su Freud

¿Me perdonará por esta barbárica reacción ante tan amorosas expresiones (de amistad)? Estoy seguro de que Yofi está muy orgullosa de que usted la haya mencionado. Créalo o no, bien temprano en el día 6 vino a mi dormitorio para demostrarme afecto a su manera, algo que no ha hecho ni antes ni después. ¿Cómo sabe un animalito cuando es un cumpleaños?

24 de mayo de 1936

XIX Strasserg 47

Viena IX., Berggasse 19

Estimada H. D.

Todo su blanco ganado llegó bien y adorné el cuarto hasta ayer.

Me había figurado que me había vuelto insensible a la alabanza y a la culpa. Al leer sus amables líneas y al advertir cuánto disfrutaba con ellas, primero pensé que estaba equivocado acerca de mi rigidez. Luego, pensándolo mejor, concluí que no era así. Lo que usted me dio no era alabanza sino afecto, y no necesito avergonzarme de mi satisfacción.

La vida a mi edad no es fácil, pero la primavera es bella y también lo es el amor.

Suyo afectuosamente,

Freud.

20 de septiembre de 1936

Viena IX., Berggasse 19

Tardías, pero sinceras felicitaciones en ocasión de su quincuagésimo cumpleaños, de parte de un amigo de ochenta años.

Fr.

26 de febrero de 1937

Viena IX., Berggasse 19

Estimada H. D.

Acabo de terminar su Ion. Profundamente conmovido por la obra (que no conocía) y no menos por sus comentarios, especialmente los que se refieren al final, donde usted exalta la victoria de la razón por sobre las pasiones, le envío la expresión de mi admiración y mis más afectuosos saludos,

Suyo,

Freud.

1 N. del T.: comentario del editor incluido en la edición inglesa original.

2 N. del T.: en alemán en el original: el ánimo, el humor.

Somos una editorial independiente.

Si te gustó este libro, te invitamos a compartir el fuego:

lasfurias.com.ar

lasfurias.editora

LasFuriasEd

LasFurias.editora

Las Furias editora

Las Furias se nutre de la poesía, del psicoanálisis, del feminismo y de la literatura para construir libros donde se privilegie la potencia de la palabra poética, las escrituras singulares y la belleza.

Las Furias son las hijas infernales de la Noche, encarnan lo que no cesa jamás, criaturas que atormentan y salvan a través de la purificación.

Las Furias es lanzar al mundo libros como pequeños fuegos.

Diez años después de su análisis con Sigmund Freud, la poeta Hilda Doolittle se sumergió en las notas que había tomado luego de cada sesión y escribió Tributo a Freud. Una joya literaria y psicoanalítica: se trata del primer testimonio publicado de un análisis, pero además narrado por una de las voces poéticas más importantes del siglo XX. H.D. nos ofrece un retrato de época -el avance del nazismo, la amenaza de la guerra, los estragos de la peste-, a la vez que nos permite vislumbrar, con la fascinación del ojo que espía o el oído que escucha a escondidas, ese escenario mítico que fue Berggasse 19, el consultorio de Freud en Viena antes del exilio. Más que un tributo al Profesor, como lo llamaba ella, podríamos decir que este libro -que incluye cartas enviadas por Freud a H.D.- es la celebración de un encuentro: el de una poeta analizante y una analista poeta; o mejor aún, el de la poesía y el psicoanálisis.

MARÍA MAGDALENA

Índice

Cubierta

Sobre Hilda Doolittle

Portada

Créditos

Nota sobre el texto

Escrito en la pared

Advenimiento

Apéndice. Cartas de Freud a H.D

Redes

Las Furias editora

Sobre este libro